



ADA M. ELFLEIN

LEYENDAS
ARGENTINAS

CABAUT Y Cía
Editores

50 19-2
-19-
00043477
:-: Libreros-Editores.

Es una lindísima colección de 12 comedias patrióticas para niños y niñas, que por su índole predisponen el corazón infantil al gran amor que han de profesar a la Patria y cuanto con ella se relaciona.

Un tomo rústica.

Jazmín del País, por OLGA de ADELER.

Los más hermosos cuentos argentinos. Las más encantadoras leyendas. Escrito en un lenguaje fluido y fácil, con admirable sentimiento, este libro enseña y es noble guía que lleva a las almas infantiles por el sendero de lo bueno y de lo justo.

Tanto a los maestros como a los padres recomendamos esta hermosa obra que implica de por sí un verdadero premio para los niños.

Espléndidamente ilustrada con artísticas bicromías de arte moderno.

La Patria en la Escuela, por VICTORINA MALHARRO.

Escrito con sencillez a fin de hacerlo comprensible a los niños, *La Patria en la Escuela* presenta una serie de recitaciones en prosa y verso, algunos monólogos y dramitas patrióticos, formando un libro recomendable a los maestros como un auxiliar para completar esta parte de la educación de la niñez.

Un tomo cartulina, cubierta en colores.

“Librería del Colegio” - Alsina y Bolívar - Buenos Aires

LEYENDAS ARGENTINAS

POR

ADA M. ELFLEIN

ILUSTRACIONES DE FRANCISCO FORTUNY

SÉPTIMA EDICIÓN



BIBLIOT. NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES

CABAUT y Cia, Editores

“ Librería del Colegio ”. — Alsina y Bolívar.

1932



DERECHOS RESERVADOS.

(Leyes 7092 y 9510.)

ÍNDICE

	Pág.
HOMENAJE	VII

LEYENDAS

I. <i>La laguna del oro.</i> (Los conquistadores en el Alto Perú).....	1
II. <i>Los gatos.</i> (Comienzos de la colonización española en el Paraguay).....	11
III. <i>El espejo.</i> (Después de la repoblación de Buenos Aires en 1580).....	20

CUENTOS

IV. <i>El deber.</i> (1809 : Representación de los Hacendados).....	27
V. <i>La cadenita de oro.</i> (1816 : Administración de San Martín en Mendoza).....	38
VI. <i>De vasallo a hombre libre.</i> (1810-1816 : Declaración de la independencia argentina).....	48
VII. <i>El mensajero de San Martín.</i> (1816 : Preparación de la campaña de los Andes).....	62
VIII. <i>El camino de la muerte.</i> (1816 : Defensa de Salta por los gauchos de Güemes).....	75
IX. <i>La voz de la conciencia.</i> (1816).....	85
X. <i>El prisionero de San Luis.</i> (1819 : Sublevación de los prisioneros españoles).....	99
XI. <i>El premio.</i> (Administración del general Las Heras : 1824-1825).....	114

	<u>Pág.</u>
XII. <i>Una lección de nobleza</i> . (Comienzos de la época constitucional : 1861).....	127
XIII. <i>La última fiesta</i> . (En un aniversario nacional).	140
XIV. <i>Ángela</i> . (Primera expedición al desierto : 1821).	154
XV. <i>Promesa sagrada</i> . (Revolución del Sur : 1839).	168
XVI. <i>La tentación del crimen</i> . (Dominación de Juan Manuel de Rozas : 1834).....	180
XVII. <i>La huerfanita</i> . (1871 : Cuando la fiebre amarilla flagelaba a Buenos Aires).....	194
XVIII. <i>El maestro de escuela</i> . (1870 : Presidencia de Sarmiento)	209
XIX. <i>El documento perdido</i> . (Llegada de los guerreros del Paraguay a Buenos Aires).....	223
XX. <i>La cruz en el campo</i> . (Episodio de las invasiones de las tribus pampeanas).....	236
XXI. <i>Los inmigrantes</i> . (1823-1852).....	246
XXII. <i>La hija del ladrón</i> . (Episodio en un conventillo).	259

HOMENAJE

Con esta colección de mis primeros cuentos y leyendas, presento un homenaje a las glorias de mi patria y a los anhelos de alta educación moral que siento vibrar en esta tierra, en la que fundaron su hogar mis padres, hijos de otro pueblo glorioso que también venero.

Los episodios grandiosos de la historia argentina exaltaron siempre mi alma, y dominada por la poesía misteriosa del drama social, abordé el cuento, placentero al espíritu del hombre, grato al corazón del niño y fecundo en el pueblo, fecundo cual esas semillas que arrojadas a la ventura y llevadas por vientos propicios, florecen en el valle o en pequeño espacio de tierra que cubre una grieta de la montaña estéril y lejana. Creta y creo como el magistral don Antonio de Trueba, que, "en el cuento cabe todo cuanto cabe en la literatura : moral, ciencias, artes, historia, costumbres, filosofía; en una palabra : todo, todo cuanto abarca el saber humano"; y traté de realizarlo en la zona de mi acción.

Mis primeros pasos merecieron un honor inesperado, que si fué un poderoso estímulo entonces, es hoy una fuerza que me lleva por el camino difícil. La dirección de un gran diario argentino, "La Prensa", acogió mis trabajos literarios, distinguiéndome con la colaboración permanente en los folletines dominicales destinados a la

lectura en los hogares. Tengo de ese acto un recuerdo imborrable.

He ordenado esta primera serie de leyendas empezando desde la conquista, que desde entonces empieza nuestra labor social, y al mencionar hombres y cosas de la historia, en las leyendas y en los cuentos de este libro, he cuidado especialmente los detalles, poniendo a contribución los escritores de los siglos anteriores a nuestra independencia y los que después han enriquecido con sus obras y publicación de documentos, la bibliografía argentina. Quiero decir, que la imaginación no ha volado caprichosamente por todas partes, y que el sentir ha sido regulado con el pensar.

ADA M. ELFLEIN.

La laguna del oro.

Rodeada de montañas escarpadas y cubiertas de vegetación, existe en el norte de la República una laguna casi circular, sin playa, ensenada, ni desagüe visible, a la cual los habitantes de aquellos lugares llaman « Laguna del oro ».

En este paraje de belleza agreste y sombría, sólo se oye el murmullo ensoñador de las ondas cuando lamen las rocas a pico, y el suave susurro del viento en el follaje del bosque que corona las alturas.

Durante todo el día permanece la laguna sumida en la penumbra. Atájanle la luz las montañas elevadas y los frondosos árboles que se inclinan sobre el precipicio. Únicamente cuando el sol está en el ocaso, sus rayos penetran a través de una estrecha quebrada que se abre al Oeste; entonces el agua brilla cual un escudo de fuego, y una luz anaranjada, deslumbradora, llena el espacio circular de reflejos fantásticos. Esto dura pocos minutos : el sol se hunde, los rayos se deslizan a lo largo de las rocas, doran las hojas finas de los helechos que brotan entre las grietas, y todo vuelve a quedar en la sombra.

Cuenta la leyenda, que en el fondo de la laguna yace desde ha muchos siglos un tesoro inmenso, y que si alguien lograra conocer la fórmula mágica y la pronunciara a orillas del agua en el momento preciso de la iluminación, se haría dueño de fabulosas riquezas.

II

Habitaban aquellas regiones en los tiempos anteriores a la conquista, numerosas tribus de indios, vasallos de los Incas, cuyo dominio se extendía por el Sur hasta Córdoba del Tucumán. En la casa del « curaca », inmensamente rico, veíase por doquier objetos de oro y plata, cerámica, pieles finas, trabajos maravillosos de plumas, tejidos de colores brillantes y trama delicada. Consideraba como la más valiosa pieza de sus tesoros, una urna de oro macizo, que el Inca Huiracocha regalara a uno de sus ascendientes en señal de gratitud por importantes servicios de su tribu. Este legado de inestimable valor había pasado de generación en generación, y la tradición atribuía virtudes sobrenaturales. Mientras estuviera en poder de los curacas, los indios vivirían tranquilos y felices; mas el día en que cayera en manos enemigas, perecería la dinastía, y conquistadores poderosos reinarían soberanos en *Tahuantisuya*.

Todos los años en la gran fiesta del Sol, cuando ricos y pobres se sentaban juntos fraternalmente,

sin odios ni rencores, la urna sagrada era puesta en exhibición y custodiada por jóvenes guerreros que se disputaban ese honor. Las tribus iban



Hombres audaces cruzaban las espesuras de las selvas vírgenes...

a visitarla en peregrinación, a convencerse de que la sagrada propiedad nacional existía aún.

III

Todas las razas americanas tenían una tradición común, y ella afirmaba que un día llegarían de

tierras lejanas hombres de lengua desconocida, piel clara y costumbres y creencias extrañas, para conquistar las naciones indígenas. Para unos, un dios benéfico anunciaría de ese modo su llegada; para otros, sería un espíritu maligno que traería consigo la destrucción y la muerte. Los pueblos a orillas del mar esperaban a los forasteros del otro lado del océano, de regiones ignotas; y de allende las montañas, de los desiertos, o de más allá de las selvas vírgenes,* las naciones del interior. El fondo de la leyenda era siempre el mismo.

IV

Sin que lo sospecharan los quichuas, la antigua leyenda estaba convirtiéndose en realidad. Los misteriosos forasteros ya pisaban audaces las costas del continente americano. Cruzaban las espesuras de las selvas, desafiaban los obstáculos que les oponía la naturaleza salvaje, vencían la tenacidad de los habitantes que luchaban por la libertad de su suelo nativo, y penetraban en el corazón de las regiones desconocidas, en busca del oro que suponían acumulado en inmensos tesoros.

Un día del año 1532, un chasqui trajo del Cuzco la noticia de que llegaban del norte hombres de aspecto nunca visto.

En el pueblo se levantó un sordo rumor de inquietud; sacrificáronse seres humanos al padre

Sol para aplacar su ira y apartar la desgracia que amenazaba a la « Nación de las Cuatro Partes del Mundo ».

Después se supo que el Inca Atahualpa era prisionero de los invasores. El país se estremeció, y los vasallos que ardían en deseos de combatir por su soberano, preparáronse para guerrear.

V

Contrariamente a las costumbres de los nobles, el curaca tenía una sola esposa, joven y bella, llamada Ima, a la cual quería con ternura.

Cuando se recibieron del Cuzco las primeras noticias acerca de los invasores, Ima tuvo sueños de mal agüero, y presentimientos sombríos la atormentaron.

— Tú estás inquieta — le decía su marido; — la mala nueva te ha alarmado. Pero no desesperes. De todos lados llegan los guerreros; pronto el Inca quedará libre y los invasores muertos o prisioneros.

— Yo he soñado que las hojas caían de los árboles en todo su verdor — repuso Ima, — y esto significa desgracia.

— Los sueños a menudo engañan. No todos son enviados por los dioses.

— Pero éste sí lo era — insistió Ima. — Y ayer — continuó — vi una bandada de pájaros que volaban hacia el norte. De pronto se detu-

vieron, pareció que vacilaban y luego se desbandaron en todas direcciones. El sacerdote me explicó que era la amenaza de una calamidad.

— También los sacerdotes suelen equivocarse — objetó el curaca, para disimular su propia inquietud, pues él, como todos los indios, creía firmemente en los sueños y los presagios.

Al partir con sus tropas, encomendó a la inteligente y resuelta Ima, que velara por la urna sagrada. La rogó, que antes de abandonarla en manos de los enemigos — en el caso que éstos llegaran hasta allí — la arrojara a una laguna sombría, oculta en medio de la sierra. Ella lo prometió, y el curaca se puso en marcha.

VI

Transmitida de posta en posta por los chasquis veloces, llegó a la lejana tribu otra noticia; el Inca Atahualpa había prometido al jefe de los invasores, en cambio de su libertad, una sala colmada de oro, y dos salas más pequeñas llenas de plata. Los encargados de recoger metales preciosos ya se habían desparramado por todo el imperio.

Nadie se opuso, nadie murmuró cuando vino la orden de entregar los tesoros para rescatar al príncipe venerado, Hijo del Sol. Caravanas interminables, cargadas de riquezas maravillosas cruzaron el país en todos sentidos, atravesando

montañas casi inaccesibles, bosques enmarañados, desiertos inmensos, abismos sobre los cuales colgaban puentes de fibras, ríos y torrentes que se precipitaban entre peñascos y escollos.

Una de aquellas caravanas se detuvo en casa del curaca, donde recibió numerosos objetos de oro y plata.

El encargado de la recolección notó que Ima apartaba una urna de oro de gran valor.

— ¿Por qué apartas eso? — preguntóla.

— ¿No lo sabes? — interrogó ella, sorprendida de que pudiera haber alguien que no conociera la tradición. Luego le explicó el motivo de la reserva.

Al guerrero pareció importarle poco. Tenía orden de recoger todos los objetos de oro y plata, y no podía permitir que fuese apartado uno tan grande, sólo porque se relacionara con tradiciones locales.

— Eso no me atañe a mí — repuso. — Dame la urna.

— No. Llévate todo lo demás, lo doy gustosa para el rescate del Inca nuestro señor. Únicamente ésta, he prometido no entregarla jamás.

— En el nombre del Inca, te ordeno que me la entregues.

— ¡No te la daré!

El guerrero trató de arrebátarsela. Los servidores de la casa se interpusieron y se trabó una verdadera lucha a mano armada. El ruido del combate atrajo gente que, enterada de la causa, tomó parte en favor de Ima. Los hombres

del norte fueron atacados, y pronto los gritos y los golpes resonaron en la casa. En la confusión de la riña, Ima pudo escapar con el tesoro, resuelta a cumplir su voto de arrojarlo al lago, antes de dejar que cayera en manos de los forasteros que tenían cautivo al Inca.

VII

El jefe la había visto huir y la siguió. Ima le llevaba mucha ventaja, y corría con velocidad increíble a través del valle. Subió ágilmente una cuesta empinada, y su perseguidor varias veces estuvo a punto de perderla de vista. Se internó por una quebrada estrecha que bajaba hacia lo que aparentemente era un vallecito encerrado en el seno de la montaña; mas luego se mostró a los ojos del jefe indio la superficie lisa y opaca de un pequeño lago, tendido cual una alfombra de raso verde oscuro entre murallas de roca gris. Una semiclaridad fría llenaba aquel paraje, sobre el cual se cernía el silencio absoluto.

Alcanzó allí a Ima, en el momento en que ésta ponía el pie en la orilla y levantaba el brazo con la urna. Forcejearon breves instantes, y la mujer del curaca, con un movimiento repentino logró arrojar con fuerza la vasija de oro, que cruzó el espacio cual estrella errante y hendió el agua; pero aun no habían vuelto a caer las gotas que levantó al herir la superficie del lago, cuando

el guerrero, furioso al verse burlado, dió a Ima un violento empujón :

— ¡Vete con tu urna!

Las rocas circundantes devolvieron el eco de un grito, y nuevamente se agitó el agua con rumor



¡Vete con tu urna!

de voces bajas y excitadas. Se formaron círculos que aumentaban gradualmente en diámetro y, por fin, todo el hervor se calmó y el lago volvió a presentar su superficie inmaculada y tersa.

Apenas quedó en reposo el cristal de las aguas, cuando un fenómeno inesperado llamó la atención del jefe.

El pozo profundo se iluminó de pronto. Una luz color de oro llenó el ambiente y un brillo intenso, enceguecedor, reverberó en el agua, encendiendo chispas en el cuarzo de las rocas.

El mágico espectáculo duró breves instantes. El resplandor ígneo fué apagándose gradualmente; el color de oro palideció; débiles rayos de luz vibraron aún durante algunos instantes, iluminaron las piedras y desaparecieron por fin, dejando en la sombra el pequeño lago.

El guerrero contempló absorto este fenómeno incomprensible para él. De pronto se le ocurrió que esa iluminación fantástica irradiaba de la urna sagrada que la joven había arrojado al agua. Temió la ira de los dioses y, sobrecogido, olvidando su altivez de guerrero, volvió la espalda al lago misterioso y huyó a través de las rocas escarpadas.

II

Los gatos.

I

En tiempos del audaz e inteligente vizcaíno don Domingo Martínez de Irala, vivía en la Asunción una niña llamada Ana María, hija de español y de india guaraní. Su padre, don Felipe Herrera, había sido uno de los fundadores de Buenos Aires, soldado de la desgraciada expedición dirigida por don Pedro de Mendoza.

Tenía este don Felipe un hermano llamado don José, marino de alientos, que hizo los primeros viajes al estuario desde la Asunción, y también los que organizaron los conquistadores a España, en un bergantín muchas veces remendado con la madera fresca de los bosques argentinos, y cuidado a manera de un tesoro, ya que sólo él podía llevarlos y traerlos a través de los mares. Cuando ese barco volvía de sus expediciones, fuesen éstas en los ríos o entre cabos marítimos, todos los pobladores acudían alborozados a la playa a ver los pasajeros, conocer las noticias de los compañeros y de la amada tierra lejana.

El bravo capitán don José quería mucho a su sobrinita, que en la época de nuestra historia

contaría unos doce años. Representaba la niña un tipo nuevo y gracioso : poseía el donaire y la gracia de las andaluzas, mezclado con cierta languidez soñadora. Sus movimientos eran suaves ; sus ojos grandes, oscuros y aterciopelados ; su tez bronceada, sin ser tan oscura como la de los indios ; su cabello negro, lacio y abundante ; su voz era dulce y cantarina, muy agradable al oído. Don José solía pronosticar que su *indiecilla*, como la llamaba cariñosamente, llegaría a ser la joven más hermosa del Paraguay, y siempre que volvía de sus viajes, le traía algún regalo : vestidos, alhajas, semillas de flores desconocidas u otras cosas extrañas que pudieran agradarle.

Una vez, antes de emprender un viaje a España, la llamó a su lado.

— Ven aquí, *indiecilla*. Mañana me voy, ¿sabes ?

— Que tengáis feliz viaje, señor — respondió Ana María con la humildad y el respeto de los niños de entonces en el trato con sus mayores.

— Rogaré todos los días a Nuestra Señora de los Buenos Aires.

— Hazlo así, niña — repuso don José conmovido. — Y dime, ¿qué quieres que te traiga de España? Vamos, ¿no tienes ningún deseo? — continuó al ver que ella no contestaba. — ¿Una crucecita de oro? ¿Un collar de corales? ¿Un hermoso rosario? ¿Qué quieres, chiquilla, entonces?

Ana María a todo movía la cabeza.

Su padre, que se hallaba presente, sonreía.

— Me parece que quiere algo que no se anima a pedir. Vamos, chica, dilo para acabar.

Don José sentó a la niña en sus rodillas.

— ¿Hay alguna cosa que deseas y no me lo dices? — preguntó.

Ana María hizo un signo afirmativo con la cabeza, llenas de rubor las mejillas y bajando los ojos.

— Entonces larga sin demora. Mientras no sea la luna, te lo prometo.

Ana María echó los brazos alrededor del cuello de su tío, y acercóle los labios al oído.

— Yo quisiera... quisiera uno de esos animales que llaman gatos — murmuró, avergonzada de pedir una cosa tan insólita y que ella creía de enorme valor.

El tío echóse a reír alegremente.

— Pues, ¿qué pide? — preguntó don Felipe con curiosidad.

— ¡Un gato! ¡Quiere un gato! — exclamó el marino riendo siempre, en lo cual le imitó su hermano. — ¡Pues está atinada, desde que no los hay en la Asunción ni en todas estas regiones, según creo!

— Ni uno solo, y ahora que reflexiono me parece extraño que a nadie se le haya ocurrido todavía traer alguno. La verdad es que hemos tenido poco tiempo para pensar en gatos. Y esta chica ¿de dónde habrá sacado la ocurrencia?

— Bien, pues, indiecilla, tú tendrás el primer gato que se haya visto en el Paraguay — dijo el marino abrazando a su sobrina. — Buscaré el más hermoso que exista en las Españas. Verás si lo cumplo.

Poco después don José se despidió para ir a bordo de su bergantín, que debía levar anclas antes del alba.

II

El marino cumplió su palabra. No sabemos si encontró precisamente el gato más hermoso que existiera en el reino de España; pero lo cierto es, que embarcó no uno, sino dos de esos lindos animalitos juguetones, que hacían las delicias de los niños de entonces como encantan a los de hoy. Era una pareja : el gato, completamente negro, y la gatita, blanca como la nieve. El bueno de don José se regocijaba de antemano al imaginar la sorpresa y alegría de su indiecilla cuando viese « esos animales que llaman gatos », como decía ella.

Después de un viaje de muchos meses, realizado sin contratiempos, el bergantín entró de regreso en el Mar de Solís (estuario del Río de la Plata), y transcurrido un mes más, fondeó frente a la Asunción.

Don José tuvo el placer de saludar a su hermano, y de presentar el regalo a Ana María.

La pequeña quedó encantada. Al principio, es cierto, podría haberse discutido acerca de quién tenía más miedo, si ella o los gatos; pero cuando éstos, tranquilizados por la voz familiar del marino, tomaron unos pedacitos de carne que la niña les ofrecía tímidamente, ambas partes cobraron valor y se hicieron amigos. El gozo de Ana María no

tuvo límites entonces. Al cabo de algunas horas, su padre y su tío la hallaron sentada en el suelo, con un sedoso ovillo negro y otro blanco en sus faldas. Eran los dos gatos, ya completamente a sus anchas, que roncaban entrecerrando los ojos de placer, mientras Ana María les acariciaba la piel y les hacía suaves cosquillas en la cabeza. Toda la vecindad acudió a verlos, los europeos los contemplaron casi enternecidos. ¡Tanto tiempo hacía que no veían gatos! La figura familiar de los pequeños felinos que habían visto en España todos los días sin hacerles caso, les recordaba intensamente la patria querida. Los indios amigos también vinieron a mirar los animales que acababa de traer el barco de los cristianos, y hallaron que se parecían al *yaguareté* de las selvas. Los niños formaban rueda en torno de Ana María, la cual, muy ufana con sus tesoros, no quería que nadie los tocara, temerosa de que se asustaran.

La llegada de los primeros gatos fué así un acontecimiento en la Asunción.

III

Servía en casa de don Felipe un muchacho guaraní, que en el bautismo había trocado su nombre indio Abaporé por el de Juan. Fuerza es decir que ese cambio era, sobre poco más o menos, todo lo que había aprovechado en su conversión. No sucedía otra cosa con los demás: mudaban de nombre, adquirían algunas nociones

vagas de religión, y siempre más miedo al infierno que amor a Dios.

Juan era querido en casa de don Felipe; pero había sido castigado muchas veces por no comprender la noción de la propiedad. Sobre todo, los objetos brillantes, aunque no tuviesen ningún valor, le atraían irresistiblemente.

El marino había obsequiado a su hermano con un hermoso cuchillo de monte, hoja muy fina y mango artísticamente labrado. En cuanto lo vió Juan, despertósele el deseo de poseerlo. Cuando le acometía este deseo, dicho sea en su honor, luchaba heroicamente por vencerlo en obsequio al recuerdo de los zurriagazos recibidos en otras ocasiones; pero el séptimo mandamiento no entraba en su cabeza, y Juan acababa por ceder a la tentación.

Sabía muy bien que el objeto no le traería ningún provecho, que no lo podría usar ni vender sin traicionarse. Probablemente se lo descubrirían al día siguiente, y entonces no se salvaría de una buena docena de azotes, sin contar la penitencia que le impondría fray Manuel, el padre franciscano, cuando con él se confesara. Pero... ¡era tan hermoso el cuchillo! Solamente mirarlo y tocarlo, tenerlo en su poder durante unas cuantas horas, ya le parecía a Juan el colmo de la felicidad. Y en cuanto al pecado, con los azotes y la penitencia, quedaría purgado, puesto que para eso existían los castigos.

IV

Era cerca de media noche. No había luna ni estrellas; ni un rayo de luz se filtraba a través de las compactas nubes amontonadas en el cielo. La Asunción estaba sumida en tinieblas y silencio.

Ana María no había querido acostarse sin preparar antes la cama a sus queridos gatos, pues se imaginaba que pasarían la noche quietecitos y dormidos como ella; pero cuando todo quedó tranquilo, los animalitos se deslizaron fuera, primero uno y después el otro, a dar un paseo por los techos y quizá a ver si existían congéneres con quienes trabar relación.

Juan había tenido buen cuidado de no dormirse, y cuando el silencio fué tan profundo que ni aún su oído de hijo de los bosques percibía el menor ruido, se escurrió fuera de la choza que compartía con otros indios, y atravesó sigilosamente el amplio patio circundado de árboles, en medio del cual se levantaba el edificio principal. Sabía dónde había guardado su amo el cuchillo. Las puertas estaban cerradas; pero Juan conocía una que tenía un desperfecto, la que le sería fácil abrir desde afuera. La buscó a tientas, y se disponía a entrar, cuando se detuvo sobresaltado.

Precisamente encima de su cabeza, resonó un grito extraño, seguido al punto de otros igualmente raros. Eran sonidos indescriptibles, ora

largos, ora breves, como ahogados de pronto. Hubiérase jurado, a veces, oír el llanto de una criatura; otras, el viento soplando a través de un caño. Seguía después una especie de lamento, suave, melancólico y prolongado. Sobrevenía un momento de silencio, y después estallaba una escala fantástica y sorprendente de sonidos indefinibles : gruñidos, bufidos, chillidos alternados con notas profundas y solemnes, que terminaban en un grito penetrante.

Horrorizado, miró hacia arriba para descubrir de dónde procedían esas voces jamás oídas. La obscuridad era espesa, y nada distinguió en torno de él; pero después de un momento alcanzó a ver cuatro puntos luminosos, como dos pares de ojos brillantes que le estuviesen mirando. Juan, que mezclaba en su mente las supersticiones indias con la idea de las furias infernales, aprendida de los españoles, no dudó que aquellas fuesen brujas cantando un himno al diablo o algún ensalmo maléfico. Uno de los pares de ojos de fuego le miraba fijamente desde el alero; parecía acercarse más y más, luego, súbitamente, cruzó el espacio, como dos luces que cayeran al suelo. Juan no esperó a ver más y echó a correr como si sintiese en sus espaldas las garras de las brujas.

Abrumado por la diabólica aparición, no pudo cerrar sus ojos aquella noche, y cuando la aurora con sus primeras luces afiligranó la obscura mancha de la selva, fué ante fray Manuel a deponer sus terrores. El anciano confesor, viejo soldado, pudo

a duras penas conservar la seriedad de su alto ministerio, y aunque él guardó religiosamente el secreto, éste se difundió luego por la pequeña colonia, como más tarde la raza de los dos hermosos gatos en las provincias argentinas.

III

El espejo.

I

En 1583 la ciudad de Buenos Aires se desarrollaba tranquilamente bajo la sabia administración de su gallardo fundador don Juan de Garay.

Un acontecimiento vino cierto día a interrumpir la vida sosegada de sus moradores. Acababa de llegar a la rada una escuadrilla deshecha, pobres restos de un hermoso convoy que debía conducir, de España a Chile, al general don Diego Flores de Valdés y al gobernador del último país nombrado, don Alonso Sotomayor, marqués de Villa Hermosa. Los temporales en el Atlántico Sur habían causado tantos destrozos en las naves, que los capitanes decidieron retroceder hasta Buenos Aires, entonces el único punto poblado en centenares de millas de costa árida y desierta.

Los naufragos fueron acogidos con la espontánea, sincera y desinteresada hospitalidad que constituye un hermoso rasgo del carácter español y criollo. El gobernador hospedó al marqués de Villa Hermosa, y distribuyó a los demás en distintas casas, donde recibieron todo género de

atenciones. Pronto olvidaron los sufrimientos de la travesía y a muchos se les hizo tan simpática Buenos Aires, que renunciaron seguir viaje a Chile, prefiriendo establecerse en el Río de la Plata. Otros, en cambio, continuaron dispuestos a acompañar al marqués a su primitivo destino.

Don Juan de Garay preparó una expedición bien equipada que debía escoltar a don Alonso Sotomayor y a sus compañeros hasta las costas del otro océano. El gobernador, además de cumplir un deber humanitario, buscaba un fin práctico con esta expedición : estudiar las condiciones del país para establecer una comunicación directa con Chile, escalonando pueblos en el largo trayecto sólo recorrido por tribus salvajes.

II

Entre los naufragos hallábase un hidalgo español, que con su familia pensaba radicarse definitivamente en Chile. Había traído consigo muebles y otros objetos, algunos de lujo, completamente inútiles y fuera de lugar en América. En el naufragio, lo único que se salvó fué, por casualidad, lo más frágil y a la vez lo más superfluo de todo : un magnífico espejo. El hidalgo maldecía el capricho del azar, que le había despojado de lo necesario, conservándole precisamente lo que menos podría servirle.

Hospedábase con su familia en casa de uno

de los soldados fundadores, Juan Márquez de Ochoa, quien con su mujer, criolla asunceña, hizo todo cuanto le fué posible para que la permanencia forzada de los náufragos en Buenos Aires les fuera agradable. Los españoles, agradecidos, quisieron antes de partir para Chile hacer un regalo a la familia; pero ésta se negó obstinadamente a recibir dinero, y en Buenos Aires no había posibilidad de comprar nada fuera de los artículos de primera necesidad. Los huéspedes estaban afligidos por no poder retribuir tantas atenciones, hasta que la señora tuvo una idea.

— Puesto que no quieren aceptar dinero, ofrezcámosles el espejo, único objeto de valor que nos queda.

— ¿Y qué van a hacer con el espejo? — objetó su esposo. — Éstas son gentes sencillas que no necesitan cosas de lujo.

— ¡Pero puesto que no tenemos otra cosa que darles! Así verán, por lo menos, que estamos reconocidos. Además, podrán venderlo después si quieren.

— ¿Quién va a comprar espejos en Buenos Aires?

— Más tarde ya habrá quien compre. Aparte de ello, puedes estar seguro de que esta buena mujer, nacida en América, es tan hija de Eva como nosotras las españolas, y considerará el espejo objeto inapreciable.

Rióse el hidalgo de la observación de su esposa, y accedió.

Ochoa se resistió al principio a aceptar el obsequio; pero a su mujer le brillaron los ojos en cuanto conoció el propósito de los huéspedes. El poseer un espejo constituía para ella una dicha jamás soñada.

— Pero, mujer, ¿de qué nos sirve ese vidrio?
— le observó Ochoa. — Sólo sería un estorbo, sin contar que pasarías todo el día mirándote en él.

— ¡Se te ocurren unas cosas! ¿Cuándo me has visto delante del espejo?

— Bien, mujer; no, no te he visto; pero es porque no hay ninguno en casa.

— Aunque hubiera — repuso ella, mudando de táctica. — Ya verás, Juan, que no tendrás de qué arrepentirte. Lo colgaremos aquí, — indicando un lienzo de pared — ¿ves? aquí no estorba. Y después ¿sabes? quizá logremos venderlo — agregó, tocando con astucia femenina todos los resortes y empleando inconscientemente los mismos argumentos usados por la esposa del hidalgo.

— ¡Bah! —, observó Ochoa, que puesto en jarras delante del espejo, reía con disimulo de las razones de su mujer — ¡en Buenos Aires y espejo! — En el fondo, empero, estaba dispuesto a proporcionar este placer a la buena y fiel compañera de sus días.

El espejo de los naufragos quedó, pues, en casa de Ochoa.

III

Pasó una serie de años. Buenos Aires crecía en población, riqueza e importancia. Contribuía a su prosperidad la profunda paz en que le era dado desarrollarse : los conquistadores mantenían buenas relaciones con los indígenas, pues no regían en Buenos Aires las condiciones que hacían tan pesada la existencia a los indios del Paraguay y del Perú. No había minas en las llanuras, ni se explotaba en el litoral la fantástica variedad de productos tropicales. La pampa tampoco era tierra de crear en un momento riquezas de cuento de hadas : las fortunas se labraban lenta y normalmente, con paciencia y laboriosidad. En general, los que venían al Río de la Plata, no eran ya aventureros militares, sino gente dispuesta a trabajar sin esperar milagros.

En la campaña bonaerense surgieron pronto las chacras y estancias, que proveyeron de carne y productos agrícola: a la ciudad, y de cueros y lanas al naciente comercio legal y de contrabando.

Ochoa tenía entonces con su mujer e hijos una propiedad distante algunas leguas de Buenos Aires. El espejo que años antes le regalaran los náufragos, continuaba en su poder. Muchas veces Ochoa había querido deshacerse de él; mas su mujer siempre halló medio de conservarlo, confirmando así la suposición de la dama española,

de que las criollas no diferían de sus hermanas europeas, en materia de vanidad. La luna fué, pues, llevada a la chacra y colgada frente a la puerta, tan fuera de lugar en aquel medio rústico, como un diamante en una cocina.

La familia vivía en su finca con desahogo, sin temer nada de parte de los indios merodeadores.

Sin embargo, Ochoa tuvo cierto día un incidente con uno de aquéllos, por haberle visto un caballo que le habían robado seis meses antes. En vano el pobre mozo juró y perjuró haber obtenido el animal de otro indígena, en cambio de algunos objetos considerados valiosos entre los naturales. Ochoa no le creyó y le hizo prender por la justicia. El supuesto ladrón se llevó la peor parte en su contienda con un cristiano : nadie hizo caso de sus afirmaciones, se le quitó el caballo y fué condenado a azotes, después de lo cual se le dejó en libertad.

Desde entonces el indígena no pensó sino en vengarse de cualquier manera.

Un día, rondando la casa, se cercioró de que sólo se hallaban en ella el dueño y su mujer. Los hijos estaban en la ciudad y los peones en los puestos lejanos.

El indio no aguardó más. Enarbolando un hacha de que se había provisto, se precipitó hacia la puerta y la abrió de golpe.

Ya con el pie en el umbral vió frente a él, otro indio que, blandiendo un hacha, se lanzaba a su encuentro, con gesto furibundo y amenazador.

El indígena, asombrado, se detuvo, vaciló, y el otro se detuvo también. Un momento se contemplaron fijamente; y luego, el intruso, sobrecogido por la repentina e inesperada aparición de un adversario tan formidable, allí donde creía a todos desprevenidos, giró sobre sus talones y huyó; huyó con tanta velocidad que no vió a su terrible antagonista volverse, correr también y desaparecer en las profundidades del espejo.

IV

El deber.

Llovía a torrentes. El viento helado del sur barría las calles desiertas de Buenos Aires, convertidas en lodazales y alumbradas apenas por algún miserable farolillo. Los vecinos permanecían en sus casas con las puertas y ventanas bien cerradas, contentos de no tener que estar fuera en noche semejante, escuchando el rumor de la lluvia y el silbido melancólico de las ráfagas invernales.

Dos caballeros, sin embargo, se habían atrevido a desafiar la inclemencia del tiempo, y en un vehículo pesado y poco elegante, fueron hasta una casa grande y silenciosa, donde preguntaron por el doctor don Mariano Moreno. El esclavo que los anunció volvió al instante, rogándoles que le siguieran. Los condujo a un gabinete de estudio, amueblado con la mayor sencillez, cuyo único lujo consistía en dos candelabros de plata, en los cuales ardían varias bujías.

Cuando entraron los caballeros, se levantó del sillón del escritorio un joven, cuya personalidad interesaba inmediatamente. Su rostro pálido, sus

ojos negros y llenos de luz, sus movimientos rápidos y nerviosos, revelaban un temperamento fogoso, hecho para la lucha, el mando y la actividad; era el doctor Mariano Moreno, graduado hacía poco en la Universidad de Chuquisaca. A un lado, un poco en la sombra, se hallaba otro joven a quien presentó como su hermano Manuel.

Después de los saludos, uno de los caballeros tomó la palabra.

— Hemos venido, doctor, para hacerle algunas observaciones acerca de lo que quedó últimamente resuelto en la asamblea, y pedirle su parecer.

— Estoy a las órdenes de ustedes — respondió el abogado. — Todavía no he terminado el trabajo que leeré mañana, y llegan ustedes muy a tiempo. ¿Desean que recapitulemos primero?

— Íbamos a suplicárselo.

— Muy bien. Como ustedes saben, le proponemos al virrey una nueva política de entrada libre al puerto para los buques ingleses y portugueses. A causa de la guerra con Francia en que está enredada España, ésta no nos puede mandar mercaderías como antes, ni nosotros podemos vender las nuestras, puesto que existe la prohibición absoluta de negociar con otros países. En consecuencia, el virrey no tiene dinero ni para pagar los gastos más necesarios de la administración. Ahora, si hubiese libertad de comercio, entraría dinero en el país, la aduana percibiría rentas, el pueblo podría pagar los im-

puestos y la colonia prosperaría de una manera nunca vista.

— Sin duda; y acerca de esa solicitud quiéramos consultarle. Hemos vuelto a conversar con nuestros amigos y varios de ellos creen que sería mejor presentarse personalmente y no dejar documentaciones. Se discutió mucho el punto y al fin decidimos someterlo a la resolución de usted. ¿Cuál es su opinión?

— Creo que es preferible presentarla por escrito, detallando todas las razones; así el señor Cisneros podrá estudiar el asunto detenidamente y convencerse de su justicia. El fallo, no lo duden, será favorable.

— ¿Usted lo cree así?

— Estoy convencido de ello. El virrey se verá entre dos fuegos : la ley que prohíbe el comercio libre y la falta de dinero. Dudará tal vez, vacilará un momento; pero acabará por decidirse en nuestro favor. No puede obrar de otra manera. Está reducido a la necesidad vergonzosa de quedar debiendo los sueldos a los empleados. Nuestra pretensión no sólo es justa : es oportuna.

— Perfectamente, doctor, nos someteremos en todo a su juicio superior, y se hará como usted lo crea conveniente. Sólo nos resta suplicarle que tenga el escrito pronto para ser leído mañana a las ocho, pues muchos de nosotros hemos venido de muy lejos, expresamente para este asunto, y nos perjudicaríamos si tuviéramos que permanecer fuera de nuestras estancias más tiempo del absolutamente necesario.

— Lo comprendo, señores, y pueden ustedes estar seguros de que no faltaré a mi palabra.

Los dos hacendados se levantaron para despedirse.

— He oído decir que su señor padre está muy enfermo — observó uno de ellos, mientras se envolvía en su capote.

— Sí, es exacto; — repuso don Mariano, y su hermoso rostro se nubló, — pero esta noche seguía un poco más aliviado.

Los caballeros expresaron en términos corteses su esperanza de que el enfermo sanara pronto, y se despidieron.

Cuando salieron, el abogado volvióse hacia Manuel.

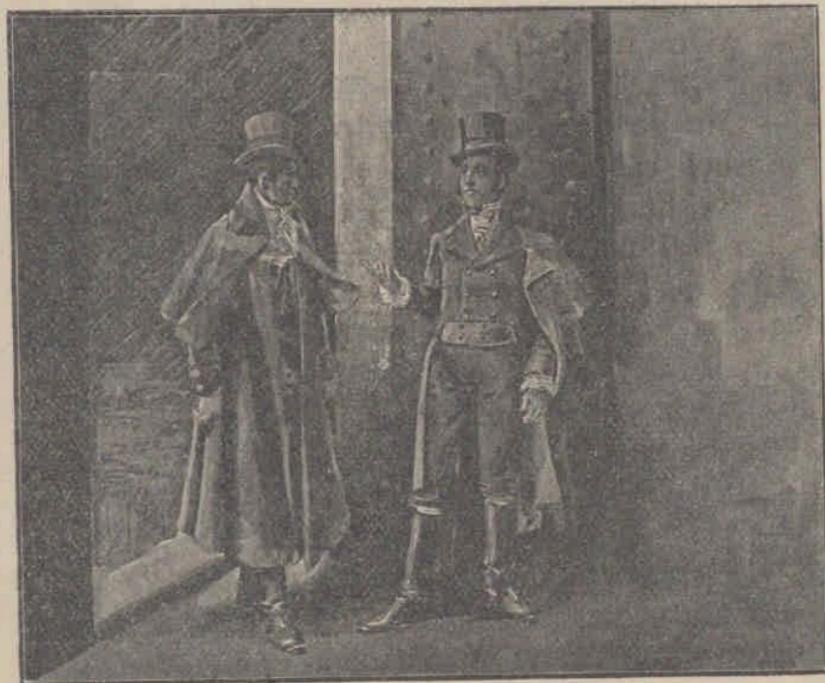
— Ven a sentarte aquí — le suplicó indicándole el sillón del escritorio. — Ayúdame : siempre me ha gustado tenerte de secretario.

Manuel obedeció; estaba habituado a ceder a su hermano mayor, cuya inteligencia brillante y voluntad dominadora se imponían a todos. Mariano, por su parte, sabía apreciar en lo que valían la sólida instrucción, y el juicio recto, acertado y frío de Manuel. Había entre los dos hermanos un mutuo aprecio y un gran cariño.

Manuel se preparó a escribir, y Mariano comenzó a pasearse por la habitación, con los ojos clavados en el suelo y la frente arrugada, como un hombre cuyo cerebro trabaja intensamente. Cada vez que penetraba en el círculo de luz de las bujías, Manuel hacía un movimiento instintivo como para escribir; pero su hermano seguía

callado. Al fin se detuvo, haciendo un ademán impaciente.

— No puedo pensar, — dijo — siempre me persigue la imagen de nuestro padre enfermo y



— Anda tú — dijo — y vuelve para informarme...

me impide trabajar con calma. Y, sin embargo, necesito concentrar todas mis ideas en esta petición.

Manuel no respondió, sólo miró el reloj, deseoso de que pasara más veloz el tiempo para velar otra vez al lado de su padre.

— Hagamos un esfuerzo — continuó Mariano frotándose las sienes y la frente con sus dedos blancos y nerviosos, como para aclarar sus ideas; y reanudó su trabajo sin abandonar su paseo lento por el gabinete.

De pronto Manuel se estremeció.

— ¿Qué fué eso?

— ¿Qué?

— Me pareció oír un grito.

Ambos escucharon conteniendo el aliento.

— Te has equivocado — dijo Mariano al cabo de un instante de silencio. — Continuemos.

Un momento después sintieron pasos en el corredor y un esclavo se precipitó dentro del gabinete.

— ¡Señores! — exclamó fuera de aliento, — ¡el amo!...

Manuel saltó de su asiento.

— ¿Ha empeorado de pronto?

— Han mandado llamar al médico.

Los dos hermanos corrieron hacia la puerta. De pronto Mariano se detuvo.

— Anda tú — díjole a Manuel — y vuelve para informarme : sospecho que han extremado las alarmas. Avísame si hay peligro; ya sabes que debemos terminar este trabajo.

— ¿El escrito?

— Sí.

— ¡Oh, déjame! No puedo acompañarte más.

— No eres allí indispensable y este trabajo debe quedar terminado esta noche. Cumplamos con nuestro deber, Manuel.

— Nuestro deber nos lleva allá — repuso éste, indicando las habitaciones interiores.

El hermano le miró fija, profundamente, y luego, con voz serena y firme, replicó :

— No olvides que el dolor no debe cegarnos.

El hermano menor vaciló, impresionado por la severidad de aquél, y casi instintivamente se dirigió otra vez hacia la mesa.

— No ahora, — dijo Mariano, empujándole suavemente con la mano; — ve a informarte.

Manuel salió del escritorio y el ruido de sus pasos rápidos se perdió en el corredor.

Mariano se sentó a escribir. En su espíritu rígido e inflexible, el deber sofocaba las aflicciones. En medio del torbellino de ideas que se revolvía en su cabeza, midió las dificultades que ocasionaría a los hacendados si faltaba a su palabra, él en quien habían puesto su confianza; y al mismo tiempo flotaba ante sus ojos, como una visión, la imagen de su padre yacente en el lecho. Creía oír gritos, exclamaciones, sollozos en el interior de la casa, sonidos imaginarios, pero enloquecedores. El doctor Moreno se oprimió la cabeza entre las manos, y luego, resuelto y austero como uno de aquellos romanos del tiempo de la República, en cuyo ejemplo de severidad terrible y grande se había inspirado, escribió. La pluma voló por el papel con rapidez; los pensamientos, bajo la misma tensión nerviosa, eran claros y nítidos, las ideas brotaban brillantes, inagotables, y la mano que escribía podía apenas seguir las, a pesar de su ligereza. Así fué terminado ese

documento, que se conoce con el nombre de « Representación de los Hacendados », y que por sí solo bastaría para cubrir de gloria el nombre de Moreno.

Volaron las horas y el abogado, febriciente, nervioso, consignó este último párrafo : « Éstos son los votos de veinte mil propietarios que represento y el único medio de establecer, con la dignidad propia del carácter de V. E., *los principios de nuestra felicidad y de la reparación del erario.* » — Trazó la última raya y arrojó la pluma.

El hermano no había vuelto : su ausencia era también una contestación.

Penetró en las habitaciones de la casa solariega y llegó al aposento de su padre. El anciano fijó en su predilecto una mirada de intenso cariño y en sus labios dibujóse una sonrisa de satisfacción. Pareció comprender que la ausencia de aquel hijo, su gran esperanza, había respondido a las serias tareas de su profesión.

Se aproximó al lecho, tomó suavemente la mano descarnada y laxa del enfermo, e inclinándose le besó en la frente, como si depositara el homenaje de su veneración. El anciano cerró los ojos y su sonrisa, al acentuarse, dió al conjunto de su semblante una expresión de tranquila felicidad.

Reunióse luego con Manuel en un ángulo del aposento.

— ¿Qué dice el médico? — preguntó ansioso.

— Que no nos quedan esperanzas.

Mariano midió conmovido aquella aflicción que

humedecía los ojos de su hermano anudándole la voz en la garganta.

Abrumado por el cansancio y las emociones, se sentó en un sillón. Sus sentidos comenzaron



... llegó donde estaba Moreno y le dijo algunas palabras...

a embotarse; entre dormido y despierto, oyó el viento que continuaba su gira caprichosa y violenta en el espacio. A veces, una gran ráfaga penetraba en el patio, sacudía las plantas de los arriates y las ramas de los árboles, y prisionera se revolvía furiosa, empujaba las puertas, mur-

muraba sus misteriosas canciones o silbaba sus aires melancólicos por las rendijas.

Arrullado por el ruido monótono, el fatigado joven se durmió. Los otros, compadecidos, le dejaron.

Lentamente el día disipó las sombras pesadas de aquella noche tormentosa. Un amanecer ceniciento, indeciblemente triste, que daba a los objetos un tinte lívido, empezó a inundar con su luz la habitación del enfermo. Manuel despertó a su hermano, el que se recordó sobresaltado, con la cabeza pesada y los miembros entumecidos.

— ¿Qué hay? — murmuró; y luego, con una exclamación de alarma, se puso de pie : — ¿Mi padre?

— Parece que duerme : no hay novedad. Te desperté porque ya han sonado las siete y media y se aproxima la hora que tenías señalada.

En un momento, Mariano fué otra vez el soldado del deber, sereno y austero. Se inclinó sobre el enfermo, escuchó durante algunos segundos su respiración regular, y después de recoger en el escritorio su manuscrito, se dirigió al Consulado, donde le esperaban los hacendados.

De pie junto a la mesa, daba lectura a la solicitud, cuando alguien, informado a su vez con urgencia, llegó donde estaba Moreno y le dijo algunas palabras en voz trémula, agitada.

El abogado le miró con fijeza, dejó caer la mano con el papel, y cerró los ojos. Por un instante quedó lívido. Reaccionó con energía,

pudo continuar la lectura de la solicitud y se retiró después, evitando el encuentro con sus clientes, amigos y conocidos.

Todos querían rendirle un aplauso por su obra, pero cuando lo buscaban, empezó a difundirse la triste nueva de que el anciano padre de Moreno había muerto en momentos en que su hijo cumplía serenamente con su deber.

V

La cadenita de oro.

I

Allá por el año 1816, vivía en Mendoza una niñita huérfana, llamada Carmen. Servía a una familia adinerada, cuyos niños la mortificaban de mil maneras vergonzosas.

En aquellos días llegó a hablarse en la casa de un acontecimiento que interesó mucho a Carmen. Decíase que las señoras y niñas mendocinas regalaban sus alhajas al gobernador, para comprar caballos, mulas y armamentos.

Se mencionaba especialmente como iniciadora del ofrecimiento a la señora doña Remedios, esposa del gobernador.

Las señoras hablaban con entusiasmo de los montones de oro, plata, perlas y piedras preciosas que habían visto acumulados en la mesa del gran salón del Cabildo.

Carmen solía escuchar estas conversaciones mientras esperaba, cruzada de brazos, el mate para cebarlo; las entendía sólo a medias, como es de imaginar, porque en su cabecita de doce años no podía darse cuenta cabal de los acontecimientos de aquella época extraordinaria y heroica.

La verdad era ésta. El coronel don José de San Martín, gobernador de Cuyo, tenía en su mente el plan grandioso de formar un ejército, con el que trasmontaría la gigantesca cordillera



... la mortificaban de mil maneras vergonzosas...

para atacar y destruir el poder de los españoles en Chile, y luego pasar al Perú, centro principal de la resistencia realista. Para llevar a cabo este proyecto inaudito, que nadie conocía aún en sus principales detalles, necesitaba recursos abundantes. Todo lo proporcionaba la provincia de Cuyo. San Martín pedía hombres, y Cuyo le daba sus hijos; pedía armas, y se fabricaban

armas; exigía acémilas, y en filas interminables llegaban las recuas de mulas; necesitaba víveres, y venían los carros repletos de carne, harina, verduras, fruta, pastas, vino, aceite. Y si el gobernador pedía dinero, los cuyanos abrían sus arcas y cada cual daba lo que podía. Tan bien administrada se hallaba la provincia, que jamás se cegaron sus fuentes de riqueza : semejaba una mina inagotable.

Las mujeres también quisieron demostrar su espíritu de sacrificio, abnegación y patriotismo, y cuando la esposa del gobernador, doña Remedios Escalada de San Martín, lanzó la idea de que hiciesen donación de sus alhajas, respondieron con entusiasmo. No hubo una sola que dejara de acudir al Cabildo para ofrecer sus joyas a la patria.

II

Por la noche, acurrucada en el miserable colchón que le servía de cama, Carmen seguía tejiendo el hilo de las ideas que la preocupaban. Había comprendido que eso de entregar al gobernador sus alhajas, debía ser algo muy grande y generoso : una acción noble y digna de aplauso. ¡Oh, si también ella pudiera dar alguna cosa! Deseaba tanto ¡tanto! hacer algo para que vieran que no era mala, ella a quien todos trataban de perversa, mentirosa, ladrona y otras muchas cosas indecorosas. Pero, ¿qué podía dar que fuese

de valor? No tenía nada... Sí, sí, sí tenía algo; ¿cómo había podido olvidarse de eso? Se sentó en la cama y desprendió de su cuello una delgada cadenita de oro con una medalla que representaba a la Virgen del Carmen. Su padre, antiguo arriero en la cordillera, se la había traído de Chile, y su mamita querida se la colgó al cuello diciéndole que le traería suerte. ¡Buenos tiempos habían sido aquéllos en que vivieron sus padres! Nunca faltaron en su ranchito, el puchero, el pan, el mate, el arrope ni las frutas; nadie la reñía ni la pegaba y vivía feliz y contenta. Pero llegó un día en que hallaron a su padre helado en la cordillera; su madre, al saberlo, se enfermó de tal manera que no volvió a sanar, y murió al poco tiempo.

De todo esto se acordaba Carmen mientras hacía brillar la cadenita a la luz de la luna. Era de oro, el señor cura se lo había dicho, y puesto que era de oro, debía ser de gran valor. Quizá el gobernador pudiera comprar con ella un caballo o una mula o tal vez un cañón entero. ¡Qué cosa magnífica sería eso! Pero, ¿no se enojaría su madre si supiera que se desprendía de la cadena? ¡Oh, no! puesto que hacía una buena acción, y su madre misma le había dicho a menudo que debía ser buena.

Se durmió. En sueños creyó ver a la Virgen del Carmen sonriéndole; y cuando miró bien, vió que la dulce Señora tenía las facciones de su propia madre querida.

III

Por la mañana guardó la cadenita en el seno, y fué a su trabajo diario. No sabía bien cómo arreglárselas para que su alhaja llegara a manos del gobernador. No tenía a quién pedir consejo ni menos a quién confiar el encargo. Después de mucho pensar y revolver el asunto en su cabezita, decidió valerosamente ir ella misma.

Muy entrada la tarde pudo escabullirse sin peligro de que notaran su ausencia; y por las calles que invadían las primeras sombras de una tarde nublada de primavera, se dirigió rápidamente a casa del gobernador. La conocía, porque en la casa frontera vivía una familia amiga de sus patronos, adonde con frecuencia tenía que acompañar a las niñas cuando iban allí a jugar.

El paso ligero de Carmen se volvió un poco más lento y su corazón comenzó a latir muy fuerte.

Llegó al sitio que buscaba. En la calle hacía guardia un soldado del regimiento de granaderos, y en el marco de la puerta se apoyaba un joven oficial que vestía igual uniforme.

Carmen creía que en casa del gobernador se entraba así no más, e iba a pasar adelante sin preámbulos, cuando el oficial la sujetó del brazo :

— ¡Eh, chica! ¿A dónde vas?

— Voy a ver al señor gobernador — repuso

un poco asustada y al mismo tiempo con aire de importancia.

— Al señor gobernador ¿eh? ¿Y qué quieres con Su Excelencia?

— Yo... yo venía a traerle una cadena de oro.

— ¿Una cadena de oro? — repitió el joven, sorprendido e incrédulo. — ¿A verla?

— ¡Ah, no! — dijo la chica retrocediendo con desconfianza.

— Pero si el señor gobernador ha mandado que todo lo que le traigan lo vea yo primero! — insistió el oficial.

— Yo no quiero que la vea nadie más que él — replicó Carmen, apretando contra su pecho algo envuelto en un papel, mientras sus ojos negros miraban al joven con una expresión mezclada de temor y desafío.

Al oficial le hizo gracia la chiquilla que resueltamente pedía hablar con el gobernador, y haciéndole seña de seguirle :

— Bueno, ven conmigo, — le dijo — vamos a ver si Su Excelencia está en casa.

Llamó a una puerta y cuando respondieron « ¡Adelante! » — abrió.

— ¡Coronel! Aquí hay una chica que está empeñada en hablar con usted.

— Veamos — contestó el coronel, dejando a un lado la pluma. — Hágala entrar.

Un segundo después, Carmen se hallaba en una pieza sencillamente amueblada.

— ¿Qué querías, chiquilla?

Alzó un poco las pestañas y vió sentado, junto

a una mesa llena de libros y papeles, a un oficial de rostro moreno, fino, y ojos negros, rasgados, que la miraban con bondad.

— No me tengas miedo — prosiguió don José de San Martín; pero la chica había perdido todo su aplomo. No sabía cómo empezar, y su idea de venir a ofrecer al gobernador la cadena le pareció de pronto un atrevimiento sin igual.

— Yo... yo... — comenzó, y se detuvo.

— Vamos a ver — animóla el coronel sonriente, y haciendo a su secretario seña de retirarse un poco. — ¿Me quieres dar algo? — agregó al notar un papelito en su mano.

Carmen hizo un signo afirmativo con la cabeza. San Martín atrájola a su lado, tomó el papel y lo desdobló.

— ¡Qué linda cadena! ¿Y qué quieres tú que haga yo con ella?

— Yo... es para usted — contestó en voz tan baja, que el coronel tuvo que inclinarse mucho para oírla. — Yo creía que... que usted... que a usted le serviría para comprar cañones.

— ¡Ah!... Has oído que las señoras ofrecieron al gobierno sus alhajas, y tú has querido dar algo. ¿No es así?

— Sí, señor — repuso tímidamente. — ¿Y podrá comprar cañones con ella?

— ¡Cómo no! — replicó el coronel, disimulando la impresión profunda que causaba aquel acto. Pesó gravemente en la mano la cadenita, que representaría apenas unos cuantos gramos. — Es oro verdadero — agregó, — y vale mucho. Pero

¿tú tienes permiso para desprenderte de esta cadena?

— ¡Oh, sí, señor, sí! — respondió, temerosa de que no se la aceptasen. — Sí, señor; es mía.

—¿Pero puedes darla? ¿Quién te la regaló?



— ¡Qué linda cadena! ¿Y qué quieres tú que haga yo con ella?

— Mi madre.

— ¿Y tienes permiso de ella para regalarla?

— Ha muerto.

— ¡Ah, pobrecita! ¿No tienes madre? Y entonces, di: ¿cómo se te ocurrió venir aquí? ¿Quién te inspiró la idea? Vamos, cuéntame eso, no me tengas miedo.

Carmen paseó su mirada del coronel al secretario, con gravedad infantil. Luego la fijó en los ojos del coronel, y cobrando ánimo le refirió cómo había oído conversar a las señoras del ofrecimiento de sus alhajas para ayudar al gobernador; su aflicción por no poder dar algo ella también, hasta que de pronto se acordó de la cadenita; de las dudas que había tenido acerca de si viviendo su madre le habría permitido desprenderse de ella; sus recelos y temores hasta el momento de decidir la difícil cuestión.

Una vez roto el hielo, se atrevió a desahogar su corazoncillo oprimido, confiando al coronel su triste vida desde la muerte de sus padres.

— ¿Y no te cuesta desprenderte de la cadenita? — preguntó San Martín cuando terminó Carmen.

— Como todos le regalan a la patria, yo también quiero hacerlo.

Profundamente conmovido, el coronel estrechó a la chica entre sus brazos y la besó en la frente, pensando que el modesto tributo de esta niña valía más que algunos de los brillantes y perlas donados por personas que sólo daban algo de su abundancia, como en el eterno motivo de la parábola cristiana.

— Esta cadenita, Carmen — díjole — yo te la agradezco en nombre de la patria. ¿Sabes tú lo que es la patria? No, porque todavía eres muy chica; pero cuando seas más grande lo comprenderás. Has entregado lo único que tienes, y eso da a tu regalo más valor que el de un montón

de diamantes. ¿Quieres quedarte conmigo? Aquí nadie te reñirá ni pegará y aprenderás muchas cosas. ¿Quieres?

¡Que si quería Carmen! Desde que había muerto su madre nadie la había mirado ni hablado de esa manera. Se estrechó al coronel como lo habría hecho una hija, y prendida de su mano fué a presentarse a la señora doña Remedios.

Y en el mismo instante recordó que su madre le había dicho, al colgarle la cadenita, que ésta le traería suerte.

VI

De vasallo a hombre libre.

I

Junto a la ventana de lujosa sala, conversaban, una tarde de junio de 1810, dos lindas niñas de dieciséis y diecisiete años respectivamente.

— ¡Cuánto tiempo sin verte! — dijo la menor, una preciosa rubia. — Tengo muchas cosas que contarte.

— ¡Qué quieres, Juanita! — respondió la otra. — No he podido dejar solo a abuelito.

— ¿Pero por qué no viene él también? ¿No es un viejo amigo de la casa?

— Sí; pero sale muy poco ahora. Los acontecimientos del 25 de mayo le han afectado mucho.

— ¿Por qué? ¿No está contento?

— ¿Contento? ¿De qué quieres que esté contento?

— ¡Pues, de esta revolución! Papá dice que ahora vendrán tiempos nuevos de más libertad y progreso, y que todos los hijos del país debemos regocijarnos.

— Olvidas que abuelito no es hijo del país — observó su amiga con frialdad.

— Bueno; pero tú lo eres. ¿O acaso no eres criolla, Pilar?

— ¿Yo, criolla? ¡Qué idea! — dijo Pilar airada.

— Vaya, no te enojés. Yo creía que todos los nacidos aquí eran criollos.



Juanita corrió hacia él y lo abrazó.

— Pero yo no quiero serlo. Mi abuelo es de la nobleza española, mis padres lo fueron, y yo también lo soy. ¿Cómo quieres, entonces, que abuelito y yo estemos contentos porque la colonia se ha rebelado contra el rey?

— ¡Pero si no hay tal cosa! Papá dice que la

Junta se ha constituido precisamente en nombre del rey.

— Y entonces, ¿por qué han destituido al virrey?

A esta pregunta la rubia no supo contestar, y la eludió con habilidad.

— No nos peleemos — dijo. — ¿O acaso no seremos más amigas porque tú piensas de un modo y yo de otro?

— ¡Oh no, no! — exclamó Pilar abrazando a Juanita, — dejemos eso para los hombres. Cuéntame más bien algo de tu hermano.

Juanita se dió un golpecito en la frente.

— ¡Pero si es cierto! Llegó esta mañana; nos ha tomado de sorpresa. Figúrate nuestra alegría — y comenzó a hacer a Pilar una descripción entusiasta de su hermano mayor, que había cursado los estudios en la universidad de Chuquisaca. En lo más interesante del relato se presentó en la sala un joven riendo alegremente.

— Me parece que mi hermanita está elogiándose demasiado. Es tiempo de que yo mismo venga a rectificar las cosas.

Juanita corrió hacia él y lo abrazó.

— ¿Te acuerdas de María del Pilar Castillos? — preguntó.

— ¡Cómo no!

Pero a pesar de esta respuesta, el joven se detuvo asombrado ante la niña a quien volvía a ver después de algunos años, convertida en una señorita muy linda. También Pilar tuvo dificultad en reconocer en aquel joven gallardo al amigo

de su niñez. Al principio hubo cierto embarazo : pero, poco a poco, volvieron a hallarse a sus anchas el uno al lado del otro.

Evitaban sólo el *tú* familiar y tratábanse formalmente de *usted*. Entre risas y bromas recordaron las peripecias y percances de sus juegos de niños. Alejandro habló de sus estudios y de sus viajes, y por fin la conversación recayó en los sucesos de mayo.

— Ya le he explicado a Juanita que abuelito y yo somos partidarios del rey — dijo Pilar.

— Admito que lo sea el señor de Castillos ; ¿pero usted también?

— Yo también. Abuelito sostiene que los criollos son rebeldes, y me atengo a lo que dice él.

— Entonces reñiremos — observó Alejandro en tono de broma.

— Reñiremos — repuso ella con una mirada de desafío. Luego, con más dulzura, añadió : — Le aconsejo que cuando converse con abuelito no aborde ese tema.

Poco después Pilar se retiró, pidiendo a Juanita que fuera a visitarla.

II

Don Luis de Castillos llegó al Río de la Plata con el primer virrey, don Pedro de Cevallos. Había conocido el régimen virreinal en sus primeras horas y después en todo su apogeo, y jamás entró en su mente la idea de que un día España

podiera dejar de ser la soberana de América. Cuando en mayo de 1810 comenzó el movimiento de emancipación, se resistió primero a creerlo, y ante la realidad de los hechos, declaró que no sería duradero el nuevo estado de cosas, porque muy pronto España volvería a reducir a sus colonias rebeldes. Irritábanle el entusiasmo popular y las ideas liberales predicadas por los hombres que surgían, y no comprendía esa corriente de vida fresca y generosa que barría el ambiente como un viento purificador.

Su nieta María del Pilar, único miembro sobreviviente de una larga familia, había sido educada por el anciano según sus principios severos. No tenía otra voluntad que la de su abuelo, y carecía de juicio propio sobre el mundo.

Algunos días después de la visita de Pilar en casa de su amiga, fué Juanita con su hermano Alejandro. Don Luis quería mucho al joven y le recibió cariñosamente.

— Le recordaba a usted muchacho — dijo, después de los primeros saludos, — y le veo convertido en hombre. ¿Qué piensa hacer usted ahora? ¿Supongo que primero querrá descansar algunos meses?

— ¡Quién sabe, don Luis! No están los tiempos para descansar. Mucho tienen que hacer los hombres de energía y buena voluntad.

— Es verdad — repuso el anciano. — Restablecer el poder del rey, dar en tierra con esta rebelión...

— Pero yo no pienso así — interrumpió Ale-

jandro. En seguida recordó la advertencia de Pilar, de no abordar ese tema y sintió haberlo hecho.

— Nosotros, los jóvenes... — comenzó; pero don Luis le cortó la palabra.

— ¡Ah sí! ya comprendo. Usted es de los ofuscados con bandos y proclamas, con dianas y escarapelas celestes. También a usted le ha subido a la cabeza eso de libertad y pueblo soberano, ¿verdad?

— Confieso que soy del partido del « nuevo sistema » — contestó Alejandro, dejándose arrastrar a pesar suyo.

— En lo cual obra usted muy mal — observó don Luis. — Precisamente los hombres jóvenes que, como usted, han estudiado, no debieran dejarse impresionar por palabras huecas y altisonantes.

— ¿Y por qué no hemos de regirnos según nos convenga, los hijos del país? España no puede gobernarnos : constituyamos, pues, un gobierno propio.

A esto replicó don Luis, que el hecho de destituir al virrey y armar expediciones para incitar a los pueblos a la resistencia, era un acto de rebelión. Alejandro se entusiasmó y explicó al anciano los anhelos, los ideales, las esperanzas de la juventud. Don Luis sostuvo que esas aspiraciones eran criminales y merecían el castigo más severo. Después de una discusión larga y apasionada, se separaron sin haber podido comprenderse mutuamente. Encarnaban el uno el

tiempo viejo que se iba, el otro la era nueva que llegaba. No era posible ponerse de acuerdo.

Pilar no había perdido una sola de las palabras de Alejandro. Era la primera vez que veía las cosas desde ese punto de vista, y se asombró de cuán diferentes parecían así. Una vaga duda surgió en su mente, de que no todo cuanto decía su abuelo acerca de los derechos de España fuese exacto. Esto no fué, empero, al principio, sino una impresión indefinida. Las antiguas ideas se hallaban demasiado arraigadas en ella, para poder ser arrancadas de pronto.

Desde entonces, don Luis veía con desagrado las visitas de Pilar a casa de Juanita; pero no quiso privar a su nieta del placer de ver a su amiga.

Siempre que Pilar se encontraba con Alejandro, sostenía con él discusiones acaloradas sobre política. No quería confesar, naturalmente, que su modo de ver se modificaba y que, en el fondo, ya no era realista, sino patriota. Contribuía a este cambio, fuerza es decirlo, la persona del joven, cuya caballerosidad y nobleza de sentimientos le inspiraban cada vez mayor simpatía.

Un día sorprendió a su abuelo con la declaración inesperada de que los patriotas no dejaban de tener razón en sus pretensiones.

Don Luis miró a su nieta, demasiado asombrado para poder hablar. Luego, irritado, le echó en cara su falta de lealtad al rey y le prohibió terminantemente volver a decir semejante cosa.

III

Alejandro, entretanto, se había alistado en el ejército que debía conducir al Paraguay el general Belgrano.

Días antes de marchar, halló a Pilar sola, le dijo con sencillez y franqueza que la amaba y le preguntó si quería ser su esposa. Ella no ocultó tampoco el cariño que le profesaba y con la misma sencillez le respondió que sí.

Los novios resolvieron guardar el secreto ante don Luis, temerosos de una negativa. Mientras Alejandro estuviese en el Paraguay, Pilar prepararía el ánimo del anciano, para que acogiera favorablemente el noviazgo.

Alejandro partió lleno a la vez de pesar y de esperanza, y para Pilar comenzó un tiempo de inquietud y angustia. Sólo muy de tarde en tarde llegaban noticias de la expedición, inseguras y contradictorias. Una daba al ejército por victorioso, otra lo decía totalmente destruído. El único consuelo de Pilar era conversar con Juanita, cuya charla alegre la distraía, infundiéndole ánimo. El tiempo pasó entre alternativas de esperanza y desaliento. El ejército del Paraguay, después de una retirada honrosa, regresó, y al cabo de tantos meses de separación, Pilar tuvo la alegría de ver a su prometido.

Alejandro venía resuelto a pedir a don Luis la mano de su nieta. Pilar cedió, con el corazón

oprimido, porque conocía al anciano y temía que pudiera hacer a su prometido algún desaire cruel.

Así sucedió en efecto.

Don Luis escuchó a Alejandro sin interrumpirle.

— Desengañese, joven — respondióle después fríamente. — Pilar es vástago de raza noble y no será jamás la esposa de un vasallo en armas contra su rey.

Alejandro palideció.

— ¿Es éste el único motivo porque me niega usted la mano de su nieta?

— El único, y le considero más que suficiente.

— ¿Me la negaría usted aún el día en que yo dejase de ser vasallo?

— Ese día no llegará nunca — respondió don Luis. — Aténgase usted a la segunda parte de mis palabras : « un vasallo en armas contra su rey ».

Alejandro comprendió. Se le daba una esperanza si abandonaba la causa de los patriotas y abrazaba la del rey. Pero eso no podría suceder nunca, pues se haría despreciable ante los ojos de los patricios y ante los suyos propios. Sólo debía atenerse a la declaración de que Pilar no sería jamás la esposa de un vasallo.

— Día vendrá en que los criollos no seremos vasallos — dijo — y entonces usted no tendrá ya derecho a negarme lo que le pido.

— Ese día no llegará jamás — repitió don Luis con altivez.

— ¡Pues yo le digo a usted que llegará! — insistió Alejandro; y saludando, se retiró exasperado y temeroso de perder su calma ante la fría serenidad del anciano.

IV

Cuando Belgrano fué nombrado general en jefe del ejército del Norte, Alejandro se incorporó a las tropas. Al patriotismo se unía ahora el amor, impulsándole a hacer cuanto pudiera para ver libre a su país. No logró hablar a Pilar antes de partir, porque don Luis había prohibido a su nieta visitar a Juanita mientras estuviese allí el hermano; pero Alejandro le escribió lo ocurrido en la entrevista, agregando que no perdiese la esperanza. Ya llegaría la hora de reunirse para siempre.

Don Luis tornábase cada día más sombrío y taciturno. No se conformaba con el nuevo orden de cosas. ¡Qué! Él, un español de ilustre cuna, que había desempeñado cargos elevados en la administración del virreinato, a quien honraron con su amistad Cevallos, Vértiz, el marqués de Loreto y el malogrado Liniers... ¿él reconocería el gobierno de los rebeldes? ¡No, nunca, nunca! Y afirmábase en su resistencia vana, obstinada e inútil, luchando contra lo que no podía remediar y esperando contra viento y marea ver restablecido el poder del rey. Olvidaba en su ceguera,

los esfuerzos heroicos que su propia patria hacía para libertarse del yugo de Napoleón.

A las amarguras de estos pensamientos, se unía la que le causaba su nieta, al negarse a aceptar la mano de varios pretendientes españoles. Pilar declaró que permanecería fiel a su prometido. A pesar de su dulzura, tenía tanta energía como su abuelo. Era sumisa, dócil y obediente; pero en ese único punto estaba resuelta a no ceder.

De Alejandro, le llegaban noticias de cuando en cuando. Comenzó a distinguirse : fué de los primeros en Tucumán; se le nombró entre los héroes de Salta. El general Belgrano le confió misiones honrosas : le recomendó en sus partes. Más tarde, en los días aciagos de Vilcapugio y Ayohuma, se debió a su valor y serenidad la salvación de gran parte de las tropas. Luchando, ora victorioso, ora vencido, Alejandro recorrió el país desde Tucumán hasta Potosí, durante cuatro años de heroica campaña.

Por fin, en abril de 1816, obtuvo licencia para venir a Buenos Aires.

La alegría de los novios al volver a verse tras larga separación, fué indescriptible; pero la templaba el hecho de que aun no se verían satisfechos sus anhelos, porque don Luis no consentiría jamás la unión, mientras Alejandro continuase siendo rebelde.

V

En Tucumán acababa de instalarse un congreso con los diputados de casi todas las provincias : abogados, militares, sacerdotes, ancianos



...se cubrió la cara con las manos rompiendo en sollozos.

serenos y jóvenes fogosos, hombres de pensamiento y hombres de acción. Allí estaban Belgrano, Pueyrredón, Rodríguez, Medrano, el sanjuanino Laprida y veinte otros. Se hablaba abiertamente de declarar la independencia, único

medio de salvar la revolución. El 9 de julio de 1816, Laprida preguntó a los miembros del Congreso si querían que las Provincias Unidas del Río de la Plata formasen una nación libre e independiente.

— ¡Sí, sí! — respondieron todos, y la sala repercutió con aplausos y aclamaciones. La gran noticia llevada por chasquis veloces, voló del centro a los extremos del territorio argentino, provocando en todas partes el mismo júbilo.

Cuando la conoció don Luis, permaneció un momento anonadado. Luego, sin decir una palabra, se encerró en su aposento.

Pilar recorría la casa en un estado de expectativa nerviosa. Declarada la independendencia, no había ya vasallos, y entonces... No se atrevió a pensar hasta el final todas las consecuencias posibles de este hecho.

En el patio se acercaron pasos rápidos que ella conocía bien. Un segundo después entró Alejandro y la asió de ambas manos.

— ¿No sabes?

— Sí : sí lo sé.

— ¿Y don Luis?

Antes de que ella pudiera responder, el anciano apareció en el marco de la puerta. Su figura, poco antes tan derecha, estaba encorvada, su paso lento, su mirar apagado; en tan breves horas parecía haber envejecido de muchos años. Dirigió a Alejandro una mirada en la cual se mezclaban extrañamente, la tristeza y el desafío.

El joven se adelantó hacia él.

— Señor — dijo, — usted me declaró una vez que jamás daría su nieta a un vasallo rebelde. Yo le respondí entonces, que llegaría el día en que dejaríamos de ser vasallos. Vivimos en ese día. Se ha declarado la independenciam. Los argentinos formamos una nación libre, y no reconocemos por señor a ningún rey. Señor de Castillos : vuelvo a pedirle la mano de su nieta.

El anciano español extendió la mano temblorosa para buscar un apoyo y se dejó caer en un sillón. Su fe inquebrantable en la causa del rey le abandonó; se sintió viejo, cansado, sin fuerzas para continuar la lucha estéril contra los tiempos nuevos, y vencido, se cubrió la cara con las manos rompiendo en sollozos.

En silencio, los jóvenes arrodilláronse a su lado.

VII

El mensajero de San Martín.

I

El general don José de San Martín leía cartas en su despacho. Terminada la lectura, se volvió para llamar a un muchacho que esperaba de pie junto a la puerta. Debía tener éste unos 16 años; era delgado, fuerte, de ojos brillantes y fisonomía franca y alegre. Cuadrado como un pequeño veterano, soportó tranquilamente la mirada del general.

— Voy a encargarte una misión difícil y honrosa. Te conozco bien : tu padre y tres hermanos tuyos están en mi ejército y sé que deseas servir a la patria. Lo que voy a encargarte es peligroso; pero eres de una familia de valientes. ¿Estás resuelto a servirme?

— General, sí — contestó el muchacho sin vacilar.

— ¿Lo has pensado bien?

— General, sí.

— Correrás peligros.

— Como todos nosotros, general.

San Martín sonrió a esa respuesta, pues veía

que el muchacho se contaba decididamente entre los patriotas.

— Debes tener presente que en caso de ser descubierto, te fusilarán — continuó, para conocer la entereza de aquel niño.



— Debes tener presente que en caso de ser descubierto...

— General, ya lo sé.

— Entonces ¿estás resuelto?

— General, sí.

— Muy bien. Quiero enviarte a Chile con una carta que por nada ¿entiendes? ¡por nada! debe caer en manos ajenas. Si llegaras a perderla, costaría la vida a muchas personas. La

entregarás al abogado don Manuel Rodríguez, en Santiago, y la contestación la traerás con las mismas precauciones. Si te vieras en peligro, la destruirás; y si por desgracia fueras descubierto, supongo que sabrás guardar el secreto. ¿Has entendido, Miguel?

— Perfectamente, general — respondió el muchacho; y esta contestación, sencilla y firme, satisfizo al insigne conocedor de hombres.

II

Dos días después, Miguel pasaba la cordillera en compañía de unos arrieros. Llevaba la carta cosida en un cinturón debajo de la ropa; tenía el aire más inocente y despreocupado del mundo, y nadie hubiera sospechado que pensara en otras cosas que no fueran niñerías, pues durante el viaje no hizo sino cantar, silbar y bromear. Refirió a sus compañeros que iba a la finca de unos parientes al otro lado de la cordillera, y todos le cobraron afecto por su buen humor. Cuando se separaron en territorio chileno, le despidieron cariñosamente.

Miguel ignoraba que el señor Manuel Rodríguez, destinatario de la carta, era uno de los chilenos que más activamente contribuían a preparar la revolución patriota para cuando invadiera San Martín con su ejército. Ignoraba, asimismo, que él sólo era uno de los innumerables

agentes y espías que el general tenía para llevar y traer correspondencia secreta, sembrar noticias, verdaderas o falsas, según le conviniera, y tenerle al corriente de cuanto ocurría en Chile y pudiera serle útil. El general le había honrado con su confianza y debía justificarla. Eso le bastaba.

Llegó a Santiago de Chile sin contratiempos; halló al doctor Rodríguez, le entregó la carta y recibió la respuesta, guardándola en el cinturón secreto.

— Mucho cuidado con esta carta — le dijo también el patriota chileno. — Eres realmente muy niño para un encargo tan peligroso; pero debes ser inteligente y guapo, y sobre todo buen patriota, para que el general te juzgue digno de esta misión.

Miguel volvió a ponerse en camino lleno de placer y de orgullo con este elogio y resuelto a merecerlo cada vez con mayor razón.

III

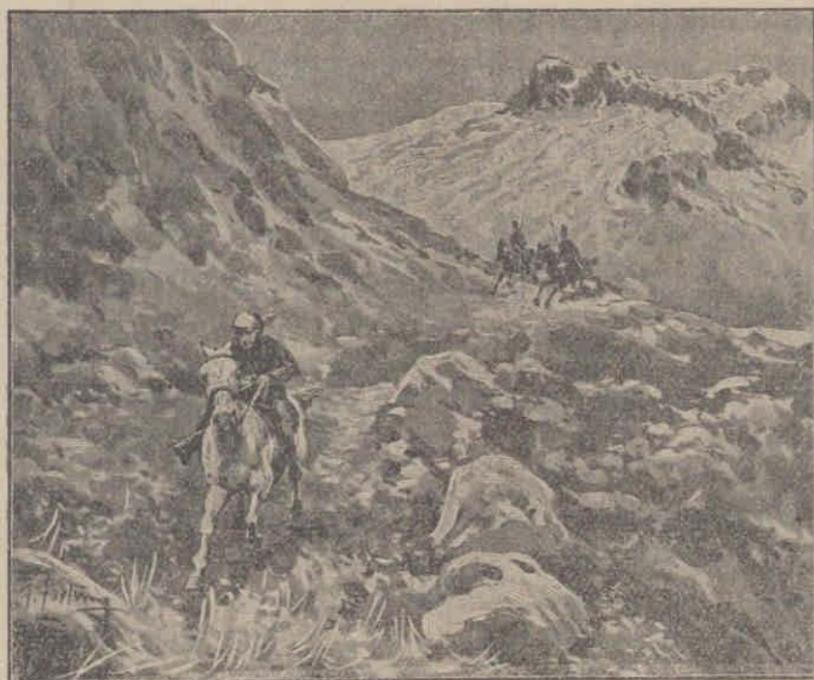
El gobernador de Chile, Marcó del Pont, sabía que emisarios y agentes secretos de los patriotas trabajaban para sublevar al pueblo, y que éste le odiaba y estaba deseoso de asociarse a los revolucionarios de Buenos Aires. Por esto lo sometía a un régimen de humillación y de dureza. A las siete de la noche las casas debían estar cerradas, bajo pena de multa, y nadie podía viajar sin recabar un permiso de las autoridades. Los

sospechosos de ser partidarios de los patriotas, eran encerrados en las fortalezas y prisiones, donde San Bruno se encargaba de martirizarlos. Era natural, entonces, que los chilenos esperasen ansiosos el momento en que el ejército argentino tramontara los Andes, y que los agentes de San Martín hallasen hombres dispuestos a auxiliarles. Reunían dinero, objetos de valor y armas; aprestaban caballos, ganados, y cada cual contribuía en su medida. Los agentes eran siempre bien recibidos y jamás se les hizo traición. Las autoridades sabían que ocurría algo de anormal; pero ignoraban a quién hacer responsable o aprehender. En la duda, consideraban sospechosos a todos los criollos y redoblaban con ellos su dureza, lo que naturalmente dió como consecuencia, una mayor ferocidad en el odio popular.

IV

El viaje de Miguel se había efectuado sin tropiezos; pero tuvo que pasar por un pueblo cerca del cual se hallaba una fuerza realista bastante considerable, al mando del coronel Ordóñez. Se aproximó al caer la tarde, ignorando que hubiera allí un campamento, pues éste no era visible desde el camino. Alrededor se extendía la hermosa campiña chilena, fresca, verde y ligeramente ondulada. Un arroyo correntoso bajaba a la izquierda. En sus márgenes se levantaban las chozas del pueblecito, grises, tristes, silen-

ciosas, envueltas ya en las primeras penumbras del crepúsculo, y dominándolas, cerrando el horizonte, la cordillera gigantesca e imponente subía en gradas cada vez más grandiosas, semejante



... cometi6 la imprudencia de huir ...

a una escalinata estupenda rematada en los maravillosos nevados que tenían de oro rosado los últimos rayos de luz. Las faldas de la montaña estaban ya en la sombra, y sus huecos y quebradas envueltos en tintes fríos, azul, morado, violeta. mientras el esplendor fantástico de las cumbres se destacaba de un cielo claro y transparente.

Miguel, poco sensible a las bellezas de la naturaleza, se sintió de pronto impresionado por aquel cuadro mágico; mas un acontecimiento inesperado vino a distraer su atención.

Dos soldados a quienes pareció sospechoso este muchacho que viajaba solo y en dirección a las sierras (ya que cualquier cosa era sospechosa en aquellos tiempos), se dirigieron hacia él al galope. En el sobresalto del primer momento, cometió la imprudencia de huir, lo que naturalmente avivó las sospechas de los soldados, quienes, cortándole el camino, consiguieron prenderlo.

— ¡Hola! — gritó uno de ellos sujetándole el caballo por la rienda; — ¿Quién eres y a dónde vas?

Miguel, recobrada su sangre fría, contestó humildemente que era chileno, que se llamaba Juan Gómez y que iba a la hacienda de sus padres; mas por su manera de hablar, los soldados concieron que era *cuyano*, es decir, nativo de Cuyo, o por extensión, de la región al oriente de los Andes, y le condujeron al campamento, a pesar de sus súplicas. Allí lo entregaron a un sargento y éste a su vez a un oficial superior.

Interrogado, respondió con serenidad, ocultando su temor de que lo registraran y encontraran la carta.

Después del interrogatorio, le llevaron a una carpa, donde se hallaba, en compañía de varios oficiales, el coronel Ordóñez.

— Te acusan de ser agente del general San

Martín — díjole el coronel sin preámbulos. —
¿Qué tienes que contestar?

Miguel habría preferido declarar orgullosamente la verdad; pero la prudencia le hizo renunciar a esta idea, y como antes, negó la acusación.

— Oye, muchacho, — agregó el coronel, — de nada te sirve negar. Más vale que confieses francamente; así quizá pueda aliviarte el castigo, porque eres muy joven.

Miguel no se dejó seducir y repitió su declaración; pero a Ordóñez no se le engañaba tan fácilmente.

— ¿Llevas alguna carta? — le preguntó de improviso.

— No — contestó Miguel; pero mudó de color y el coronel lo advirtió.

— Regístrenlo.

En un abrir y cerrar de ojos dos soldados se apoderaron del muchacho, y mientras el uno le sujetaba, el otro le registró, no tardando en hallar el cinturón con la carta.

— Bien lo decía yo — observó Ordóñez, disponiéndose a abrirla; pero en ese instante Miguel, con un movimiento brusco e imprevisto, saltó como un pequeño tigre, le arrebató la carta de las manos y arrojóla en un brasero allí encendido.

Todos permanecieron estupefactos ante tal audacia. Luego, algunos quisieron castigarle; pero el coronel, deteniéndoles, dijo, con una sonrisa extraña :

— Eres muy atrevido, muchacho. Quizá no sepas que puedo fusilarte sin más trámites.

Miguel no contestó; pero sus ojos chispeantes y sus mejillas encendidas, indicaban claramente que no tenía miedo. Ahora podían hacer de él lo que quisieran; la carta ya no existía y jamás sabrían de su boca a quién iba dirigida ni quién la enviaba.

— Hay que convenir en que eres muy valiente — continuó Ordóñez. — Aquél que te ha mandado sabe elegir su gente. Ahora bien, puesto que eres resuelto, quisiera salvarte y lo haré si me dices lo que contenía la carta.

— No sé, señor.

— ¿No sabes? Mira que tengo medios de refrescarte la memoria.

— No sé, señor. La persona que me dió la carta no me dijo lo que contenía.

El coronel reflexionó un momento. Le pareció creíble lo que decía Miguel, pues no era de suponer estuviera enterado del contenido de la carta que llevaba.

— Bien — dijo, — te creo. ¿Podrías decirme al menos de quién provenía y a quién iba dirigida?

Miguel calló. Sólo ahora comenzaba la verdadera prueba.

— Contesta — ordenó el coronel.

— No puedo, señor.

— ¿Y por qué no?

— Porque he jurado.

— ¡Oh! Si no es más que eso, un sacerdote te desligará del juramento.

— Podría hacerlo; no por eso sería menos traidor.

El coronel Ordóñez admiró en secreto a ese

niño tan hombre; pero no lo demostró. Abriendo un cajón de la mesa sacó una gaveta y tomó de ella un puñado de monedas de oro.

— ¿Has tenido alguna vez una moneda de oro? — preguntó a Miguel.

— No, señor — contestó el muchacho, cuyos ojos se fijaron involuntariamente en el metal reluciente.

— Bueno, pues, yo te daré diez onzas, ¿entiendes? diez onzas si me dices lo que quiero saber. Vamos ¿te decides? Piensa : ¡diez onzas de oro! Una fortuna. ¡Cuántas cosas podrás comprar con tanto dinero, y cómo te envidiarán! Y eso, con sólo decirme dos nombres.

Sobre Miguel el oro obraba una fascinación funesta. ¡Cómo brillaban y con qué dulce retintín chocaban las monedas cuando el coronel las hacía escurrir entre sus dedos y las dejaba caer suavemente en la gaveta! ¡Diez onzas de oro! Para él una fortuna inaudita.

— Puedes decírmelo despacio — prosiguió el coronel, observando con atención el efecto que el metal brillante hacía en Miguel. — Nadie sino yo lo oirá.

Entonces, por fin, Miguel logró vencer la terrible fascinación del oro, y apartando con un esfuerzo los ojos, repitió estas tres palabritas que exasperaron al coronel :

— ¡No quiero, señor!

Ordóñez le miró de una manera particular.

— ¿Has oído alguna vez hablar de San Bruno? — preguntóle.

Al oír ese nombre, que era pronunciado con espanto en Chile y en Cuyo, Miguel se estremeció.

— A él te entregaré si no confiesas — prosiguió el coronel. — En tus propias manos está tu suerte : si contestas a mi pregunta, te doy la libertad, y si no... — No terminó su frase; pero trunca como estaba, era terriblemente explícita.

Miguel bajó los ojos y permaneció callado. Esta resistencia pasiva irritó más al realista.

— A ver, — ordenó, — unos cuantos azotes bien dados a este muchacho.

Lleváronle afuera y en presencia de Ordóñez, de sus oficiales y muchos soldados, dos de éstos le golpearon sin piedad. El muchacho apretó los dientes para no gritar. Sus sentidos comenzaron a turbarse a medida que los golpes llovían sobre su cuerpo; sus ideas se confundieron bajo la influencia del dolor; ante sus ojos flotaron aún como una visión las cumbres nevadas que ahora resaltaban con blancura lívida de sudario en el cielo diáfano, y luego, perdió el conocimiento.

— Basta — dijo Ordóñez, — enciérrenle por esta noche. Mañana confesará, — y agregó hablando con los oficiales, — si no lo hace, tendré que mandarlo a Santiago. Y sería lástima que muchacho tan guapo fuese a parar a manos de San Bruno. No debemos perder este hilo de la trama que está tejiendo mi astuto ex amigo San Martín.

V

Entre los que presenciaron la flagelación se encontraba un soldado chileno, que, como todos sus compatriotas, simpatizaba con la causa de la libertad. Tenía dos hermanos, agentes de San Martín, y él mismo esperaba la ocasión propicia para abandonar las filas realistas. El valor y la constancia del muchacho, tema de las conversaciones en el campamento, le llenaron de admiración, haciéndole concebir el deseo de salvarle si fuera posible. Resolvió exponerse para dar libertad al prisionero y facilitarle los medios de huir.

Miguel estaba en una choza, donde lo habían dejado bajo cerrojo, sin preocuparse más de él.

A media noche el silencio más profundo reinaba en el campamento. Los fuegos estaban apagados y sólo los centinelas velaban con el arma al brazo.

Cuando Miguel despertó de su largo desmayo, no pudo recordar bien lo que había sucedido; pero al sentir el escozor de los cardenales que le cubrían todo el cuerpo, no tardó en darse cuenta. El pobre muchacho, débil y dolorido, solo y prisionero, se sintió desfallecer. ¡Al fin, sólo era un niño! No pensaba en la fuga porque le parecía imposible, y esperaba el día para salir de la terrible incertidumbre.

Entonces, en el silencio de la noche, percibió

un ruido suave cual el de un cerrojo corrido con precaución. La puerta se abrió despacio y en el vano apareció la figura de un hombre. Miguel se levantó sorprendido.

— ¡Quieto! — susurró una voz. — ¿Tienes valor para escapar?

Miguel enmudeció de asombro. De repente no sintió dolores, cansancio, ni debilidad; estaba fresco, ágil, y resuelto a todo con tal de recobrar la libertad. Siguió al soldado y los dos se deslizaron como sombras por el campamento dormido, hacia un pequeño corral donde se hallaban los caballos de servicio. El de Miguel permanecía ensillado aún y atado a un poste. Lo llevaron a la orilla del arroyo que corría espumoso entre las barrancas.

— Éste es el único punto por donde puedes escapar — dijo el soldado, — el único lugar donde no hay centinelas. Ten cuidado, porque el arroyo es traicionero. Pronto, ¡a caballo, y buena suerte!

Aturdido por el cambio repentino de los sucesos, el pequeño héroe obedeció, y despidiéndose de su generoso salvador con un apretón de manos y un « ¡Dios se lo pague! » bajó la barranca y entró en el arroyo cruzándolo con felicidad. Luego, espoleó su caballo y huyó en dirección a las montañas, para mostrar a San Martín, con las llagas de los azotes que desgarraron sus espaldas, cómo había sabido guardar un secreto y servir a la Patria.

VIII

El camino de la muerte.

En una noche de otoño de 1816, cabalgaban a través de las selvas salteñas una joven y un muchacho. Volvían del rancho de una pobre vieja india, situado al pie de las sierras : apuraban el paso de sus caballos porque se venía acercando una tormenta, y también porque en aquellos tiempos de guerra era peligroso, para los que no fueran hombres armados, andar de noche en los caminos.

Todo el país luchaba por la independencia, desde Buenos Aires al Alto Perú. En Salta, el general Güemes había organizado la resistencia con los « gauchos », nombre que la gente empleaba como un título de honor para distinguir a sus indomables soldados. En pequeñas partidas, al mando de algún joven intrépido o en escuadrones a las órdenes de jefes expertos, inquietaban día y noche a los realistas, que desde el Alto Perú intentaban penetrar en Salta y Jujuy. En cualquier momento, apostados en las quebradas, detrás de las rocas o en las selvas oscuras, caían los « gauchos » sobre los enemigos desprevenidos, mataban a los oficiales, hacían algunos prisioneros,

arrebatában las armas y los caballos, y desaparecían como por encanto. Los realistas no se atrevían ya a salir sino en grandes partidas; y aun así les acontecía a menudo ser sorprendidos y obligados a rendirse.

No era de extrañar, pues, que los dos jóvenes jinetes se apuraran por llegar a casa.

La niña, de unos veinte años, manejaba con gracia y destreza su hermoso caballo negro, de paso firme y seguro como una mula. El niño iba a su lado, atento a los ruidos de la selva y a los relámpagos que se sucedían cada vez con mayor frecuencia.

— Aquello se nos viene acercando : — dijo — vamos a tener tormenta grande.

— Antes estaremos en casa — contestó su hermana. — ¿Seguirá bueno tata? Esta tarde lo dejamos bastante mejorado.

— ¡Oh, sí! — contestó el muchacho — y allá quedó la chica para cuidarlo. Yo creo que lo enferma el ser viejo y no poder pelear contra los *godos*.

— Yo también lo creo — dijo la joven. — Para él debe ser un suplicio no poder tomar parte en la guerra. ¿Oíste lo que dijo la vieja Rosa? Anoche nuestros gauchos sorprendieron a una partida muy superior de realistas y mataron a todos.

El chico suspiró, porque su padre aun no le permitía formar parte de esas partidas, a pesar de suplicárselo. A los doce años se creía ya un hombre, manejaba las boleadoras tan bien como

cualquiera y en punto a valiente no le iba en zaga a nadie.

— Oye, María, — preguntó, — ¿qué harías si vinieran los *godos* ahora?

— Según, Juan; es difícil decirlo; pero nunca haría traición a nuestros gauchos.

— ¿Les tendrías miedo?

— ¡Miedo! — repitió María indignada.

¡Miedo ella! Al despedirse de José, su prometido, éste la vió por primera vez con lágrimas en los ojos. — No quiero que llores, María — le había dicho. — Cuando yo esté ausente, debes pensar siempre que ando peleando por la libertad de nuestra patria, con el general Güemes. Si llegara a sucederme algo, pensarás con orgullo que he muerto, no en una ocasión cualquiera, sino en la guerra por la libertad de nuestro país. A todos nos toca una vez, y si un día te llamara a ti la patria, María, estoy seguro de que no serías sorda a su llamado.

Y acordándose de eso, María repitió con los ojos chispeantes :

— ¿Miedo yo?

En aquel instante les llegó en alas del viento un ruido diverso de los que hasta entonces habían llenado el bosque. Acostumbrados a la soledad salvaje de los montes, supieron clasificarlo en seguida.

— Viene una tropa — dijo Juan.

— Está subiendo la cuesta a la derecha — añadió María.

— ¿Serán gauchos?

— No me parece — repuso María, y escuchando con atención, agregó : — No, porque no llevan guardamontes.

— Entonces vamos a asustarlos, — exclamó Juan lleno de bríos entusiasmado por la idea de venir por fin a las manos con los tan odiados *godos*, apodo con que comúnmente se designaba a los españoles.

— ¡No, no! — dijo María alarmada. — ¿Qué diría tata si te sucediera algo? ¡A correr!

Puso su caballo al galope y Juan tuvo que seguirla.

Pero no anduvieron mucho, cuando sintieron que los perseguían y aunque llevaban ventaja, fueron alcanzados.

— ¡Alto! — les gritó una voz. — ¿Quién va?

— ¡Argentinos! — contestó Juan con orgullo, empleando el nombre que ya acostumbraban a darse los patriotas.

Un relámpago reveló a los dos hermanos una partida de cuatro o cinco soldados españoles. Más allá se distinguía confusamente una masa negra de caballos y jinetes.

— ¿Tú conoces estos parajes, chico? — preguntó un joven capitán.

— Sí.

— Entonces nos llevarás al desfiladero de la Cruz.

— No, porque no soy ningún traidor — respondió Juan altivamente.

— Serás traidor a tu rey si te niegas.

— Aquí no hay reyes.

— ¿Y tú no eres súbdito del rey de España?

— ¡Yo soy un argentino libre!

— Bueno, bueno, bueno — dijo el oficial impacientándose, — argentino o español, nos llevarás al desfiladero de la Cruz.



— Está subiendo la cuesta a la derecha — añadió María.

— ¡No quiero! — exclamó Juan, relampagueándole los ojos, e hizo ademán de tomar sus boleadoras. María lo contuvo con un movimiento.

— Yo también conozco estas sierras — observó — y les voy a llevar.

— ¿Usted? — preguntó el oficial, mirándola con sorpresa y duda.

— Sí, yo — repuso serenamente; y dirigiéndose a su hermanito :

— Ve a casa, Juan, y dile a tata y a Anita que voy para que no te lleven a ti. — Y en voz tan baja que sólo Juan la oyó, añadió : A José le dirás que me llegó el turno de servir a la patria. ¿Oyes? No lo olvides. Vete.

Se volvió y dijo secamente al oficial :

— Ya estoy.

— ¿Pero usted conoce bien los caminos de la sierra? — preguntó el oficial con desconfianza.

— Como que me he criado en estos lugares — respondió María con una altivez rayana en la insolencia; y añadió :

— Si no me tiene confianza, no tiene más que decirlo.

El capitán se mordió los labios; demasiado conocía él a estos criollos con quienes tenía que habérselas; pero estaba muy contento de haber hallado un guía para exponerse ahora a irritar a la muchacha. En un instante, es cierto, cruzó por su mente la idea de que pudiera traicionarlo; mas la desechó en seguida. ¿En manos de quién podría entregarlos ella, desprevenida, sorprendida en medio del camino? Además, él también tenía ojos para ver a dónde iban si acaso se le ocurriese una mala idea; y por último el joven capitán estaba lleno de una confianza y fe en sí mismo genuinamente españolas.

El camino, o lo que como tal seguían, era una senda entre bosques enmarañados y espinosos, llenos de malezas casi impenetrables que con

sus millones de púas y agarraderas destrozaban la cara y las manos de los jinetes e impacientaban a los caballos desgarrándoles la piel. La noche se volvía cada vez más oscura, iluminada tan sólo por los relámpagos que de cuando en cuando alumbraban el bosque con su luz extraña y fosfórica. Pero María no necesitaba luz; firme en su caballo negro, seguía derecha la angosta picada donde sólo cabía un jinete de frente, que iba a perderse... ¡quién sabe dónde! en la noche.

La patria había llamado y ella no debía vacilar. « A todos les llega su turno », habíale dicho José; a ella le llegaba ahora, y sencilla, serena, sin declamaciones ni ínfulas de heroína, como una cosa que se entendía de por sí, tan natural que no había por qué hablar, María se dispuso al sacrificio. La quebrada de la Cruz, llamada así porque un capricho de la naturaleza grabó en la roca una cruz gigantesca, era un punto importante que daba entrada a aquella parte de la sierra. María sabía que sus compatriotas la tenían ocupada y comprendió que las tropas españolas debían ir a prenderlos. Formaban éstas un cuerpo numeroso, y pocos eran los gauchos del desfiladero. ¡Oh! pero podían estar tranquilos.

— ¿Queda lejos? — preguntó el capitán.

— Sí — respondió ella, y nada más.

La picada subía y subía. Los árboles de la selva gemían y entrechocaban sus ramas al recibir los latigazos helados del viento. Por fin la tropa cruzó la montaña y comenzó a bajar la cuesta del otro lado, internándose en el laberinto de

la sierra. Habían caminado por espacio de una hora aproximadamente, cuando María penetró en un desfiladero a la derecha.

— Mucho cuidado ahora — dijo.

La obscuridad era más densa aún por el contraste con la luz espectral de los relámpagos que revelaban, por segundos conglomerados de murallones tremendos, picachos que se erguían gigantes, amenazadores, y a la derecha del camino, un abismo en cuyo fondo rugía un torrente hasta el cual no llegaba la luz. Los truenos retumbaban como salvas de artillería pesada, repetidos con fragor horrendo por mil ecos, de quebrada en quebrada, de cueva en cueva, de gruta en gruta, a través de las fragosidades de la sierra. El viento huracanado se precipitaba a través del estrecho desfiladero, ya cantando como un órgano gigantesco grandiosas melodías, ya remedando gritos, lamentos, risas fantásticas y aullidos triunfantes de cien mil espíritus malignos.

— Diga usted, ¿queda lejos todavía? — gritó entre el fragor de la tormenta el oficial a María, que marchaba delante, tranquila e impertérrita.

— Falta poco — respondió. Al cabo de algunos minutos se detuvo, tratando de orientarse. Un relámpago iluminó la entrada en la roca, que conducía a un sitio supersticiosamente temido por los habitantes de la comarca, llamado “Supayhuasi” — la casa del demonio. Era una galería o túnel en el interior de la montaña, que iba a dar a un precipicio cuya profundidad sólo la fantasía podía calcular.

— Por aquí — gritó María, y ni el más leve temblor en la voz traicionó su emoción al entrar la primera. La galería que conducía a los dominios de la muerte era ancha, seca, alta y lisa;



... Tras María se precipitaron trescientos españoles.

las tinieblas densas, afectaban un color purpúreo. Los pasos de los caballos resonaron sordamente cual en una bóveda, y el bramido de la tempestad llegaba amortiguado a medida que la tropa se internaba en la montaña.

— Podemos galopar — dijo María. — El camino es seguro y recto.

— Pero, ¿a dónde va a dar? — preguntó el oficial que comenzaba a alarmarse. — Ya no veo luz ni salida... ¡oiga!

Mas ya le llegaba el eco de los cascos del caballo en que galopaba María y no tuvo más remedio que seguir hasta alcanzarla. Ella se puso a la par, y santiguándose, condujo a los enemigos de su patria por el sendero de la muerte.

Las herraduras de los caballos resonaban con eco lúgubre. Las armas chocaban en la galería sin luz.

De repente, María sintió que su caballo se debatía en el vacío : oyó gritos horribles de espanto y de angustia; algo pesado se desplomó sobre ella, sus sentidos se nublaron, y cayó, cayó a las profundidades del abismo horrendo.

Tras María se precipitaron trescientos españoles.

IX

La voz de la conciencia.

I

El general San Martín, gobernador de Cuyo, preparaba el ejército de los Andes. El grueso de las tropas se hallaba en Mendoza y el resto en San Juan.

Servía en un destacamento, en esta última ciudad, el cabo Joaquín Vega, porteño, hombre valiente; pero poco querido por sus compañeros, a causa de su carácter rencoroso y vengativo.

En un baile conoció a Domitila Quevedo, linda y agradable muchacha. Quiso entrar en relación con la familia y lo consiguió por intermedio de un amigo.

Doña Ana, madre de Domitila, era viuda : su esposo le había dejado una finca cargada de deudas, como única fortuna, y resuelta a conservarla como patrimonio de sus hijos, sintió redoblar sus fuerzas para trabajar y luchar.

Dios favoreció a la valerosa mujer : las cosechas fueron tan abundantes, que al cabo de dos años logró pagar con ellas la mayor parte de las deudas de su esposo. Con un buen año más podría salir del paso y respirar libremente.

Doña Ana y su hija recibieron al cabo Vega, con la cortesía reservada propia de las gentes del campo. Cuanto más veía el cabo a Domitila, más se sentía impulsado hacia ella, y acabó deseándola por esposa. No se atrevía, sin embargo, a decírselo, porque nada le indicaba que la muchacha sintiese inclinación por él. Quiso dar tiempo al tiempo, y pasaron los días sin que ocurriese cambio alguno en la conducta de Domitila. Cansado de esperar, resolvió preguntarle si consentía en ser su mujer.

II

Un día magnífico de verano, fué a la finca de doña Ana, situada a dos leguas al oeste de la ciudad, allí donde comienza el pedregal. El sol hacía vibrar la atmósfera. Las montañas se divisaban con nitidez admirable: color tierra las de la primera cadena; azul, morado, violeta, gris pizarra las de más allá. Uno o dos picos ostentaban su corona de nieve eterna. Se oía el zumbido de los insectos, y muy levemente, el susurro de las hojas. En los álamos colgaba el *loconte* sus velos de seda color plata y oro, de hilos delicados cual tejido de hadas. Al perfume de retamas y rosas, se mezclaba el olor sutil y embriagador del trigo maduro y de la tierra caldeada.

Vega encontró a Domitila sola en la galería, alrededor de cuyos soportes trepaban las viñas

confundidas con rosas encarnadas de suave fragancia.

Había esperado distinguir en el semblante de la niña algún indicio de sobresalto o de placer : pero no hubo nada de esto. Domitila le saludó, le ofreció un asiento y con la mayor compostura continuó ensartando *rosarios* de higos. Un poco desconcertado, Vega no atinó a decir el motivo de su venida. Después de haber conversado un momento de cosas triviales, preguntó por doña Ana.

— Mamá está en los trigales — respondió Domitila. — Hemos empezado la siega.

Se despidió en el acto, tomando el estrecho sendero entre las chacras de trigo, que, en su madurez amarilla, parecía arder a uno y otro lado del camino, doblegándose o irguiéndose los tallos como si pasara por ellos una mano invisible y suave. Doña Ana había sembrado de trigo su finca casi entera, pues debido a la presencia del ejército, ese grano alcanzaba buenos precios.

Vega la halló al extremo del sendero, dando órdenes a sus peones. Su cabello entrecano encuadraba un rostro enérgico, arrugado, tostado por el sol y rosado por el aire de la montaña; sus ojos azules miraban con viveza e inteligencia. Tal como estaba allí, con el vestido recogido, un sombrero viejo de fieltro gris en la cabeza y una hoz en la mano, era la personificación clásica del trabajo.

Al ver llegar a Vega, salió a su encuentro.

— ¿Cómo está, don Joaquín? ¿Viene a vernos trabajar?

— Sí... es decir... venía a pedirle algo, doña Ana — repuso el cabo.

— Veamos.

Escuchó tranquila, sin demostrar sorpresa, la petición de Vega.

— ¿Usted ha hablado con mi hija? — preguntó después de haber reflexionado.

— No; venía a pedirle que lo hiciera usted. Usted me conoce, sabe que quiero a Domitila y quizá pudiera hacer algo por mí...

— Está bién — replicó doña Ana, — diré a mi hija lo que usted me ha encargado, y ella decidirá. Pero debe saber que ella está en completa libertad de hacer en este caso lo que le plazca.

El cabo se manifestó conforme, y después de haber conversado un rato, se despidió, prometiendo volver al día siguiente para conocer la respuesta.

Así lo hizo. Doña Ana le recibió sola, y Vega al ver su semblante tuvo un mal presentimiento. No se equivocaba. La señora le comunicó sin preámbulos, que su hija agradecía la oferta, pero que no la aceptaba.

— ¿Por qué? preguntó Vega consternado.

— ¿Me tiene antipatía?

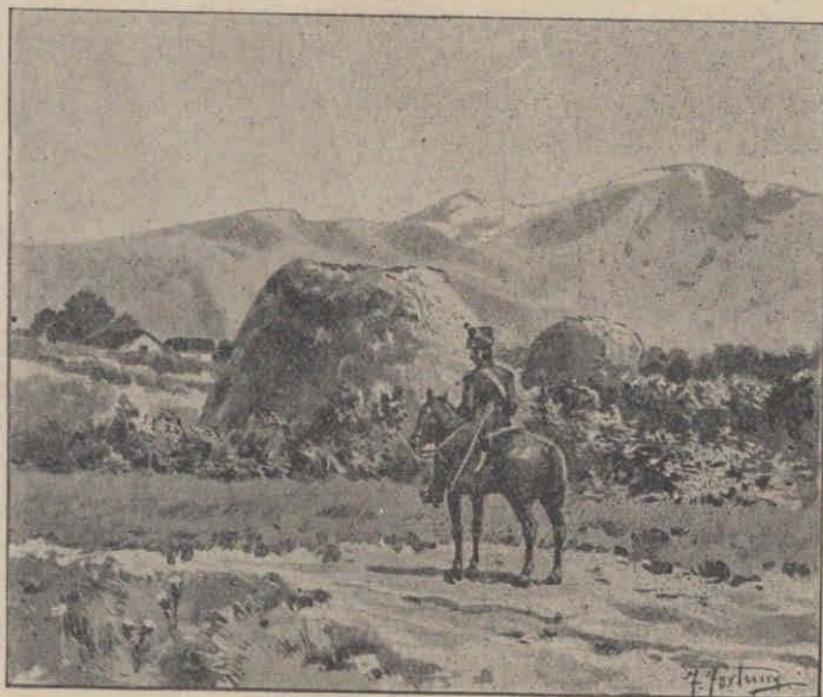
— No creo. Es sencillamente porque no siente por usted bastante cariño.

— Y usted, doña Ana, ¿no puede hacer nada por mí?

— ¿Yo? No : ya le dije que mi hija decidiría

sola. Lo mejor es que no hablemos más de este asunto o, si prefiere, diríjase usted mismo a Domitila.

— No, ¿para qué? — respondió Vega, que iba perdiendo la serenidad.



El cabo Vega detuvo de pronto su caballo . . .

Tenía las venas de la frente hinchadas; los ojos comenzaban a inyectársele de sangre. Comprendió que si permanecía allí un instante más, perdería el dominio de sí mismo, y se despidió murmurando algo ininteligible.

Estaba furioso. ¡Semejante desaire! ¡Rehu-

sarle a él, nada menos que a un cabo de Cazadores!

Se apreciaba hombre extraordinario y creyó hacerle un honor inmenso a la muchacha. Al verse despreciado, se rebelaron todos los elementos malos de su carácter.

No podía perdonar esta ofensa infligida a su amor propio, y desde aquel momento pensó sólo en vengarse, en hacer daño a Domitila y a su familia.

III

Días después, se le vió vagar por los alrededores de la finca. Soplaban el Zonda, el terrible *sirocco* sanjuanino. El sol, próximo a hundirse detrás de las montañas, parecía una bola roja, cuyos rayos no lograban penetrar los remolinos de polvo color ladrillo que levantaba el viento. La quebrada de Zonda, la boca del horno de la cual salía ese soplo ardiente, se ocultaba tras un velo espeso tendido sobre las sierras circundantes.

El aspecto de los campos aparecía cambiado; en el terreno antes embellecido por las oleadas amarillas de los trigales, levantábanse cinco o seis parvas enormes, en medio de rastrosos tristes y desnudos. Era el producto del trabajo asiduo y la única riqueza de doña Ana y su familia.

El cabo Vega detuvo de pronto su caballo y en sus ojos brilló una luz maligna. Sabía que la viuda cifraba en la cosecha la redención de sus deudas. Examinó la cerca de tunas y cactus

y descubrió un hueco por donde podía deslizarse un hombre. Luego, regresó a la ciudad, perseguido por las ráfagas cargadas de fiebre del Zonda, que envolvían el paisaje en nubes de polvo rojizo.

IV

Por la noche, el cabo Vega volvió a la finca, ocultó su caballo y penetró, no sin dificultad, por la abertura de la cerca. El Zonda había cesado al oscurecer; el cielo estaba despejado y soplaba un viento sur, puro y frío, principio de esos vendavales frecuentes en San Juan, que silban, aúllan, rugen, se estrellan contra las montañas, penetran por las quebradas y barren el pedregal, imitando voces humanas, batir de alas enormes, grave cantar de órganos o tañidos solemnes de inmensas campanas.

Se detuvo al pie de la parva mayor y echó en derredor una mirada inquisidora. A lo lejos, en la casa, se veía luz. Murmuró un juramento y sacando del bolsillo pedernal y yesca, se preparó a encender fuego. Sus manos temblaban de tal manera que apenas podía tener los útiles.

— ¡Ni que fuera una vieja! — rezongó entre dientes.

Por fin saltó la chispa y Vega introdujo en la parva la yesca encendida, la que tardó en prender, pues el trigo estaba tan apretado que formaba una sola masa. Al fin corrió por ese montón de riquezas una viborita brillante, con

un chisporroteo maligno. Estaba hecho : lo demás sería obra del viento.

Cuando el fuego hizo presa de la parva, resonó en lo alto, precisamente encima de la cabeza del incendiario, una carcajada vibrante, prolongada, cual la risa de un espíritu.

El cabo Vega tuvo una sensación como si le corrieran por las espaldas hilos delgados de agua helada. Se tapó los oídos con las manos y echó a correr, tropezando entre los surcos del campo, en procura atropellada del hueco entre los cactus. Al fin dió con él; tenía las manos ensangrentadas y estaba bañado en sudor. Saltó a caballo y huyó del lugar como perseguido, llevando en sus oídos el silbido siniestro de la pequeña culebra de fuego y la carcajada espectral de la bruja. Cien veces había oído, sin la menor emoción, el grito del ave nocturna y burlándose de las especies supersticiosas que al respecto se contaban a la luz de los fogones; pero esa noche, al oírlo, recordó de pronto la conseja que afirma, que el criminal sorprendido por la « bruja »⁽¹⁾ en el momento del delito, cae infaliblemente en manos de la justicia.

V

Doña Ana acostumbraba a dar una vuelta por la finca antes de acostarse, para cerciorarse de que todo estaba en orden. Aquella noche, al atravesar los viñedos, vió a lo lejos una luz.

(1) Nombre que se da a cierta lechuza.

— Están quemando yuyos al lado — pensó; pero luego se detuvo de golpe. Recordó que desde el punto donde estaba parada, no se divisaba la finca vecina, y sí el campo donde estaban sus parvas.



¡La parva grande ardía!

Se precipitó hacia allá. Un soplo furioso de viento casi la arrojó al suelo. Al mismo tiempo de una de las parvas surgió una llama, que se inclinaba hacia todos lados y mordía con sus dientes de fuego el trigo amontonado.

¡La parva grande ardía!

A doña Ana le pareció de pronto que la estrangulaban; se llevó las manos a la garganta, y prorrumpió en un grito largo, agudo, estridente, desgarrador, que sobre el fragor del vendaval, llevó a lo lejos el sobresalto y el espanto.

En pocos minutos el vecindario se había reunido y hacía frenéticos esfuerzos para apagar el incendio. Todo fué inútil; las chispas se dispersaron, esparciendo por los aires una lluvia luminosa. No tardó el fuego en pasar a las demás parvas, y los que habían ido a salvarlas no pudieron hacer otra cosa que contemplar el cuadro, siniestramente bello, de las llamaradas que surgían rectas hacia el cielo, o se doblegaban arrastrándose por el grano seco.

Las vecinas sacaron de allí a doña Ana y la condujeron a casa. Parecía completamente quebrantada. Se dejó caer en una silla, con los ojos fijos, sin moverse, sin hacer caso de las mujeres que le hablaban, ni de su hija que lloraba desconsoladamente; no parecía ver, oír, sentir, ni siquiera pensar.

Sin duda alguna el fuego había sido intencional; pero ¿quién podría ser el malvado?

De repente doña Ana saltó de su asiento.

— ¡Pero si es *él!* — exclamó.

— ¿Quién? ¿Quién?

— ¡Vega, pues! Para vengarse me ha quemado el trigo. ¡Oh! ¡Me la ha de pagar! ¡Le llevaré ante la justicia, ante el mismo gobernador!

Domitila explicó a los vecinos asombrados lo que quería decir su madre. Desde aquel mo-

mento, a nadie le cupo duda de que el cabo Vega era el malvado. Que el fuego había sido ocasionado por una mano criminal, era seguro. ¿Acaso no había reído la *bruja*? Calcularon el tiempo transcurrido desde que oyeron su voz hasta el momento del incendio : era el preciso para que la chispa hiciera presa en el grano y estallase en llamas. ¿Y quién tenía interés en dañar a doña Ana, sino el cabo Vega? Fuera de duda : era él.

VI

Vega, para aturdirse y olvidar la impresión espantosa, entró en una pulpería frecuentada por soldados. Halló a varios compañeros, que se asombraron del semblante descompuesto y las manos ensangrentadas del cabo.

— ¿Qué le ha sucedido, compañero? Parece que hubiera gateado entre las tunas del pedregal.

Vega respondió que, sin advertirlo, había atado su caballo a una cerca de cactus. Los otros se rieron del percance, explicado por la obscuridad de la noche, y no volvieron a mencionar el asunto.

En medio de sus camaradas, decidores y alegres, en un sitio donde había luz y vida, Vega se sintió mejor. Pidió vino y bebió un vaso, dos, tres, muchos, tantos, que la bebida se le subió a la cabeza. Ya no tenía miedo. ¿Quién podría probarle que él había prendido fuego a la parva? Dió un puñetazo en la mesa, acom-

pañado de un juramento, y declaró que la bruja era un mal pajarraco, y que él no creía en esos cuentos de viejas. Al principio los demás no hicieron caso de lo que decía, pero al fin les llamó la atención la insistencia de Vega en repetir la misma cosa.

— ¿Por qué no cree en la bruja, compañero?

— Porque son zonceras. ¿Acaso la bruja me va a acusar a mí? ¿Eh? Yo no tengo nada que ver con el incendio — continuó enfureciéndose a medida que hablaba — y al primero que se atreva a decir que yo he prendido fuego a la parva de doña Ana, lo mato.

Se levantó tambaleándose y trató de desenvainar su sable; pero estaba tan ebrio que no podía tenerse en pie y cayó al suelo como un trozo de leña. Al caer murmuró todavía :

— ¡Maldita bruja! Al que se atreva...

Y se quedó dormido.

VII

Pocos días después se presentó inopinadamente en San Juan el gobernador de Cuyo, don José de San Martín. En su corta comitiva venían doña Ana y su hija, quienes habían ido a Mendoza para llevar su queja directamente ante la suprema instancia.

El general era justiciero y además mostrábase interesado en que estuvieran satisfechas de su

gobierno las provincias de su mando, que le ayudaban a organizar la expedición a Chile. Era, pues, necesario mantener en las tropas la disciplina más severa, para que los soldados no cometieran desmanes contra el pueblo y éste no perdiera a su vez el respeto y el cariño hacia el ejército. San Martín, que proyectaba desde hacía algún tiempo un viaje a San Juan, resolvió realizarlo ahora, y presenciar la instalación del tribunal que debía entender en la causa.

El cabo Vega no había gozado de un solo momento de tranquilidad desde aquella noche fatal, y cuando le intimaron orden de prisión, estaba muy lejos de sentir la serenidad que aparentaba. Sin embargo, no se dió por perdido. Sabía que no podrían condenarle sin pruebas, y estaba persuadido de que nadie le había visto cometer el crimen.

Hábil y vivo, supo eludir las preguntas capciosas y refutar uno a uno a los testigos. Las palabras alusivas al crimen que le atribuían eran, sin duda, divagaciones causadas por la embriaguez : había visto un incendio antes de ir a la pulpería, había oído la voz de la bruja y en su cerebro se formaría, probablemente, alguna asociación de ideas que no recordaba, pero que no eran pruebas concluyentes en su contra. En cuanto a sus manos ensangrentadas, repitió la explicación dada a los camaradas.

A pesar de la sagacidad de los jueces y de las presunciones que estaban en contra suya, no se inmutó, defendiéndose con tanta habilidad, que

el tribunal en un momento pensó sobreseer por falta de pruebas.

Se hizo el silencio : la decisión se acercaba.

La sesión se había prolongado hasta muy entrada la noche. Nadie se movía en la sala. En la calle todo estaba quieto; ni el más leve soplo de viento entraba por las puertas abiertas.

Entonces, en medio de esa calma momentánea, resonó en los aires la carcajada fantástica de la *bruja*.

Vega no tuvo tiempo para dominar una fuerte y repentina impresión. Su rostro se tornó color ceniza; todo su aplomo le abandonó al experimentar de improviso y con terrible intensidad la emoción del momento del crimen. Su turbación y el cambio repentino de actitud fueron tan grandes, que no pudieron menos de llamar la atención. El presidente del tribunal le dirigió una pregunta que ya antes le había hecho, y Vega respondió contradiciéndose : quiso rectificarse, se confundió, se enredó más y más, y acabó por confesarse culpable.

Despejadas todas las dudas, el tribunal, después de una deliberación secreta, pronunció contra el cabo Vega, convicto y confeso de incendiario, la sentencia de muerte.

X

El prisionero de San Luis.

I

La vida monótona y tranquila de los habitantes de San Luis, fué interrumpida en 1817 y en 1818, por la llegada de gran número de oficiales españoles prisioneros en las batallas de Chacabuco y Maipo.

Había entre ellos hombres de cultura y posición; el ex gobernador de Chile Marcó del Pont, el bravo coronel Ordóñez, el capitán Carreteros y muchos otros. Se les concedió una libertad relativa; algunos vivieron solos y otros se hospedaron en casas de familias puntanas, donde fueron acogidos con la consideración que merecía la desgracia y el valor. No quedaron sometidos a ninguna vigilancia; se les permitió vestir el uniforme, tener sus ordenanzas y moverse sin restricción, dentro de los límites de la ciudad.

La guarnición de San Luis se componía de unos pocos hombres, y tampoco se necesitaban más. Los prisioneros no podían escapar, pues ¿a dónde habrían de dirigirse? San Luis, al pie de la sierra y frente a la llanura inmensa, no era entonces más que una aldea, punto de escala

en el larguísimo trayecto entre Buenos Aires y Mendoza. En su derredor se extendía la pampa desierta, la *travesía* solitaria, el centinela más seguro y fiel.

Entre los confinados hallábase un joven teniente de caballería, llamado Julián Valera. Había caído prisionero en Chacabuco, peleando heroicamente.

Frente a la quintita donde se instaló, vivía una familia de apellido Torres, compuesta por una señora con sus hijos, un joven de veinticinco años y una niña de diez y seis. Valera, por vía de entretenimiento, cultivaba su jardín, y esto le daba ocasión de ver a menudo a su vecinita, gustándole observarla en sus quehaceres.

Una tarde, Valera salió a caminar por los suburbios, y al entrar en una senda flanqueada de huertas, distinguió de pronto a la señora sentada en el suelo, y a su hija, que al verle salió a su encuentro. Comprendió que había sucedido algún percance y, descubriéndose, preguntó respetuosamente si podía servirles.

— Mamá se ha recalcado un pie — repuso la niña. — Hace más de una hora que estamos esperando que alguien llegue a este lugar solitario. ¡Gracias a Dios que usted ha venido! — y rogó a Valera que fuera en busca de una carretela.

— Señora — repuso el teniente, — tardaría mucho en eso y por otra parte el movimiento de la carretela le haría daño. Si usted quiere confiarse a mí, la llevaré a su casa sin que sufra nada.

La señora hizo algunas observaciones; pero Valera la alzó entre sus brazos fuertes, y con la delicadeza que habría empleado para cuidar a su propia madre, la llevó a casa. Le agrade-



... distinguió de pronto a la señora sentada en el suelo.

cieron afectuosamente, y cuando la señora le ofreció la relación familiar, Valera creyó ver en los ojos de la niña una expresión de placer.

Se retiró contento por haber prestado un servicio a la madre de Isabel y conversado con ésta, que cada día le parecía más encantadora.

II

Al otro día fué a informarse. Halló a la señora reclinada en cojines, acompañada por sus hijos. Isabel no ocultó su alegría al ver entrar al teniente; pero su hermano Antonio, aunque correcto y cortés, mostróse reservado y frío. Hablaron de todo, menos de la situación política, para no tocar en el huésped la herida que siempre había de dolerle.

Cuando se hubo marchado, la señora, volviéndose vivamente hacia su hijo, le dijo :

— Antonio, estuviste muy serio y reservado con ese joven. ¿Le tienes antipatía?

— Antipatía, precisamente no; pero no puedo olvidar que es enemigo de mi patria.

— Los vencidos no son enemigos — interpuso Isabel con viveza. — Es un soldado a quien debemos tratar con dulzura, para hacerle más llevadera su triste situación.

Antonio la miró de una manera particular; pero no dijo nada.

Desde entonces, cuando Valera veía a Isabel en el jardín, la saludaba con una profunda reverencia, y ella respondía inclinando su cabecita coronada de pesadas trenzas negras.

Al principio las visitas del joven fueron raras; pero gradualmente se hicieron más frecuentes. Iba dos veces por semana, después día por medio, y acabó por ir todas las noches para deleitarse

con la conversación graciosa de Isabel, y acompañarla en la guitarra cuando cantaba alegres canciones españolas o *yaravíes* melancólicos.

Antonio observaba en silencio. Cegado por su patriotismo, veía en cada español un enemigo a quien era necesario odiar. Sin embargo, la cultura de Valera, sus modales caballerescos, el servicio prestado a su madre, como su propio sentimiento de honor, le impidieron tratarlo con dureza. Al prisionero se le hacía cada vez más llevadero el cautiverio. Al lado de Isabel, olvidaba su situación y que una orden de las autoridades podía alejarle de allí y llevarle a cien leguas de distancia, sin darle explicaciones ni el derecho de protestar.

III

La familia de Torres estaba de fiesta; era el santo de Isabel. Valera fué temprano para obsequiar a su amiguita con un ramo de rosas. La halló en el jardín, del brazo de su hermano, risueña y contenta.

— Siempre he dicho que las rosas de usted son más hermosas que las nuestras — dijo al tomar el ramo. — El jardinero se incomoda cada vez que se lo digo, pero hoy tendrá que convenirse. A propósito — continuó charlando, — me han colmado de obsequios. Ahora voy a enseñárselos. Sólo este pícaro no me ha regalado

nada — añadió dando a su hermano un tironcito de orejas. — ¿Oyes? ¿Se trata así a una hermanita querida?

— Tuya es la culpa — protestó Antonio. — Te autoricé a pedir lo que quisieras y hasta ahora no has podido decidirte.

— Quiero algo especial, extraordinario, algo que salga completamente de lo vulgar. Valera, deme usted un consejo.

— No conozco sus gustos, señorita.

— ¿Quieres aquel caballo negro que tanto te gustó el otro día? — preguntó Antonio.

— ¡Gran cosa, un caballo! Lo puedo comprar todos los días.

— Te traeré unos pendientes de perlas la próxima vez que vaya a Buenos Aires.

— Mamá me ha prometido los suyos, que son espléndidos, para cuando cumpla diez y ocho años.

— Entonces, hermanita mía, hay que convenir en que eres muy difícil de contentar. Vaya, piénsalo, y cuando se te haya ocurrido algo, me lo pides.

— ¡Ah! Eres muy bueno — exclamó Isabel abrazando a su hermano, llena de gozo. — Entonces ¿me concederás cualquier cosa que te pida?

— Como no sea un imposible.

— ¿Palabra de honor?

— Sí.

— ¿En serio?

— Una palabra de honor es siempre seria — replicó su hermano en tono grave.

— ¡Esto es magnífico! — exclamó Isabel batiendo palmas. — Voy a imaginar algo inaudito. Valera, sonriendo, escuchaba el coloquio.

Isabel se le mostraba franca y amistosa, como de costumbre, y Antonio, saliendo un poco de su reserva habitual, conversó con él más que de ordinario.

Ese día se habló por primera vez de la situación del teniente. El motivo fué una observación sobre el general San Martín, hecha por Antonio, a la que respondió Valera en términos de admiración y respeto hacia el « gran capitán ». Al propio tiempo hizo alusión a su cautiverio.

— En su mano está el ser libre — observó Antonio.

— ¿Cómo?

— Muy sencillo. Solicite ingresar en el ejército argentino. A un valiente oficial como usted no se le negará.

Julián Valera miró a Antonio como si no le hubiese entendido bien :

— ¿Cómo dijo usted? — preguntó.

— Digo que usted podría sentar plaza en el ejército argentino.

El prisionero sintió hervir su sangre. Con las mejillas encendidas se inclinó un poco hacia Antonio y exclamó :

— ¡Soy español, señor! — Y tras una breve pausa, añadió : — Hacer traición a su bandera y combatir contra su patria, no es acción de hombre bien nacido.

Antonio comprendió de pronto cuán grande

era la injusticia que cometía concentrando en un individuo aislado su odio hacia un pueblo entero. Aquel vibrante « ¡Soy español! » resonaba en sus oídos, y cediendo a un impulso caballeresco, en silencio tendió a Valera la mano.

IV

Hacía algún tiempo que la familia de Torres notaba a su amigo preocupado y caviloso, triste e inquieto. Interrogado, contestó evasivamente, atribuyéndolo todo a su situación anormal, inactividad forzada, continua sobreexcitación e incertidumbre acerca de su suerte.

Lo que preocupaba a Valera era, empero, muy grave, demasiado grave para que pudiera comunicárselo a nadie.

Los prisioneros encabezados por el capitán Carreteros, venían fraguando una gran conspiración. El plan consistía en apoderarse del gobernador y poner en libertad a los presos de la cárcel, para que hicieran causa común con ellos. Luego, provistos de armas y de caballos, se dirigirían al sur de Chile o al Alto Perú, a reunirse con las tropas realistas. Sólo unos pocos no estaban comprendidos en el complot, entre éstos el ex gobernador de Chile, Marcó del Pont, a quien temieron iniciar, a causa de su carácter irresoluto. A los otros, el fogoso Carreteros los arrastró con su vigorosa voluntad y elocuencia apasionada.

Julián Valera fué arrojado en un violento conflicto. Se dió cuenta de pronto que era más feliz en el cautiverio de lo que había sido libre. Sorprendióse en el deseo indigno de permanecer prisionero, cuando la libertad le sonreía llamándole con voces seductoras. Por otra parte, ¿podría él abandonar a los compañeros en la hora del peligro?

Así, dudando, indeciso, desorientado, sin ideas ni rumbos fijos, presa de sentimientos encontrados, dejándose arrastrar por la corriente como un barco sin timón, se hallaba a la expectativa, sin saber que partido tomar.

En esos días, el gobernador expidió un bando en el que prohibíase a los prisioneros salir de noche. Al mismo tiempo se difundió el rumor de que serían separados y distribuidos en distintos puntos del territorio argentino.

En la tarde del 7 de febrero de 1819, el ordenanza del capitán Carreteros llevó una invitación a todos los oficiales para tomar el desayuno en casa de aquél, a las 8 de la mañana siguiente, y ayudar después a destruir unos insectos que habían invadido su huerta. A todos se les suplicaba encarecidamente que no dejaran de concurrir.

Antes de obscurecer, Valera atravesó el camino que separaba su casita de la finca de Torres. Siguió a lo largo de la pared de adobe, en la esperanza de hallar a Isabel. De pronto la vió, acodada en la tapia baja, contemplando la puesta del sol. Saludóla y fué a detenerse junto a ella.

Era un crepúsculo singular. El día había sido nublado y el sol desaparecía entre vapores amarillentos, que envolvían el paisaje en un extraño reflejo azufrado; y la iluminación fantástica daba a la hora, triste en sí, algo de desconsoladamente melancólico. Esto, y un presentimiento de que se acercaba una acción decisiva, algún hecho trascendental, tornaban a Valera más pensativo aún de lo que acostumbraba a estar.

— ¿En qué piensa usted? — preguntó Isabel.

— ¿Qué diría usted si yo tuviese que irme? — inquirió él a su vez.

La niña no comprendió en seguida. Luego hubo en sus ojos una expresión de espanto. Esta pregunta a quemarropa la hizo pensar en algo que hasta entonces no había pasado por su imaginación ni remotamente; la idea de la separación.

— ¿Usted piensa irse? — interrogó con voz que enronquecía la emoción.

— No... pero usted habrá oído hablar de que se piensa trasladarnos — repuso Valera, temeroso de haber traicionado su secreto.

— Mi hermano dice que eso es sólo un rumor. Usted no se irá, ¿es cierto?

Como única contestación, él inclinóse sobre las manos de Isabel juntadas encima de la tapia, y posó en ellas los labios.

Una ráfaga de viento frío pasó doblegando las copas de los árboles. La luz amarillenta se había apagado y un velo gris envolvía en sus pliegues el paisaje. La noche llegaba.

V

Al día siguiente, 8 de febrero de 1819, a las 8 de la mañana, unos veinte oficiales se reunieron en la quinta de Carreteros, quien les hizo servir un ligero desayuno, y luego, sacando de pronto un puñal, declaró que había llegado el momento de ser libres o morir. Explicó su plan y concluyó con una amenaza de muerte para el cobarde que no lo siguiese.

Mientras Valera, arrastrado por la fuerza de las circunstancias, corría con sus compañeros a ejecutar las órdenes recibidas, Carreteros, Ordóñez, Primo de Rivera y Morgado se dirigieron a casa del gobernador, don Vicente Dupuy, solicitándole una audiencia, que les fué concedida. Al cabo de un momento de conversación, se arrojaron sobre el gobernador, quien, a pesar de ser tomado por sorpresa, se defendió heroicamente; pero eran muchos contra uno e iba a sucumbir, cuando se oyó un tumulto en la calle, golpes en la puerta y el grito de « ¡Maten godos! ¡Mueran los revoltosos!»

El asalto a la cárcel y al cuartel había fracasado. Los soldados, sorprendidos, reaccionaron inmediatamente, y los presos hicieron causa común con ellos. Los infelices españoles pagaron cara su osadía. Muchos fueron muertos a puñaladas, a palos o arrastrados a lazo. Murieron Ordóñez, Carreteros y Morgado; Primo de Rivera se suicidó.

Julián Valera, rechazado con su gente, huyó de la turba furiosa. Le perseguían de cerca; pero tuvo tiempo de doblar la esquina. En el delirio de la fuga se le ocurrió pensar que en su casa no tenía ningún medio de defensa.

— ¡A casa de Isabel! — una voz parecía decirselo al oído. Penetró en la quinta y se precipitó en el comedor, donde halló a todos reunidos. Antonio, con un fusil en la mano, se disponía a salir.

— ¡Cómo! ¡Usted se atreve! — exclamó al ver entrar a Valera, levantando el fusil; pero Isabel le sujetó.

— ¡No le matarás! No es un criminal.

— ¡Es un traidor!

— Me has prometido, el otro día, concederme lo que te pidiera. Ahora te pido que salves a Julián. Me has dado tu palabra de honor... ¡tu palabra de honor, Antonio!

Se había dejado caer a los pies de su hermano, y mientras le interpelaba con frases entrecortadas, le sacudía nerviosamente del brazo.

Afuera se oyeron pasos, voces, ruido de armas.

— Ya vienen — dijo la señora.

Antonio vió a su hermana de rodillas y al oficial mudo y pálido... y le faltó valor para entregarlo a sus perseguidores. Isabel llevó consigo a Valera a tiempo que hacía irrupción en el patio un grupo de hombres armados.

— ¿Qué buscan ustedes? — preguntó Antonio.

— Al teniente Valera.

— El teniente Valera vive en la casa de enfrente.

— Sí, pero no está allí, y quizá se halle refugiado aquí.

— Entonces, a buscarlo — exclamó Antonio, saliendo al jardín. — Debe estar en la quinta.



— ¡No le matarás! No es un criminal.

VI

En la lobreguez estrecha de su escondite, Valera no supo decir cuántas horas transcurrieron. Había estado en muchas batallas; pero aquellos segundos de agonía, mientras Isabel imploraba la clemencia

de su hermano, mientras tuvo ante los ojos un fin sin honor, sin gloria, sin provecho... ¡esos momentos no los olvidaría jamás! Cuando por fin vino Antonio a sacarle de su escondrijo, era de noche. Sirviéronle una cena y luego cambió su ropa militar por un traje de peón de campo. El gallardo oficial de antes quedó desconocido.

— Y ahora — dijo Antonio, — usted debe saber que voy a anticipar algunos días un viaje a Buenos Aires, y que he prometido a mi hermana embarcarlo para Europa. Para esto exijo una condición.

— Diga usted.

— Exijo que me dé usted su palabra de caballero de no volver nunca a este país.

Julián vaciló un instante. Luego dió la promesa que había de separarlo para siempre de América y de Isabel.

En el comedor estaba la señora. El teniente se inclinó y besó las manos de la anciana que le había acogido con el cariño de una madre.

— Señora, que Dios colme a usted y a los suyos de bendiciones por lo que han hecho en mi obsequio.

— Que él sea con usted, hijo mío — repuso la señora con lágrimas en los ojos.

Isabel no estaba allí, y Julián no se atrevió a preguntar por ella. Era una gota más de amargura en el cáliz que debía apurar.

Atravesaron la quinta oscura. Ante una puerta lateral que daba al campo, esperaba la carretela con cuatro caballos impacientes y briosos, gober-

nados por un cochero indio, antiguo y fiel servidor de la familia.

Entre las sombras surgió de pronto una figura humana. Era Isabel.

Julián dió rápidamente un paso hacia ella. A la luz de las estrellas, vió su lindo rostro bañado en lágrimas. La muchacha alegre y juguetona había desaparecido para siempre ante el soplo recio y frío del viento de la vida. Sin poder contenerse, Julián estrechó por primera y última vez entre sus brazos, a aquella niña a quien debía la libertad y la vida, y a la que no volvería a ver jamás.

Nadie pronunció una palabra. Sólo se oyeron sollozos.

Un momento después, los caballos arrancaron al trote. Al doblar la esquina, el joven español miró hacia atrás. Le había parecido oír una voz que le llamaba por su nombre; mas vió tan sólo las sombras de la noche, y nada oyó sino el murmullo de los árboles, al sacudirlos el viento...

XI

El premio.

I

En una finca cercana a la ciudad de Buenos Aires vivía, en los años de 1824 y 25, una familia modesta y trabajadora, compuesta de la madre, una hija de catorce años y un niño de doce. El padre había muerto, dejando por única herencia a los suyos la pequeña propiedad. Su mujer, doña Martina, halló medio de utilizar la escasa hacienda : crió aves, vendió huevos, legumbres, frutas, y el mayor provecho se lo proporcionó su habilidad en la fabricación de dulces y pastas, tan exquisitos, que muchas familias preferían comprárselos a hacerlos en la propia casa. Con estas industrias, doña Martina pudo mantenerse a sí misma y a sus hijos Mercedes y José. A estos niños no les faltaba alimento, ropa, cariño, juegos ni ocupación; pero no eran completamente felices, pues tenían un deseo ardiente que no podían satisfacer : querían instruirse.

En los tiempos en que pasa nuestra historia, los niños no tenían las mismas facilidades que hoy para ir a la escuela. La instrucción primaria

era casi nula; no había una escuela-palacio a la vuelta de cada esquina, y muchos padres unían a su pobreza una indiferencia de profundos ignorantes.



El padre había muerto dejando a los suyos la pequeña propiedad.

Existían, sin embargo, algunas escuelas de varones y de niñas, fundadas durante los gobiernos de Rodríguez y de Las Heras, con la cooperación inteligente de los ministros Rivadavia y Manuel José García.

Frente a una de estas escuelas pasaba Mercedes todos los días, cuando llevaba a casa de los parro-

quianos los dulces y demás golosinas. Invariablemente se detenía para mirar a través de la ventana. Pensaba entonces cuán hermoso sería si ella pudiera instruirse, y su hermano José llegar a ser médico, abogado, ministro quizá, y aun ¿por qué no? gobernador como el general Las Heras, a quien había visto el otro día en carruaje frente a la plaza de la Victoria. Hablándole a su hermano de todo lo que veía y pensaba, consiguió entusiasmarle, y pronto los dos niños no tuvieron otro deseo que el de estudiar. Suplicaron mucho a su madre; pero doña Martina, aunque muy buena mujer, era sumamente ignorante, y consideraba el saber como un lujo innecesario, permitido sólo a la gente rica y absolutamente superfluo para los pobres. En su tiempo, los niños de la clase humilde no iban a la escuela. ¿Para qué, pues, habían de ir sus hijos?

II

Delante de la puerta de la cocina, Mercedes pelaba batatas para hacer dulce. Alrededor de ella, las gallinas picoteaban las cáscaras; las palomas blancas y grises iban y venían en giros caprichosos batiendo ruidosamente sus alas, y un lindo gatito negro jugaba amistosamente con la cola de un gran perro, que lo toleraba con aire de majestuosa indiferencia. Llenaba el aire la fragancia de azahares, jazmines y madreselvas que

cubrían la pared entremezcladas con rosas trepadoras y damas de la noche, cuyos grandes cálices blancos empezaban a abrirse allí donde ya no llegaba el sol.

Mercedes poco a poco empezó a distraerse. Observó primero las gallinas y palomas, luego el gatito que daba brincos alrededor del perro; después sus ojos siguieron el movimiento de un gajo de jazmín del país en el cual se había posado un chingolo, y por último se fijaron en la copa de una hermosa higuera mecida suavemente por la brisa de la tarde.

Al principio veía todo eso con atención, pero sus pensamientos fueron tomando otro rumbo y siguieron su cauce favorito : los deseos de aprender.

— ¡Mercedes! — llamó doña Martina desde la cocina, donde revolvía el almíbar en la olla. — ¿Estás durmiendo? Van tres veces que te llamo y no me oyes. ¿Has pelado ya esas batatas?

Mercedes se dió cuenta de pronto que había estado soñando.

— Voy, mamá — contestó reanudando a prisa su tarea. Cuando llevó las batatas, doña Martina le preguntó.

— ¿En qué estabas cavilando?

Mercedes vaciló un poco. Sabía que su madre se impacientaba cada vez que le hablaba de sus deseos; pero decidiéndose, contestó :

— Pensaba en lo lindo que sería si nos dejaras ir a la escuela.

Doña Martina siguió revolviendo el dulce, pero la miró de reojo.

— Otra vez con esas, ¿eh? Ya te he dicho que no quiero oír tonterías.

— Pero, mamá, no son tonterías. Los niños de Gutiérrez donde voy a llevar el turrón, estudian con su madre.

— Eso está muy bien para los niños de Gutiérrez, que son ricos; pero nosotros los pobres tenemos que trabajar y no podemos entretenernos con los libros.

— Aunque sólo fuera José, mamá. ¡Tiene tantas ganas de aprender!

— Has hecho muy mal en ponerle esas cosas en la cabeza a tu hermano.

— ¡Oh, mamá! ¿Por qué no ha de aprender el pobre, como otros muchachos? Así llegaría a ser algo.

Doña Martina dejó la cuchara en la olla y poniendo los brazos en jarra, se volvió, bastante enojada, para mirar a su hija.

— Muchacha, no me vuelvas a decir eso, porque no lo he de permitir. Tu finado padre no sabía leer ni escribir y no podrás decir que no sirvió para nada. Fué un hombre honrado y trabajador; defendió la ciudad cuando vinieron los ingleses; estuvo en el Paraguay con el general Belgrano, siempre se portó con honor y todos le respetaron. Yo he trabajado para ti y para tu hermano; nunca les ha faltado nada y, sin embargo, tampoco he ido a la escuela. Al fin sólo aprenderían a despreciar a sus padres y a creerse más que ellos. No, mi hijita, no me vengas más con eso. ¡Válgame Dios! ¡Las ínfulas de esta chica!

Doña Martina se puso a revolver el dulce y Mercedes comprendió que por el momento sería imprudente continuar la cuestión.

III

Todos los días, al volver a casa, Mercedes daba una vuelta para presenciar las clases. En realidad, la escuela le quedaba fuera del camino de retorno; pero se apuraba para llegar a tiempo.

Sucedió cierto día que el maestro fijó su atención en ella y la llamó. Asustada, creyó que la iba a reñir por haberse parado a mirar, y su primer impulso fué echar a correr; pero el semblante bondadoso del maestro venció sus temores y se aproximó.

— ¿Te gustaría aprender? — le preguntó sin preámbulos.

Mercedes, sorprendida, no supo qué contestar. El maestro repitió la pregunta y leyó la respuesta en los ojos de la chica, que de pronto se iluminaron.

— ¿Por qué no vienes a la escuela? — prosiguió.

— Mama no me deja.

— ¿No te deja? ¿Por qué?

— Dice que no necesito aprender.

El maestro comprendió las aspiraciones elevadas de la niña y la lucha que inconscientemente libraba con prejuicios viejos e injustos, y resolvió acudir en su ayuda.

— ¿Y para qué quieres aprender?

— Para enseñar a mi hermanito, porque quiero que más tarde llegue a ser instruido y rico.

El joven maestro la miró conmovido. Conocía el secreto de esos ardientes anhelos, pues había vivido en la indigencia y sólo a costa de los mayores sacrificios pudo salir de ella, instruirse y luego ingresar en la Escuela de Medicina. Felizmente, una dama le consiguió ese empleo de maestro, con el cual podía costearse los estudios superiores. El vencimiento de dificultades tan grandes a fin de satisfacer deseos tan nobles, le había preparado el espíritu para comprender a aquéllos que se encontraran en el mismo caso.

— Escucha — dijole a Mercedes : — ¿te animarías a venir todos los días a las cuatro de la tarde? Puedo darte media hora justa de lección; no tengo más tiempo; pero en esa media hora te enseñaré lo necesario. ¿Quieres?

Mercedes pudo apenas balbucear un « sí », olvidándose en medio de su gran alegría, de dar las gracias a su bienhechor.

Corrió a casa a contar a José su buena suerte. Los dos hermanos apenas pudieron disimular su gozo, para que nada notara su madre.

Desde entonces, con frío o calor, lluvia o sol, viento o tiempo apacible, a las cuatro de la tarde Mercedes esperaba frente a la escuela la salida de los niños para poder entrar.

Dejaba entonces a un lado la cestita vacía, y durante media hora sólo existían para ella el maestro y el libro. Las explicaciones se le grababan en la memoria; su cerebro absorbía todas

esas maravillas nuevas para ella, como una planta sedienta que de pronto fuese abundantemente regada. Su aplicación conmovió al maestro, encantado por la ingenuidad con que le refiriera las luchas tenidas en su casa y los remordimientos por el obligado disimulo. La tranquilizó, diciéndole que la madre, cuando lo comprendiera, todo les perdonaría.

Mercedes aprendió a leer, a escribir y los elementos de aritmética, materias que a su vez enseñaba a José.

IV

Así pasaron algunos meses. Se aproximaba el 25 de Mayo, fecha festejada con actos públicos, repartición de socorros a los pobres y distribución de los premios acordados por la Sociedad de Beneficencia, fundada durante la administración del general Rodríguez. Estos premios eran cuatro; dos estaban destinados a las niñas que más se distinguieran por su aplicación.

El joven maestro, al recordar la fecha, pensó en su discípula con una noble idea. Fué a ver a su bondadosa protectora y hablóla acerca de Mercedes. La señora se interesó vivamente por la niña y su hermano, prometiéndole hacer las averiguaciones del caso.

Una tarde paró ante la huerta de doña Martina un carruaje, del cual descendió una dama elegantemente vestida. Mercedes corrió a llamar

a su madre, la que salió al momento muy sorprendida, pues no estaba acostumbrada a recibir semejantes visitas. Mas su sorpresa creció de punto, cuando la señora, atrayendo a la niña a su lado, le declaró :

— Señora : vengo por esta niñita y su hermano. Me han hablado mucho de ellos y quiero conocerlos.

Doña Martina creyó soñar, y su asombro no tuvo límites cuando la señora le refirió lo que había oído al maestro. No quiso creerlo, y sólo se convenció cuando Mercedes trajo el libro y la pizarra y leyó y escribió sin cometer un solo error. Llamaron a José y él también mostró que sabía escribir y leer correctamente.

Doña Martina quiso reñir a los chicos, pero sintió vagamente que había algo más fuerte y grande que ella, algo con lo cual no podría luchar : que los tiempos habían cambiado. A pesar de su disgusto, se sintió secretamente orgullosa de sus hijos, merecedores de que personas ricas y educadas se ocuparan de ellos. Temía, empero, doña Martina que, cuando se viesen instruídos, la despreciaran por ignorante. Se secó los ojos con el delantal y dijo tristemente :

— Parece que ahora los niños quieren ser más que sus padres. En mis tiempos, la gente de nuestra clase no pensaba en eso. Yo he llegado a los cincuenta años sin que a nadie se le haya ocurrido jamás echarme en cara que no sé leer ni escribir. Ahora será otra cosa : los niños irán a la escuela, aprenderán, y luego tendrán vergüenza de la ignorancia de sus padres.

— Señora, no diga eso — repuso la dama. — ¿Cómo puede usted pensar semejante cosa de sus hijos? Al contrario, la tendrán como a una reina y a todo el mundo le dirán : « Ésta es nuestra madre, que ha trabajado para nosotros, que nos ha educado y a quien debemos todo, y ¡ay! del que se atreva a no respetarla. »

Mercedes miró agradecida a la señora que expresaba en tan pocas y claras palabras lo que ella sentía agitarse confusamente en su cerebro. Abrazó a su madre y la besó en la mejilla con efusivo cariño, mientras José le acariciaba la mano.

Doña Martina consintió al fin en que Mercedes continuara sus estudios, y la señora se despidió augurando para ella y sus hijos un porvenir dichoso.

V

Poco después el maestro dió a su discípula una invitación a la fiesta de repartición de premios, organizada por la Sociedad de Beneficencia. Mercedes consiguió que su madre la llevara juntamente con José.

El día 26 de mayo la gran sala de la Sociedad estaba llena de gente.

En el fondo se levantaba un estrado, vestido con los colores patrios, en el que tomaron asiento el gobernador, sus ministros y las damas de la Sociedad. En las primeras filas se habían colocado las niñas de los asilos de huérfanas; las familias ocupaban los otros sitios del salón.

Doña Martina y sus hijos encontraron asiento en una de las últimas filas. Reconocieron, entre las damas situadas en el estrado, a aquella que había ido a visitarlas. Mercedes vió a su maestro que cruzaba la sala recorriendo con la mirada la concurrencia como si buscara a alguien, y muy contenta le saludó. Entonces él la llamó, haciéndola sentar al lado de una de las huérfanas.

Las niñas cantaron el himno nacional y luego la presidenta de la Sociedad explicó el motivo de la fiesta. Al final de su alocución dijo, que casi a última hora se había resuelto conceder, como excepción, un quinto premio a una niña, distinguida por su perseverancia en el estudio.

Una pequeñuela declamó una poesía y en seguida se procedió a la distribución de los premios. El primero, de \$ 200, fué discernido a una señora que, a pesar de su pobreza, socorría a otras e iba a cuidar enfermos sin recibir jamás remuneración. El segundo, de \$ 100, a la industria, fué concedido a una joven que mantenía con su trabajo de aguja a la madre enferma y a los hermanitos. El tercero y cuarto, de \$ 50, a la aplicación, fueron adjudicados a dos huérfanas que sobresalían por su constancia al estudio; y el quinto premio...

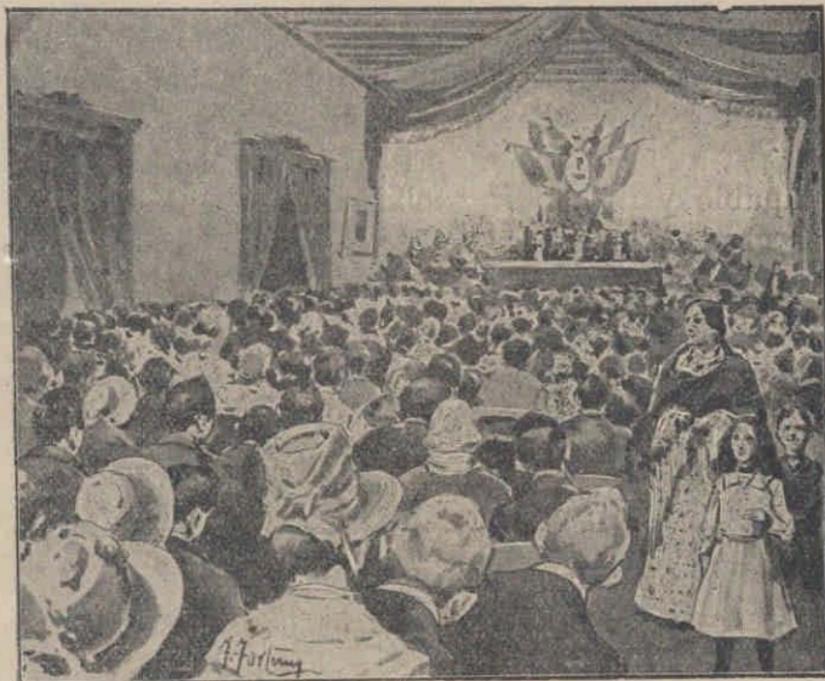
Mercedes creyó equivocarse, pues le parecía haber oído que en el estrado pronunciaban su nombre. Pero no...

— Mercedes Vázquez — repitió la señora.

— Es otra del mismo nombre — pensó Mercedes aturdida; pero sintió una extraña debilidad repen-

tina en todos sus miembros. Al mismo tiempo advirtió que la señora que había ido a su casa le hacía señas desde arriba, y el maestro a su lado le decía :

— Vamos, Mercedes.



Doña Martina y sus hijos hallaron asiento en una de las últimas filas.

Mercedes nunca supo decir cómo había subido al estrado; el hecho fué que de pronto se halló arriba, frente a centenares de caras que fijaban en ella sus ojos. Oyó, como si viniera de muy lejos, la voz de la señora que explicaba al auditorio el motivo de la concesión hecha a Mercedes Váz-

quez, de un premio extraordinario, agregando que sería admitida en una de las escuelas de niñas sostenidas por la Sociedad, y su hermano en otra de varones.

Con la cabeza hecha un torbellino, sintió que la abrazaban algunas de las damas; que el general Las Heras le dirigía palabras bondadosas de felicitación y de estímulo. Recibió el premio de manos de la presidenta, oyó que la concurrencia aplaudía con entusiasmo, y de pronto se dió cuenta que aquello no era un sueño, sino realidad palpable y deliciosa, y olvidándose de todo, bajó las gradas del entarimado, atravesó la sala y entre risas y lágrimas, se echó al cuello de su madre.

XII

Una lección de nobleza.

I

El caballero inglés Mr. Morris había venido a la República Argentina en 1861, cuando el país comenzaba a reponerse de sus largas guerras civiles, orientándose resueltamente hacia el progreso.

Las naciones de Europa ya habían fijado su atención en este pueblo briosamente empeñado en conquistarse su lugar. Los inmigrantes afluían en gran número. Venían los que no hallaban en su propia patria los medios de subsistencia; los que nada tenían que perder y todo que ganar; aquéllos cuyo espíritu aventurero se sentía fascinado por la vida libre e independiente en las llanuras argentinas; y, por fin, los que deseaban emplear su dinero en empresas industriales o de otra especie, de las innumerables que se brindaban a los capitalistas en esa época.

Entre estos últimos se hallaba Mr. Morris. Compró terrenos en la provincia de Buenos Aires, sobre la costa del Paraná, y estableció allí un pequeño saladero.

La empresa floreció, y pronto fué necesario

ensanchar los edificios y adquirir más tierras. El número de los animales beneficiados aumentó de año en año.

— Tiene suerte el inglés — decían los paisanos, sin darse cuenta de que el secreto de tal prosperidad no estaba sólo en la suerte, sino en la perseverancia y el trabajo.

Mr. Morris, convencido de que aquello marchaba bien, hizo levantar, a distancia conveniente del saladero, un lindo chalet, alrededor del cual, aprovechando los accidentes naturales del terreno, formó un hermoso parque. Llegaron carros llenos de muebles, enseres domésticos, objetos de adorno; carruajes y caballos finos de tiro y de silla.

Cuando el chalet estuvo alhajado y todo pronto, Mr. Morris partió a Buenos Aires, y al cabo de algunos días volvió con su esposa y dos niñas de diez y doce años, respectivamente, bulliciosas e inquietas como pajarillos.

El chalet se pobló de semblantes risueños y de sonidos alegres.

II

El dueño del saladero era inglés hasta la medula de los huesos. Había traído a la Argentina su capital, su inteligencia y su voluntad para trabajar, y también la altivez, toda la superioridad que se atribuye el europeo orgulloso de su cultura sobre el americano.

Miraba con ironía las costumbres y las cosas criollas, sin detenerse a averiguar el porqué de ellas o el grado de cultura que representaban. Tenía el desprecio del anglosajón, serio, enérgico y contraído al trabajo, por los latinos, más indolentes, acostumbrados a tomar la vida por el lado liviano. Sin comprender el medio en el cual se hallaba, desdeñando estudiarlo más allá de lo que pudiera fomentar o perjudicar sus intereses, indiferente a todo lo que pasaba fuera de su esfera de acción, Mr. Morris era, después de algunos años de residencia, tan extraño en la República Argentina como el día de su llegada. El establecimiento se llamaba « Saladero de York », en honor de la ciudad natal del dueño. El ingeniero director de la instalación era inglés; ingleses todos los empleados superiores, y aun entre el personal subalterno, muchos, casi todos, eran ingleses, o por lo menos angloargentinos. Las costumbres, el modo de vivir de la familia, todo resultaba idéntico a lo que había sido en Inglaterra. El chalet era un pedazo de *Old England* trasplantado en plena provincia de Buenos Aires.

III

El paisanaje no quería mucho a Mr. Morris, a pesar de lo cual todos buscaban trabajo en el saladero, porque el « místico » pagaba bien. Éste sentía no poder tener también peones ingleses;

pero de mal grado confesaba que para atender el ganado no había hombres como los criollos.

— Para eso únicamente sirven — solía decir. — Forman un pueblo sin instrucción, sin energía, sin moral; perezosos, despreocupados, indiferentes a todo progreso. Trabajan para no morir de hambre, y aun a veces prefieren robar a trabajar. Ahí los tiene usted tomando mate o fumando; ya aquél prepara su inevitable guitarra; el otro se ha tumbado para dormir la siesta. Cada uno de ellos es capaz de asesinar a su propio hermano, si le ofrezco cincuenta pesos.

Era la firme convicción de Mr. Morris, que con dinero se conseguía todo en la República Argentina. No había nada que no estuviese en venta: el ganado y la vida de un hombre, los campos y el honor personal, cereales y casas, lo mismo que empleos y favores.

A su vez los gauchos, cuando le veían pasar, grave, correcto, impassible, con la cabeza rubia bien alta y rozándolos apenas con la mirada fría y desdeñosa de sus ojos grises, bordaban alrededor de su persona los más variados comentarios, mezclados de ironía y de admiración tributada de mala gana.

— ¡Esos ingleses! — decía uno. — Vienen al país sin un centavo y a la vuelta de unos cuantos años ya los tiene usted ricos.

— Éste no vino pobre — objetó otro. — Traía algún capital y lo invirtió en el saladero.

— El saladero es una mina de oro.

— Y el inglés sabe extraer todo el oro que

contiene; pero hay que confesar que no es mezquino.

— Es cierto, paga bien y jamás queda debiendo nada a nadie.

— Pues yo, con todo, prefiero al dueño de la estancia Los Sauces. Siquiera aquél nos trata como gente, mientras el inglés ni se digna saludarnos.

— ¿Y usted qué dice, don Antonio? — preguntó un paisano a otro medio viejo, que escuchaba la conversación sin terciar en ella.

Don Antonio trabajaba en el saladero, a cuyo dueño había prestado en varias ocasiones importantes servicios. Mr. Morris, según su costumbre, le había remunerado bien, sin considerar necesario obsequiarle con palabra alguna de agradecimiento.

Al oír la pregunta, don Antonio volvió lentamente hacia el otro sus ojos ocultos bajo cejas tupidas y en los cuales había siempre un guiño malicioso.

— ¿Yo? — repuso. — Pienso que el *míster* es muy vivo y que sabe mucho; pero que todavía le falta que aprender.

— ¿Aprender? ¿Qué, pues?

Don Antonio hizo un gesto vago con la mano en que tenía el cigarrillo, y no contestó.

IV

Las dos hijas de Mr. Morris, Lily y Ruth, no conocían mayor placer que el de galopar a través de los campos, trepar las barrancas y hacer viajes de exploración por la comarca.

— Allá van las inglesitas — decían los paisanos cuando las veían pasar sueltas las riendas de sus caballos, al viento los rizos castaños de Lily y los rubios de Ruth, resplandecientes los ojos y frescas las mejillas aun no tostadas por el ardiente sol argentino.

Una mañana, como de costumbre, las niñas montaron a caballo y después de galopar un rato sin rumbo fijo, se detuvieron para consultar.

— ¿A dónde iremos? — preguntó Ruth.

— Vamos a ver los potrillos en la estancia Los Sauces — propuso Lily.

— ¡Oh! los potrillos. Todos los días podemos ver los potrillos.

— Entonces, di tú algo mejor.

— ¿Vamos al río?

— También podemos ver el río todos los días.

— Sí, pero dicen que hoy está muy crecido.

Ruth, como siempre, se salió con la suya y las dos hermanitas se dirigieron hacia el río.

No era éste el Paraná-Guazú, sino uno de los innumerables riachos, canales o brazos que cruzan y cortan las islas del Delta.

Hacía varios días que bajaba mucha agua; las

islas comenzaban a inundarse y existía el peligro de que el río continuara creciendo.

Desde la barranca las niñas vieron correr a sus pies el caudal de aguas amarillas y turbias, tan espesas que ni siquiera ondulaban, arrastrando camalotes, trozos de leña, cañas y otros objetos. El sol apenas conseguía encender centellas en ese líquido sucio, tan azul otras veces, que se deslizaba rápido, con murmullo maligno y traicionero, formando de vez en cuando algún remolino que interrumpía la superficie lisa.

La estrecha faja de playa al pie de la barranca estaba inundándose. La isla de enfrente había desaparecido casi por entero bajo el agua; sólo se veía de ella la parte media, en la cual existían algunos árboles.

— ¿Atravesamos? — propuso de pronto Ruth. Lily la miró atónita.

— ¿A dónde quieres ir?

— A la isla, pues. Siempre he deseado cruzar el río mientras estuviera crecido.

— Pero papá nos ha prohibido cruzarlo aún cuando no esté crecido — objetó Lily, más prudente.

Ruth vaciló un poco; pero como era intrépida y decidida y su tentación grande, hecha mayor todavía por la prohibición y el peligro, trató de persuadir a su hermana.

— Nadie nos va a ver. Tendremos cuidado de no mojarnos, y en todo caso, el sol nos secará pronto. Vamos, Lily.

— En fin : ¿qué es lo que quieres ver allá?

Ruth no habría podido decirlo. No existía absolutamente nada de interesante en la isla; pero a la pequeña caprichosa se le había ocurrido visitarla y estaba resuelta a hacerlo.

— Yo voy a ir — anunció, y en efecto comenzó a bajar la barranca. Lily se asustó seriamente.

— Si vas, le aviso a papá — amenazó.

— Eso es : ve con cuentos — replicó la menor en tono sarcástico.

— Pero no, si no voy con cuentos — protestó la pobre Lily casi llorando; — sólo quiero decir que no trates de cruzar, porque hay mucha corriente y podría arrastrarte.

— Oh, bueno; si tienes miedo, no vengas — repuso Ruth desdeñosamente.

¡Miedo! Nunca lo hubiera dicho.

No había para las dos inglesitas mayor insulto que suponerlas miedosas.

Lily se puso encarnada, y olvidando en su indignación toda prudencia, siguió a Ruth, quien reía a escondidas al sentir el paso del caballo que bajaba detrás del suyo.

Las dos chicas conocían el vado por el cual acostumbraban a pasar los animales trashumantes.

Allí las dos se detuvieron un momento, vacilando. Realmente no valía la pena mojarse para ir a la isla desierta; pero Ruth había declarado que iría, y Lily tenía que probar que no era miedosa. A una y otra, su honor — querían decir su obstinación — les impedía echarse atrás.

Ruth entró resueltamente en el agua y Lily la siguió de cerca.

Al principio los caballos pisaban fondo, caminando con precaución y visiblemente de mala gana. Luego el de Ruth se detuvo, tanteó el suelo y negóse a seguir. La niña le tocó con el látigo; el animal obedeció y empezó a nadar. Ruth estaba encantada.

— Cuidado — advirtió a su hermana, — aquí no se toca fondo. ¡Qué lindo es!

Pero la risa desapareció de pronto de su carita rosada. Había llegado al medio del canal, donde la corriente era más poderosa. El caballo luchaba con el empuje violento de las aguas que lo desviaban más y más, envolviéndolo en sus masas amarillas y sucias.

Ruth se asustó, aunque sin perder la cabeza. Trató de ayudar al animal, pero la correntada arrastraba a ambos, amazona y caballo, hacia un remolino que giraba más abajo.

Entonces la pequeña atolondrada perdió toda su sangre fría, y presa del espanto se aferró convulsivamente a la montura, prorrumpiendo en gritos desesperados. Lily nada podía hacer para auxiliar a su hermana en peligro.

V

Don Antonio cruzaba el campo, distraído, camino del saladero.

Un grito agudo que partió del lado del río, hirió de golpe su oído. Corrió precipitadamente

hacia la barranca y desde allí divisó a las dos hijitas de Mr. Morris, ambas en grave peligro.

El gaucho no titubeó. Se lanzó cuesta abajo a riesgo de que rodara su caballo y obligó a éste



El gaucho no titubeó. Se lanzó cuesta abajo...

a entrar en el agua. Consiguió sujetar el tordillo espantado de Lily y conducirlo a tierra. Luego acometió la empresa más difícil de salvar a Ruth.

La tentativa era en extremo peligrosa, aun para un hombre audaz y fuerte.

Con mirada rápida y segura calculó el punto de la orilla desde el cual debía partir para que

la corriente lo condujera hacia el lugar donde brillaba al sol la rubia cabellera de Ruth.

Tras de grandes esfuerzos y muchas tentativas inútiles, durante las cuales estuvo en serio peligro, don Antonio alcanzó a Ruth y la alzó sobre su caballo en el instante mismo en que iba a perderse arrebatada por las aguas.

Volvió trabajosamente a la orilla, llevando en sus brazos a la pequeñuela, cuya cabecita pálida reposaba en su pecho, con los ojos cerrados. Lily, llorando y riendo a un tiempo, corrió a su encuentro. El gaucho envolvió a la niña en su poncho, y ordenando a Lily que le siguiera, tomó a galope tendido el camino del saladero.

VI

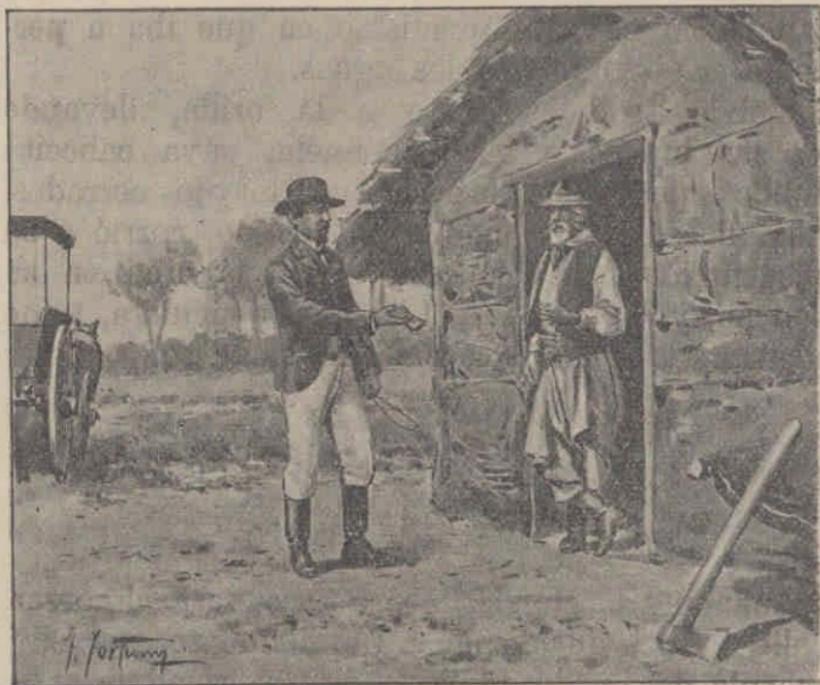
Cuando Mr. Morris llegó a casa para almorzar, halló a Ruth durmiendo tranquilamente, y a Lily, colgada del cuello de su madre, refiriéndole entre sollozos la aventura de aquella mañana y la salvación de su hermanita.

Mr. Morris no era hombre de quedar debiendo nada a nadie. Por el contrario, era de opinión que todo servicio, grande o pequeño, debía ser remunerado en una forma o en otra.

Don Antonio había salvado la vida a sus hijas. La retribución tenía que estar en proporción con la importancia del acto.

Como el gaucho distaba mucho de ser rico,

Mr. Morris pensó que entregarle una buena suma de dinero sería la forma más cómoda y conveniente de manifestar su gratitud. Se echó al bolsillo cinco billetes de mil pesos moneda corriente,



Mr. Morris permaneció atónito, con la mano siempre extendida.

tomó el tílburí y se dirigió al rancho de don Antonio.

El paisano fumaba, recostado en el marco de la puerta, cuando el tílburí se detuvo frente al rancho.

— Usted ha salvado a mis niñas — le dijo sin preámbulo Mr. Morris. — Mi señora y yo se lo agradecemos mucho. Tome esto como señal de nuestra gratitud — y le ofreció los billetes de

Banco. — Tome — insistió al ver que don Antonio no se movía. — Son cinco mil pesos... Si le parece poco no tengo inconveniente en darle más...

Se cortó, un tanto incómodo, pues el gaucho no hacía ademán de tomar el dinero. Miraba fijamente a Mr. Morris y la expresión semihumorística de sus ojos se transformó gradualmente en la del más profundo y evidente desprecio :

— No, señor — contestó; — guárdese su plata. Hay cosas que no se hacen por dinero.

Mr. Morris permaneció atónito, con la mano siempre extendida sujetando los billetes de Banco. Durante medio minuto estuvo inmóvil, con los ojos clavados en ese hombre que desdeñaba su dinero; y luego, lenta, muy lenta, casi inconscientemente, el caballero inglés, educado, elegante, rico y orgulloso de su cultura, se descubrió ante el gaucho despreciado.

XIII

La última fiesta.

I

Salían de la escuela las niñas, grandes y chicas, morenas y rubias, vestidas con elegancia o sencillez, y vocingleras, azogadas, se desbandaban atropellándose, corriendo, saltando, gritando. Al ver esa deliciosa confusión multicolor, hubiérase dicho que las flores de un jardín habían tenido la ocurrencia de escaparse en ausencia del jardinero.

Entre las niñas del cuarto grado, bajó una rubia que por sí sola alborotaba tanto como diez de las otras juntas. Pasó entre los grupos, hizo a sus compañeras mil travesuras, cambió con ellas saludos alegres y al entregar su canasta a la criada, ordenó :

— Vamos a casa de Enriqueta.

II

Enriqueta había sido condiscípula de la rubia Celina.

Sus padres eran pobres; a pesar de lo cual las compañeras de clase hijas de familias pudientes

cultivaban su amistad, pues era tan servicial y amable, viva e inteligente, buena y modesta, que habría sido imposible no quererla conociéndola. Cuando se supo en el cuarto grado que Enriqueta estaba enferma y ya no volvería a la escuela, todas lo sintieron vivamente. Celina lo lamentó más que ninguna, porque sentábase al lado de Enriqueta y ésta solía ayudarle cuando el problema de aritmética « no salía », o faltábale pluma, lápiz o papel.

Desde entonces, Celina pasaba casi todos los días a informarse de la salud de su amiga. Estas visitas eran la única alegría de la pobre enfermita. Las conversaciones de las dos niñas versaban siempre sobre las clases : si la maestra estaba restablecida, si a Juanita le habían impuesto nuevas penitencias; si estuvo bien el ejercicio de gramática que hicieran juntas; si Anita llevaba por fin el vestido nuevo anunciado desde hacía tanto tiempo, y si era la mitad por lo menos tan lindo como había asegurado; y otros detalles de esos que tienen tanta importancia a los once o doce años.

III

Aquella tarde Celina encontró a Enriqueta en cama, y no pudo dejar de notar la palidez de su rostro y los círculos negros que rodeaban sus ojos.

— ¿Te sientes mal? — le preguntó.

— No he dormido anoche — repuso Enriqueta.
 — Tuve mucha fiebre y esta mañana vino el médico.

— ¿Y qué dijo?

— Lo de siempre : que me cuide y coma mucho para reponerme pronto y poder jugar con las chicas. Pero yo no tengo ganas de comer y me siento tan cansada que no lo puedes imaginar.

La rubia calló, perpleja como todos los niños felices en presencia de la desgracia.*

— Ahora vas a mejorar — díjole al cabo de una pausa, y para cambiar de conversación, continuó :

— El jueves es 25 de Mayo.

— ¡Ah, sí! 25 de Mayo — repitió Enriqueta tristemente. — ¡Y cómo me gustaría ver el desfile!

— ¿Y por qué no vas?

— Porque no puedo estar tanto tiempo parada en la calle. ¡Cómo me gusta ver a los soldados! El año pasado ya estaba enferma y no pude salir.

Celina la miró compasivamente. De pronto tuvo una idea generosa.

— ¿Sabes? Nosotros muchas veces, cuando no queremos ir a ver el desfile desde algún balcón, tomamos el coche y lo hacemos parar en una bocacalle, de donde se ven bien las tropas. Si quieres, le pido a papá que nos lleve.

Celina esperaba, naturalmente, una acogida entusiasta a su idea; pero permaneció atónita ante el efecto que produjo.

Enriqueta mudó de color; de pálida que estaba

se volvió encarnada y otra vez blanca. Sus ojos se fijaron en Celina con la mirada de quien no se atreve a creer en una felicidad grande e inesperada. En pocos segundos, su semblante cambió



— ¡Ah, sí! ¡25 de Mayo! — repitió Enriqueta tristemente. — ¡Cómo me gustaría ver el desfile!

diez veces de expresión, reflejando claramente las ideas y dudas que se cruzaban en su cabecita, y por último, las resumió todas en esta pregunta:

— ¿De veras?

— Sí, de veras — aseguró Celina, muy satisfecha. — Después, si quieres, iremos a Palermo —

continuó, admirándose en secreto, al ver el júbilo de Enriqueta, de cómo podía entusiasmarse por cosas que a ella ya la tenían cansada. Luego recordó que su amiga era pobre, y se sintió muy importante en su papel de protectora.

La pequeña enferma hizo proyectos para el día de la fiesta. Lo principal era el vestido : ¿serviría el blanco del año pasado, con la franja celeste? Quedaría corto, seguramente; pero su mamá podría alargarlo sin dificultad. De todos modos, sería bueno probarlo. Todo esto salía en un aliento, sin pausas, como agua de arroyuelo desbordado. Enriqueta consideró indispensable probarse al punto el vestido.

A duras penas su madre, que había escuchado encantada, pudo convencerla de que si se levantaba, estaría enferma para el 25 de Mayo. Solamente así se conformó la pequeña, transportada al séptimo cielo de la felicidad, con la perspectiva de ir a ver el desfile.

IV

La semana pasó entre proyectos y anticipaciones de fiesta. Enriqueta se levantó al otro día de la visita de Celina. El médico la halló muy atareada, descosiendo el dobladillo del vestido blanco. Parecía encontrarse muy bien; estaba animada y tenía colores en las mejillas; pero quien hubiera observado al doctor, habría notado

en sus ojos una expresión de ternura y compasión.

En cuanto a Celina, se sentía tan satisfecha con la alegría de su amiguita, que ella misma se entusiasmó.

Así llegó el 22 de Mayo.

Cuando Celina volvió de la escuela ese día le entregaron un sobre rosado, con cantos dorados. En elegante cartulina, Mercedes Silvano la invitaba a presenciar el desfile desde los balcones de su casa de la calle Florida, con un grupo de amiguitas.

Celina dió un salto de alegría y entró como un torbellino en la pieza donde estaba su mamá.

— ¡Mamá! ¿Has visto la invitación?

La señora leyó la tarjeta y miró a su hijita.

— ¿Y Enriqueta? — preguntó gravemente.

La cara risueña de Celina se demudó de pronto. Había olvidado por completo a Enriqueta.

— Has prometido a esa niña llevarla en coche a ver la parada. La pobrecita estaba tan contenta : ahora ¿no quieres cumplir?

— Sí... bueno... pero... — murmuró Celina, doblando y desdoblado un pedazo de cinta, sin levantar los ojos y con una pequeña arruga entre las cejas que la hacía parecer mucho menos bonita.

Su madre no dijo nada.

— Todas las niñas van a estar allí — prosiguió Celina.

— Entonces lleva a Enriqueta contigo.

— ¡Mamá! ¿Qué dirían si voy con esa chica que no es amiga de ellas?

— Celina, ¿no tienes vergüenza?

La rubia bajó la cabeza.

— Podría llevarla a pasear otro día.

— Enriqueta quiere ver el desfile.

— Pero siempre lo puede ver : el 9 de Julio hay otra vez parada.

— Mi hijita, tu amiga está enferma : quién sabe... — la señora se corrigió : — si podrá salir el 9 de Julio.

Celina miró a su madre, sorprendida e impresionada por su tono grave. Algo en esas palabras la asustó. Sin embargo, la tentación era demasiado grande.

— Entonces ¿qué hago? — preguntó medio llorando.

— Lo que quieras.

— Bueno, pero ¿qué te parece a ti?

— Haz como quieras — repitió su madre.

Celina se retiró de muy mal humor. ¿Renunciar a la fiesta? Era demasiado pedir. Y si llevaba a Enriqueta ¿qué cara pondrían sus amigas elegantes y ricas?

¡Bah! el 9 de Julio vendría pronto y entonces cumpliría su palabra.

V

El día 23, Celina no se animó a ir a ver a Enriqueta. El 24, como de costumbre, hubo fiesta en la escuela. Celina fué, pero no se divirtió mucho y volvió a casa callada y mohina. Su

madre la observaba : quería que su hijita resolviese por sí sola la dificultad, y ansiaba conocer lo que le dictaría a la niña mimada su corazoncillo bueno, aunque un poco egoísta.

— ¿Y? ¿Qué hacemos mañana? — interrogó el padre en la mesa.

— Yo voy a ver la parada — gritó Alberto, el hermanito de Celina.

— ¿Y tú, Celina?

— Yo... estoy invitada a casa de Mercedes — contestó la niña, muy atareada en mondar una naranja. Su padre advirtió la turbación.

— ¿No ibas a llevar a esa amiguita enferma a ver el desfile? — preguntó, recordando una conversación de algunos días antes.

Celina se puso encarnada y no contestó. Sus padres cambiaron una mirada de inteligencia y no la interrogaron más.

Cuando Celina se despidió para ir a la cama aquella noche, su madre conoció, por su carita preocupada y tímida, que tenía algo que decirle. No se había equivocado. Avergonzada y confusa, en voz muy baja, Celina anunció su propósito de llevar a Enriqueta a casa de Mercedes.

— Pero — añadió — ¿qué dirá la señora?

La madre, feliz porque su hija había dominado su egoísmo, quiso aliviarla de la inquietud y le prometió hablar con la mamá de Mercedes.

Aquella noche, Celina se durmió contenta.

VI

Enriqueta se inquietó un poco al ver que su amiga no venía ni el día 23 ni el siguiente : mas se tranquilizó pensando que Celina estaría ocupada, y al fin y al cabo, lo principal era que no faltase el 25.

El día patrio llegó, templado, radiante, sin nubes, como un último saludo del suave otoño.

Enriqueta estaba vestida desde la mañana. Se había negado resueltamente a ponerse otro vestido que no fuera el blanco, y su madre, demasiado contenta al verla tan animada y feliz, le hizo el gusto.

Celina había prometido venir a las doce y media.

A las doce próximamente, Enriqueta se hallaba asomada a la ventana, cuando acertó a pasar una condiscípula, y se paró un momento a conversar.

— ¿Tan paqueta, *che*? ¿Vas a ver el desfile?

— Sí, me viene a buscar Celina — repuso Enriqueta con un poco de orgullo.

— ¿Celina? ¿Estás segura?

— Me lo ha prometido.

— ¡Si Celina está invitada a ver el desfile desde los balcones de Mercedes Silvano!

Enriqueta quiso responder; pero la faltó la voz. Parecíale que le hubieran dado un golpe en la cabeza. Se puso tan pálida que su amiga se asustó.

— Entonces... entonces ¿crees que Celina no viene?

— Puede ser que venga — se corrigió la niña, intranquila ante el semblante demudado de Enriqueta. — Sí, ha de venir. Bueno, adiós, que te diviertas — y echó andar tras de los suyos.

Enriqueta se apartó de la ventana; le parecía que ya no había sol en el cielo.

— ¿Qué tienes, Enriqueta? — preguntaron sus padres, alarmados al verla entrar tan triste. — ¿Qué te ha sucedido?

La chica no contestó; sólo dos gruesas lágrimas asomaron a sus ojos y corrieron lentamente por sus mejillas.

Después de muchas instancias, los padres supieron por fin la causa de su aflicción. Trataron por todos los medios de consolarla. Como el padre había cobrado algún dinero el día anterior, alquilarían un coche. No por antojo de Celina se quedaría Enriqueta sin ver el desfile. Por la noche irían a ver la iluminación, y después una sección en el teatro. Sería un verdadero día de fiesta.

Enriqueta oía y movía la cabeza. No, no sería lo mismo. La alegría había desaparecido; y mientras sus padres censuraban amargamente a la niña que con tanta ligereza prometía sin pensar en cumplir, Enriqueta fué a quitarse su lindo vestido blanco con faja celeste, que no le causaba ya ningún placer.

Eran las doce y media; Celina estaría ya en camino a casa de su amiga. ¡Cómo se divertiría!

Era natural que prefiriese la compañía de las niñas ricas a la de ella. Ahora comprendía por qué había faltado los últimos días.

Pasaban coches y tranvías llenos de gente; un escuadrón de caballería cruzó al trote. Enriqueta ni aun se asomó para verlo. Todo le era indiferente.

Pero ahora, ¿qué era eso? Cascabeles y cadenas de plata, cascos pesados de caballos de raza; un coche que llegaba velozmente y se detenía ante la puerta. En seguida, una voz alegre de niña que gritaba :

— ¡Enriqueta! ¡Vamos!

Era Celina que venía a buscarla.

Como en sueños, Enriqueta se dejó vestir de nuevo, y sin saber bien cómo, se halló en el coche con Celina y su mamá.

Mientras trataba de convencerse de que no estaba soñando, su amiga le explicó a donde iban.

La transición de la tristeza a la felicidad fué tan repentina como había sido el desencanto. Enriqueta tuvo una verdadera explosión de júbilo que contagió a Celina e hizo sonreír a la señora.

Cuando llegaron, todas las invitadas estaban ya reunidas. La dueña de casa les había hablado de Enriqueta, suplicándoles que se mostrasen amables con la pequeña enferma.

Las niñas lo hicieron a tal punto, que Enriqueta se halló inmediatamente a sus anchas y también Celina se vió libre de su secreta inquietud.

A lo lejos se oían ya las músicas militares.

— ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

Al momento los balcones se llenaron de chiquillas graciosas y veinte pares de ojos chispeantes se fijaron en las tropas.

Enriqueta, feliz a más no poder, feliz sin deseos,



— ¡ Enriqueta ! ¡ Vamos !

no se sentía débil ni enferma, no la atormentaban los dolores del pecho y había olvidado por completo el mal rato pasado. Gozaba intensamente con el cuadro animado que se desarrollaba ante sus ojos. Ya se acercaba la infantería. ¡ Cuán derechos marchaban los soldados, cómo brillaban las armas, cómo agitaba el viento los jirones de

la vieja bandera gloriosa! Al sonido vibrante de los clarines y al redoble grave de los tambores se mezclaban las exclamaciones de la multitud y el sordo rodar de los cañones. Y ahora, la caballería, el encanto de Enriqueta : coraceros con armas resplandecientes, granaderos con uniformes históricos; lanzas erguidas, banderolas que flotaban al viento, hermosos caballos que se encabritaban bajo la mano fuerte de los jinetes. ¡Y el ruido, el movimiento, el brillo, el sol y la gente! En esa grata hora olvidó la tristeza que tan bien conocía, a pesar de sus pocos años.

Pasado el desfile, las niñas se reunieron alrededor de una mesa y el comedor se transformó entonces en una enorme pajarera. Cada cual charlaba, reía y gritaba por su cuenta, y entre todas se distinguía la vocecita fina y aflautada de Enriqueta, quien con su gracia e ingenio divertía mucho a las otras.

Como era temprano y el día hermoso, la madre de Celina propuso llevarlas a Palermo.

La enfermita no cabía en sí de gozo. Su alegría se comunicaba a las demás; era el centro del grupo.

Así pasó ese día de luz y llegó el momento en que el coche volvió a detenerse ante la casa de Enriqueta. Los padres acudieron para recibir a su hijita y dar las gracias a Celina y a su madre.

— ¡Adiós! — gritaron las niñas.

— Hasta mañana — agregó Celina.

— Hasta mañana — repuso Enriqueta, respondiendo a los saludos que desde lejos le hacían las muchachas.

Encantados, todos escucharon en la humilde casa los detalles de la fiesta, cobrando nuevas esperanzas al verla tan animada y alegre.

— ¡Qué lindo día! — murmuró Enriqueta, ya medio en sueños, cuando al fin, cansada y feliz, se halló en cama. Y se durmió.

VII

Al día siguiente, antes de ir a la escuela, Celina hizo una escapada para ver cómo estaba su amiga y le extrañó notar grupos de personas que hablaban en voz baja delante de la casa.

Al reparar en Celina, a la cual todos conocían, consultáronse. Una mujer se adelantó hacia ella y le dijo :

— Mejor es que no entre, niña.

— ¿Por qué? — preguntó Celina asombrada.

— Porque... — la mujer evidentemente no sabía cómo expresarse. Celina creyó oír gritos en la casa.

— ¿Qué hay? — exclamó, presa de un vago temor.

— Enriqueta ha muerto — prorrumpió la vecina.

Celina entreabrió los labios y fijó sus ojos espantados en la mujer. Sintió frío en todo el cuerpo : por un momento no pudo pensar. Luego, junto con un dolor intenso, le vino como un relámpago este pensamiento :

— ¡Si no hubiese cumplido ayer!

XIV

Ángela.

I

La provincia de Buenos Aires, hoy cubierta de ciudades, villas y establecimientos agropecuarios, tenía a principios del siglo XIX una escasa población culta, siempre alerta para rechazar la agresión de los indios que recorrían la pampa, sorprendían las estancias, mataban a los hombres y se llevaban las mujeres, los niños y los ganados, desapareciendo con pasmosa rapidez.

En uno de los fértiles valles de las sierras del Sur, existía un núcleo de población bastante importante, con extensos campos labrados y millares de cabezas de ganado.

Una noche los indios invadieron el valle y consiguieron llevarse gran número de animales. Los pobladores, cansados de ser víctimas de tanto atropello, resolvieron castigar a los salvajes, de manera que quedasen escarmentados. Organizaron una expedición de cien hombres bien armados, dirigida por el vecino don Pablo Vargas, respetado por su energía, valor y rectitud de carácter. Acompañaba a éste su hijo Feliciano, mocetón de diez y ocho años, alto, fuerte, vigoroso, serio, y hon-

rado como su padre, y con ese valor tranquilo y sin alardes del que está seguro de sí mismo.

La expedición siguió la huella de los invasores, y después de algunos días de marcha sorprendió



... una niñita que tiraba del brazo a una mujer muerta ...

una tolдерía en cuyos alrededores hallábanse los animales robados. Don Pablo procedió con especial cautela, y ordenó el ataque. Las armas de fuego hicieron terribles estragos en las filas de los salvajes, los que, después de una resistencia encarnizada, se desbandaron, dejando el campo cubierto de muertos y heridos.

Feliciano encontró una niñita que tiraba del brazo a una mujer muerta y daba voces para despertarla. La chica, al verlo, corrió espantada : mas pronto la alcanzaron. Sucia y desnuda, como todas las criaturas de los toldos, algo había, sin embargo, en ella, que llamaba la atención : sus miembros eran finos y delicados, sus ojos de un azul violeta profundo, y el color claro del cabello y del cutis, se alcanzaba a distinguir a través de una costra de suciedad. No había duda : era de raza blanca y seguramente había sido robada por los indios en alguna de sus correrías.

Pablo Vargas resolvió llevarla consigo, a pedido de Feliciano, a quien le había caído en gracia la pequeña salvaje, huraña y hostil con todos menos con él.

La expedición emprendió el camino de regreso, y cuando llegó a la población, la chica que viajaba en el caballo de Feliciano, parecía haber olvidado por completo a los indios y a la que probablemente hiciera para con ella las veces de madre.

La esposa de don Pablo no se manifestó muy contenta con la criatura; mas ésta, al verla, soltó de pronto la mano de Feliciano y corrió hacia ella gritando :

— ¡Mamá, mamá!

Quién sabe qué reminiscencias remotas despertó en su cerebro infantil la vista de una mujer vestida a la usanza de los pueblos cultos, arrancándole las únicas palabras que sabía fuera del idioma pampa.

Doña Manuela se conmovió y desde entonces no quiso desprenderse de la pequeña. Como persona práctica, lo primero que hizo fué limpiarla, operación que llevó a cabo entre gritos, chillidos y llanto de parte de la chica.

Al verla convertida, al menos exteriormente, en una criatura civilizada, Feliciano la miró como a una aparición. Con los ojos azules y el pelo rubio, se le antojaba tal como en su niñez había imaginado a los ángeles. Blanca y delicada como era, casi no se atrevió a tocarla.

Cuando se trató de darle nombre, Feliciano insistió en que la llamasen Ángela y así se hizo.

II

Bien pronto Angelita se acostumbró a la nueva vida, mostrándose inteligente y dócil. Quería mucho a sus padres adoptivos, pero a Feliciano lo distinguía con profundo cariño. Angelita conseguía de éste cuanto se le antojaba; pero si su hermano contraía las cejas de cierta manera, la chica tornábase humilde y dócil, y le acariciaba hasta que volvía a sonreír.

Creció así tranquila y feliz, y a medida que pasaban los años fué haciéndose cargo de las tareas de su madre adoptiva. Nada la cansaba, ni le parecía duro : trabajaba en la casa y en el campo, en la huerta y en el corral, cantando alegre como

un jilguero. Con su belleza rubia, parecía un ser de otro mundo. Tenía un ligero acento raro al hablar y algo indefinible y exótico en su persona que hacía pensar en una princesita encantada, a la cual un hada maléfica hubiera relegado al fondo del desierto.

Ignoraba que sólo era hija adoptiva de don Pablo Vargas, y éste y su familia le habían cobrado tanto cariño, que temiendo separarse de ella, fueron aplazando de día en día, de mes en mes, de año en año, el hacer investigaciones acerca de sus antecedentes; tarea, además, sumamente difícil desde aquel punto apartado.

Llegó, empero, el día en que la vida se encargó de descorrer el velo.

III

Feliciano había visto a la pequeña salvaje convertirse poco a poco en una joven encantadora, y su cariño de hermano fué transformándose gradualmente en un amor grande y sincero. Vacilaba en confesar su pasión a Angelita, por temor de arrojarla en un conflicto cruel, pues si lo hacía debería decirle también que no eran hermanos, y quizá ella tuviera en el mundo familia que lloraba su pérdida.

Pidió consejo a sus padres y éstos tuvieron los mismos escrúpulos : pero al mismo tiempo,

fué tan grande la alegría que sintieron al pensar que Ángela pudiera llegar a ser la esposa de Feliciano que decidieron a éste a que pusiera su suerte en manos de la niña.

Al atardecer, Ángela gustaba trepar a uno de los cerros para gozar del fresco y del amplio horizonte. Las serranías, detrás de cuyos picos ardía el sol poniente, semejabán volcanes en erupción. Las sombras se alargaban, alcanzaban las alturas opuestas, trepaban por los flancos, invadían las cumbres y devoraban los últimos rayos oblicuos. Sobre las lomas se tendía entonces una cinta luminosa color verde claro, que seguía con maravillosa exactitud los contornos de la cadena.

En un día que contemplaba este cuadro variado en el juego de sus tintas, divisó a Feliciano que subía por la ladera. Vino a sentarse junto a ella, visiblemente turbado; tanto, que llamó la atención de la niña.

— ¿Qué tienes? — le preguntó. — Te noto preocupado y triste.

Feliciano se pasó la mano por la frente con un ademán perplejo. El momento de hablar había llegado.

Hizo un esfuerzo y lentamente, con muchas pausas, dijo a Ángela todo lo que le preocupaba y entristecía.

— No exijo una respuesta inmediata — terminó; — sólo te pido que lo pienses y que después me digas lo que resuelvas. Cualquiera cosa que decidas, recuerda que siempre seré para ti un hermano cariñoso.

La dejó, y Angelita, completamente aturdida, le siguió con la mirada hasta que desapareció entre las rocas.

En su vida serena y feliz, algo había cambiado en esos breves instantes. Experimentó la sensación enloquecedora que tenemos cuando se mueve bajo nuestros pies el suelo que habíamos creído firme y sólido. Desconcertada, no hallaba apoyo en ninguna parte. Miró con ojos que no veían, el horizonte resplandeciente cual aurora boreal, y sólo descendió cuando el viento frío la hizo estremecer y la obscuridad permitía distinguir apenas las piedras de la ladera.

¡No era hermana de Feliciano! ¿Quién era entonces? ¿En qué punto lejano del mundo vivían sus padres, de cuyos brazos había sido arrancada en su más tierna niñez? Esas buenas gentes a quienes había amado como a los miembros de su familia, ¿no tenían, pues, con ella ni el más remoto parentesco?

Cuando hubo pasado la primera impresión violenta y pudo pensar con calma, Ángela reflexionó.

Era feliz en su valle; quería a sus padres adoptivos. No deseaba otra vida. En ninguna parte hallaría un hombre más bueno que Feliciano ni más digno de ser querido. Aunque fuera hija de príncipes, jamás sería para ella una degradación ser su esposa. Y si algún día llegara a encontrar a sus padres, éstos recibirían con los brazos abiertos al que ella hubiera elegido por marido.

Esa misma noche, Feliciano supo con intensa alegría la resolución de Ángela.

Se fijó el día de la boda. Un fraile misionero, esperado de paso en la región, debía casar a los jóvenes.

IV

Una tarde de ese mismo año (1821), pocos días después del compromiso, Ángela y Feliciano divisaron, desde la cumbre del cerro favorito, unos objetos negros que se agitaban a lo lejos y aumentaban rápidamente en tamaño y en número. Pronto distinguieron un cuerpo de caballería. Más lejos, crecía por momentos una gran masa confusa, de la cual el cuerpo montado parecía formar la vanguardia.

Así era.

El gobernador de Buenos Aires, general Rodríguez, había organizado una expedición contra los indios, con la cooperación del rico hacendado Juan Manuel de Rosas, quien había formado por su cuenta, vistiéndolos de colorado, un cuerpo de caballería con los peones de sus estancias y algunos paisanos, manteniendo en él la disciplina más severa.

La tropa debía descansar un día en el valle. Tanto los jefes y oficiales cuanto los soldados, fueron agasajados por los pobladores, contentos con la perspectiva de dejar al fin escarmentados a los salvajes. Los hombres de tropa recibieron de regalo toda clase de víveres, y los jefes fueron invitados a los ranchos de los principales vecinos.

El general Rodríguez mandaba en persona esa división de su ejército, y aceptó, con varios de sus oficiales, la hospitalidad de don Pablo Vargas. Quedaron admirados ante la belleza aristocrática de Ángela, quien, a pesar de su traje basto, tenía el aire de una niña de raza noble. Principalmente un coronel no desviaba de ella los ojos; le parecía haber visto ya ese pelo dorado y esos ojos azules, antes, hacía muchísimo tiempo... ¿Dónde podía él haber encontrado ya esa niña o su imagen?

Después de la comida, mientras los demás oficiales fumaban y conversaban delante del rancho, el coronel llamó aparte a don Pablo y señalando a Angelita preguntó en voz baja :

— ¿Es hija suya esa niña?

— No. ¿Por qué?

— Porque...; pero dígame primero ¿quién es?

Vargas le refirió la historia de Angelita, mientras el coronel compulsaba mentalmente datos y fechas, hechos y suposiciones.

— Debo equivocarme — murmuró. — Pero es idéntica.

— ¿Qué dice, coronel?

— Ya le diré.

Cuando el general y los oficiales se retiraron a dormir, la familia de Vargas escuchó de labios del coronel la siguiente historia :

V

Hacia próximamente veinte años, vino al Río de la Plata un rico caballero inglés. Su inten-



— ¿Es hija suya esa niña?

ción era seguir viaje a Mendoza y de ahí a Chile, adonde le llevaba una misión de su gobierno. Viajaba con su esposa, joven y bella, y una hijita de tres años, imagen de su madre.

En Buenos Aires la familia fué tratada con

toda clase de miramientos, recibiendo cuanto necesitaba para el largo viaje. Se le dió también una escolta que debía acompañarla. El jefe de dicha escolta era el coronel, entonces un joven con galones de capitán.

Partieron en dirección al oeste y durante días enteros nada vieron sino el desierto verde. Mas un día, la pampa se pobló de seres semidesnudos, jinetes en caballos veloces como el viento. Una horda innumerable de indios armados de chuzos, hondas y bolas cayó sobre el convoy. Aunque mejor armados que ellos, los cristianos sucumbieron a la inmensa superioridad del número. El caballero inglés cayó defendiendo a su esposa y a su hija. La señora, paralizada de horror al verle morir y que un salvaje se abalanzaba sobre ella sufrió un síncope, del cual no volvió a despertar.

En cuanto a la niña desapareció, y por más que buscaron después del desastre, no lograron encontrarla.

Los pocos sobrevivientes, sombríos y tristes, regresaron a Buenos Aires a dar cuenta de los hechos fatales.

La noticia se transmitió a Inglaterra y algún tiempo después llegaron cartas encargando se procediera a buscar y rescatar a cualquier precio a la niña robada, única heredera de una inmensa fortuna.

En Inglaterra no sabían lo que significaba buscar en una extensión de miles de leguas cuadradas a una criatura arrebatada por los indios. Las pocas investigaciones que se hicieron fueron

inútiles, y así se comunicó a los administradores de la fortuna. Desde entonces, de tiempo en tiempo los fieles albaceas dirigían al gobierno de Buenos Aires, por medio de los agentes ingleses, la pregunta de si había aparecido la niña. En este caso podría entrar directamente en el goce de sus derechos.

Bien, pues : Ángela Vargas era la imagen viviente de la joven y desgraciada dama inglesa. Tenía sus mismas facciones, sus mismos ojos, su cabello de oro y su sonrisa graciosa. Su edad era la que debía tener ahora la niña desaparecida, y en este caso...

El coronel calló y callaron los demás. Cada uno completó mentalmente la frase que no había terminado el oficial.

— Recuerdo — prosiguió éste — que para matar el tedio del viaje, el caballero inglés me refirió, entre otras cosas, que todos los miembros de su familia tenían una pequeña señal de cuatro puntos negros en forma de cruz, y que su hijita también la tenía en un brazo. Me la mostró por curiosidad. Si la niña quisiera permitirnos...

Ángela, con un movimiento rápido, descubrió su brazo, mientras por su mente cruzaba un deseo loco de que la marca hubiese desaparecido; pero la tenía.

Mudo y pálido, Feliciano la contempló como se mira la cruz sobre la tumba de un ser amado.

Ángela, sin pronunciar una palabra, sin mirar a nadie, abandonó la pieza. Tenía, por segunda vez, la sensación de que el suelo temblaba bajo sus pies.

VI

Durante todo el día siguiente, Ángela no se movió y ejecutó su trabajo acostumbrado, como un autómeta. No hablaba a nadie ni los demás le dirigían la palabra : esperaban tristes e inquietos su resolución. Feliciano se mantenía apartado ; no quería influir sobre ella, dejándola en completa libertad de resolver por sí sola. Trataba de disminuir su mortal angustia para que no sufrieran también los demás, sin conseguir engañar a nadie.

La tropa descansó todo ese día y al alba del siguiente se dispuso a marchar. El coronel había propuesto a Ángela venir a buscarla una vez terminada la campaña, y conducirla a Buenos Aires donde podría embarcarse para Inglaterra. Ella oyó la oferta sin responder nada.

El momento de partir había llegado. El coronel tendió la mano a Ángela.

— Dentro de dos meses estaré de vuelta, señorita. Esté preparada para venir conmigo. Así ocupará, por fin, el puesto que le corresponde en el mundo por su belleza, su fortuna y su nacimiento.

Ángela miró en derredor suyo. El sol acababa de salir y las nubes de oro y púrpura se desvanecían en lo alto. Las sierras parecían recortadas sobre el fondo azul. Entre las rocas de extrañas formas asomaban sus cabecitas mil flores pintadas, agitaban los helechos sus hojas de filigrana y serpenteaban hilos delgados de agua como vetas de

plata. Un viento fresco rozaba las hierbas salpicadas de rocío irisado, llevándose sus perfumes. Allí estaba el valle lleno de sol; el rancho viejo, querido, gris, con techo de cañas... y bajo el alero, con los ojos fijos en ella, sus padres adoptivos y su prometido. ¿Cambiaría todo aquello por unos trajes de seda que no sabría llevar, por alhajas que no luciría, por un país extraño y fantásticamente lejano que no conocía, donde nadie la amaba y cuya lengua ignoraba?

Como una serie de relámpagos estos pensamientos cruzaron por el espíritu de Ángela; vaciló pocos segundos, y desprendiéndose del coronel que aun retenía su mano, corrió a echarse en brazos de Feliciano.

XV

Promesa sagrada.

I

En una estancia situada entre los pueblos de Chascomús y Dolores, se hallaban, una noche de Octubre de 1839, diez o doce hombres, estancieros del Sur y algunos militares, sentados alrededor de una mesa cubierta de planos, mapas y otros diversos papeles. Hablaban en voz baja, como temerosos de que los oyeran de fuera.

— Ya que estamos todos reunidos — dijo el comandante don Manuel Rico, — infórmenos, señor Martínez Castro, de las noticias que ha recibido.

El señor Martínez Castro, dueño de casa, sacó del bolsillo una cantidad de papeles y hojeándolos separó una carta de la que dió lectura. Era del general don Juan Lavalle, y en ella manifestaba su constante disposición de desembarcar la Legión Libertadora en el puerto del Tuyú para auxiliar a los que en el Sur de Buenos Aires organizaban la revolución contra el tirano Juan Manuel de Rozas.

— Según esto — observó el comandante Rico — podremos esperar al general de aquí a un mes.

— Eso nos da tiempo — añadió un señor Ezeiza — para terminar nuestros preparativos. El pueblo de la campaña está dispuesto y podremos, en el momento dado, contar con tres mil hombres por lo menos, bien armados y montados. Falta reunirlos y organizarlos, y eso se está haciendo activamente.

— Tengo aquí una lista de los recursos disponibles — dijo el coronel Cramer, oficial que había estado a las órdenes de San Martín en el Ejército de los Andes.

— Oigamos — exclamó el comandante.

— Tenemos — continuó Cramer consultando la lista — toda la peonada de las estancias de Dolores, Chascomús y Monsalvo, que no baja de 1.500 hombres. El señor Castelli ha puesto a nuestra disposición su fortuna. El juez de paz de Dolores, que es de los nuestros, ofrece cien fusiles. El señor Burgos, de Monsalvo, ha donado 5.000 pesos. Y no debemos olvidar al joven Luis Aguirre...

Al pronunciar este nombre, pasó por los ojos graves del coronel una expresión cariñosa.

— Sí, — dijo el mayor Castelli, hijo del prócer de la independencia, — ese joven nos es indispensable : entre la gente de la campaña su influencia es inmensa.

— Ahora que el coronel ha leído la lista y yo la carta del general — observó Martínez Castro, — comuníquenos usted, señor comandante, lo que sepa del Azul.

— Traigo muy buenas noticias — contestó Rico.

— He hablado con varios oficiales del regimiento de caballería y me han prometido sublevar sus soldados. Eso nos asegura una fuerza considerable y al mismo tiempo nos libra de un gran peligro, pues de otra manera tendríamos en contra y muy cerca de nosotros un regimiento entero de soldados veteranos.

— En verdad — dijo el dueño de casa, — podemos felicitarnos. Ahora falta saber lo que sucede en Buenos Aires y si los trabajos de nuestro amigo Ramón Maza están adelantados. Luis Aguirre debe llegar en estos días y sabremos por él lo que se dice y lo que hacen por allá...

Se interrumpió porque afuera los perros comenzaron a ladrar furiosamente. Se sintió el galopar de caballos. Momentos después entraron en la habitación dos hombres, uno vestido de gaucho y el otro envuelto en una gran capa negra y con el sombrero calado hasta los ojos. Al desembozarse, los presentes vieron a un joven hermoso, intensamente pálido y al parecer en un estado de excitación terrible.

— ¡Aguirre! — exclamaron todos sobresaltados.

— ¿Qué trae, Luis? — preguntó el coronel.

El joven no pudo contestar al momento : le acometió un violento temblor nervioso. El gaucho que había venido con él, le sostuvo; le hicieron sentar, diéronle una copa de vino, y al cabo de algunos minutos, ya repuesto, contestó al coronel en pocas palabras, terribles, claras, concisas :

— ¿Qué noticias traigo? ¡Que se acabó todo!
Hubo un instante de silencio absoluto; el silencio

elocuente del espanto. Luego se entrecruzaron las exclamaciones, las preguntas, los lamentos.

— Lavalle nos abandona — explicó Luis. — En vez de venir al Sur ha desembarcado en Entre Ríos. Descubrieron la conspiración de Ramón Maza. Lo fusilaron, y su padre ha sido asesinado. Rozas ha dado orden a los jueces de paz de la campaña de tomar presos a los principales estancieros unitarios. Esto lo he sabido por el juez de paz de Chascomús, cuando pasé esta mañana. De suerte que todo está perdido.

— No, no puede ser — dijo Rico, el único que en medio de la consternación general mantenía su firmeza; — si Lavalle nos abandona a nuestra suerte, él sabrá por qué. Nosotros no conocemos sus móviles. Habrá tenido sus razones, y muy poderosas. No nos acobardemos. Si no podemos contar con él, y el pobre amigo Maza ha muerto, quedamos nosotros y queda la campaña de Buenos Aires para hacer la guerra justa al tirano. Conservemos el valor y la serenidad necesaria, para no cometer imprudencias ni injusticias.

— Habla bien el señor — repuso el hombre que había venido con Aguirre, un gaucho alto, robusto, de cabello y barba entrecanos, curtido por la intemperie, con ojos negros de águila, y, a pesar de sus sesenta años, derecho como un álamo y flexible como un junco. — Habla bien el señor, y es lo que yo le dije también a mi *patroncito*; pero él se dejó aplastar por la desgracia.

— No, Juan, — protestó el joven; — me he desalentado al ver estériles todos nuestros esfuerzos.

— Estériles no, mi joven amigo, — observó el comandante, poniendo su mano en el hombro de Aguirre, quien fatigado por su largo viaje y descorazonado por la adversidad, había dejado caer la cabeza sobre sus brazos cruzados en la mesa. — ¡Cómo! usted, el más animoso y alegre de todos, que siempre tenía una palabra de aliento cuando desmayábamos, ¿usted ha perdido la esperanza? No se diga eso de Luis Aguirre. No; seguiremos hasta el fin el camino trazado; y en el último caso, aunque no triunfemos, se dirá de nosotros que supimos cumplir con un deber sagrado. ¡Ánimo, amigos!

Y todos estrecharon la mano al valiente comandante.

II

Los conspiradores tuvieron poco tiempo para prepararse; debían obrar pronto si no querían exponerse a perderlo todo, puesto que Rosas estaba sobre aviso. En la precipitación, no pudieron organizar debidamente ningún plan.

En la mañana del 29 de Octubre de 1839, el comandante don Manuel Rico se presentó en la plaza del pueblo de Dolores con unos cien hombres, y proclamó el alzamiento de los pueblos del Sur contra Juan Manuel Rozas. Su gente ostentaba la escarapela celeste y blanca que el tirano había abolido para reemplazarla por la banda roja. Al lado del comandante, el joven Aguirre llevaba la

bandera que Belgrano hiciera flotar en Salta y Tucumán, que aclamaran los libres de Chile y del Perú, y cuyos colores habían sido, siempre y en todas partes, emblema de gloria. Inmenso fué el entusiasmo de la tropa al verla flamear en el asta de una lanza, brillando al sol, con sus pliegues al viento.

La revolución había estallado, al mismo tiempo que en Dolores, en Chascomús organizada por Cramer, y en Monsalvo dirigida por el mayor Castelli. De todas partes acudieron los habitantes de la campaña, para agruparse alrededor de la bandera. Contaban con aquel regimiento de caballería del Azul, que en un momento dado debía venir en ayuda de la revolución, y cuando los diferentes grupos estuvieron concentrados esperando a cada momento la noticia de la sublevación del regimiento, cundió de pronto el rumor de que esa misma tropa marchaba contra ellos. Los oficiales habían traicionado su palabra.

En la noche del 6 de Noviembre los revolucionarios tuvieron noticias de que Prudencio Rozas, el hermano de don Juan Manuel, se acercaba con sus tropas a Chascomús. La batalla era inminente. Los jefes se reunieron por última vez en un rancho que servía de alojamiento a Aguirre, quien tenía el mando de un escuadrón de caballería. Todo estaba dispuesto. El momento supremo se acercaba. Los amigos se separaron en silencio, con un apretón de manos, diciéndose con él cuanto tenían que decirse.

Tendido en un catre, Luis Aguirre trató de

conciliar el sueño. La noche era fresca. Desde lejos, muy quedo, llegaba el murmullo de las aguas de la laguna. Cantaban las ranas su estribillo monótono y de vez en cuando una lechuza pasaba veloz, lanzando su áspero grito.

El joven no podía dormir; estaba nervioso, triste, preocupado. La confianza y el ánimo juvenil con que alentó mil veces a sus compañeros cuando desfallecían en la tarea patriótica y penosa, le abandonaban por completo. Faltábale más que el valor, la esperanza.

— ¡Juan! — exclamó.

El viejo que fumaba afuera bajo el alero del rancho, acudió inmediatamente.

— ¿Qué quería, *niño*?

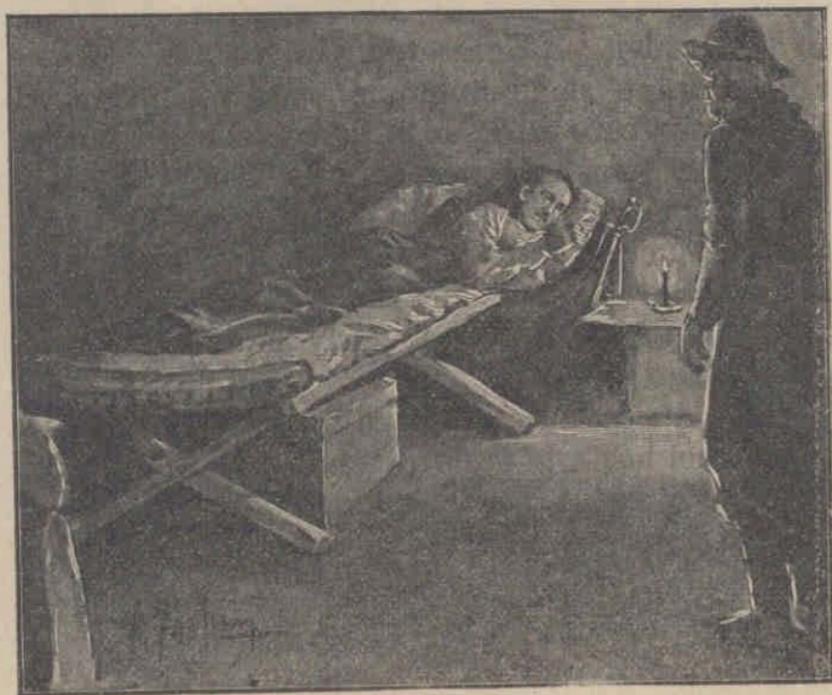
— Ven, siéntate aquí a mi lado y conversaremos. No puedo dormir; no sé lo que tengo; me parece que pronto voy a morir.

El gaucho lanzó una exclamación :

— ¿Y por qué, patrón?

— Es un presentimiento. Ya sabes que no soy de genio triste, ni acostumbro a cavilar; pero esta noche no sé lo que me pasa. Me parece vivir en este instante mi vida entera; y en todas partes te veo. Desde que quedé huérfano, muy niño, has sido mi amigo constante. Si valgo algo, a ti te lo debo. Has estado conmigo cuando era feliz y no me has abandonado en ningún peligro. Has sido más que un amigo, más que un hermano, un padre. Me has servido con los consejos y los hechos; me has corregido cuando obraba mal y consolado cuando estaba triste. Has administrado

mis estancias hasta hacerlas producir el triple de antes; y si nunca me ha faltado dinero para mis estudios, mis diversiones y luego para mis planes revolucionarios, a ti lo debo.



Ven, siéntate aquí a mi lado y conversaremos.

El viejo estaba enternecido; pero como buen campesino ocultó su emoción bajo una apariencia de mal humor, y preguntó en tono brusco:

— ¿Y para qué me cuenta todo eso?

— Yo mismo no lo sé, Juan. Quizá porque tengo presentimientos tristes, y antes de que puedan realizarse, quiero manifestarte mi gratitud.

— ¡Vale la pena! — gruñó el viejo, secretamente contento porque el *patroncito* no podía ver la expresión afligida de su cara.

— Mira... — continuó Luis sin hacer caso de la interrupción — si muero en la batalla, no dejes mi cuerpo en manos de los enemigos, para que no lo mutilen... ¿Harás todavía eso por mí?

Al paisano se le nubló la vista al imaginarse la hermosa cabeza de su *niño* cortada del cuerpo gallardo y enastada en una pica, como acostumbraban hacer los soldados de Rozas.

Sintió un nudo en la garganta y una sensación extraña de opresión en las sienes. Buscó en la obscuridad la mano del joven y la estrechó entre sus dedos de hierro.

— Sé que eres fiel hasta la muerte — dijo Luis.

— ¡Fiel hasta la muerte y más allá!... — repuso el viejo, y luego, irritado consigo mismo por su debilidad, salió precipitadamente.

III

Antes de rayar el alba sonaron los clarines y el grito de « ¡A las armas! » voló de extremo a extremo a través del campamento. Era el 7 de Noviembre de 1839.

Los revolucionarios, en número aproximado de tres mil, mandados por Cramer, Castelli, Rico y otros patriotas, resistieron valerosamente a las tropas federales. La batalla tuvo lugar en Chas-

comús, y a pesar del heroísmo desplegado por los unitarios, fueron éstos batidos. No hubo cuartel. Los oficiales prisioneros fueron degollados y sus cabezas cortadas para ser expuestas en picas en la



— No les dejes mi cuerpo...

plaza del pueblo. Así murieron Castelli y Cramer, y sus cuerpos, espantosamente mutilados, quedaron tendidos en el campo.

Luis se batió al lado de Juan, y aun desangrado por varias heridas, su espada hizo estragos. De pronto cayó del caballo mortalmente herido, el viejo amigo pudo justamente recibirle en brazos,

y oír sus últimas palabras : « No les dejes mi cuerpo... » Atravesólo delante de la montura y espoleando su caballo huyó a través de los campos. Una terrible gritería se levantó y veinte hombres se lanzaron en persecución. Juan llevábales una ventaja bastante grande; pero el caballo, con la doble carga del vivo y del muerto, a poco rato comenzó a cansarse, y fué fácil ver que no podría conservar su velocidad por mucho tiempo; sus flancos iban cubiertos de espuma y sangre.

De pronto algo brilló con reflejo argentino. Allá, ante el perseguido, se extendía la laguna de Chascomús, de aguas frescas y profundas; los rayos del sol convertían su centro en una placa de plata con marco de terciopelo azul celeste, alrededor del cual las orillas trazaban su línea verde. Exigiendo un último y supremo esfuerzo a su caballo alazán, voló hacia la laguna para alcanzar un vado que conocía a algunas cuadras de distancia. Tendría que nadar; pero « fiel hasta la muerte y más allá », entró resueltamente en el agua para salvar el cuerpo de su *niño*.

— Entregue el cadáver y le damos cuartel — le gritó un soldado.

El gaucho contestó con una imprecación y sacando la pistola del cinto le hirió de muerte.

El suelo de la laguna bajaba gradualmente hasta que el caballo perdió pie y tuvo que nadar. Extenuado como estaba, avanzó muy lentamente. En la orilla los federales aprontaron fusiles y pistolas...

Para aliviar el caballo, Juan quiso deslizarse al agua sujetándole el cadáver en el lomo; pero

la operación difícil dió tiempo a los perseguidores a acercarse.

Cuando poco le faltaba para alcanzar el vado, se oyeron varios tiros; el caballo dió un brinco, luchó un instante y se hundió; y al mismo tiempo el gaucho, asiendo convulsivamente el cadáver de Luis, desapareció arrastrado por el remolino.

Los federales prorrumpieron en gritos y trataron de apoderarse de los cuerpos; pero la laguna, más misericordiosa que los hombres, dió sepultura, en el silencio de sus aguas, al joven patriota y a su fiel amigo.

XVI

La tentación del crimen.

I

En la estancia reinaba una animación extraordinaria. Los peones que arrearon las tropas de animales para la hierra, se entretenían luciendo sus habilidades en el manejo del lazo y el arte de montar. En la mañana espléndida, cada hoja, cada brizna de hierba tenía un ribete luminoso. La laguna fruncía ligeramente sus aguas azules al soplo del viento fresco, formando graciosas olitas en las que rielaba la luz.

De pronto cesaron los juegos y la algarabía. Montado en un hermoso caballo negro, que tascaba impaciente el freno, llegó el patrón, hombre de hermosa presencia y facciones reveladoras de férrea voluntad. Descendiente de una antigua familia colonial, llamábase Juan Manuel de Rozas. Las inmensas estancias de su propiedad, eran modelos en su género, debido al orden y a la disciplina que en ellas reinaba. Con talento organizador las había convertido en una especie de estado feudal, donde él era señor de horca y cuchillo. Los peones y empleados estaban vinculados al patrón por el temor y la gratitud : muchos

de ellos, perseguidos por la justicia a causa de alguna « desgracia », es decir, un homicidio u otra causa delictuosa, habían hallado allí refugio y estaban en salvo, sujetos a la disciplina rígida del establecimiento. El que se rebelaba era expulsado; y como esto equivalía a quedar librado a sus propios recursos, ninguno siquiera lo intentaba.

El patrón impartió sus órdenes, breves y claras. Se le obedeció en silencio. Parecía un general en medio de su ejército; o mejor, un príncipe en medio de sus vasallos.

Mientras estaba ocupado, se acercaron dos jinetes, uno de ellos capataz de la estancia, el otro, desconocido. Ambos se detuvieron frente a Rozas y saludaron.

— ¿Qué hay? — preguntó.

— Este mozo, señor, — contestó el capataz — viene huyendo y pide asilo.

Rosas clavó sus ojos penetrantes en el desconocido, joven de figura gallarda y mirada brillante e inquieta, en la cual notábase en ese momento bastante ansiedad.

— ¿Por qué te persiguen? — indagó Rozas.

— Por una « desgracia », señor, — respondió el joven, manteniendo el sombrero en la mano, en actitud sumisa. — Vine aquí porque dicen que usted acoge a los que tienen que huir y no los entrega.

— A condición de que trabajen y obedezcan. Los que se asilan en mis tierras tienen que hacer de cuenta que son soldados; de otro modo, se les retira la protección.

— Yo estoy pronto a someterme a todas las reglas de la estancia — repuso el joven. — Sé trabajar y también servir como es debido a un buen patrón.

— ¿Cómo te llamas?

— Martín Lista.

— Está bien — dijo Rozas, y dirigiéndose al capataz, agregó: — Hágase cargo de este mozo.

Les volvió la espalda y continuó dando sus órdenes.

II

Martín Lista pasó a formar parte del personal de la estancia, donde pronto se halló a sus anchas. Nadie le incomodaba ni le hacía preguntas acerca de su vida pasada. Muchos de los compañeros se hallaban en su mismo caso, y los demás no se preocupaban de averiguar antecedentes.

Lista, por su seriedad y contracción al trabajo, poco a poco fué ganando la confianza del patrón, siempre bien informado de lo que valía cada uno de sus empleados.

De simple peón llegó a ser puestero. Vivía tranquilo en su rancho, muy apartado del edificio principal, entregado a sus trabajos.

Rozas, entretanto, comenzaba a salir de su obscuridad. Hasta entonces había sido comandante de milicias; pero al mezclarse en la política activa, uniéndose al partido federal que en oposición al unitario proclamaba la autonomía de las provincias.

III

Una tarde, Martín Lista fumaba delante de su rancho. Un muchacho compañero de vivienda preparaba el asado. Las llamas oscilaban apenas y el humo subía recto en el aire sereno. La luz se iba haciendo opaca, el horizonte menos vasto. Una franja de colores esfumados cubría el poniente. Subiendo hacia el cenit, flotaban vapores que semejabán gases transparentes : gris obscuro, gris claro, gris perla, heliotropo, lila apenas perceptible, hasta perderse la gama de tintas en una faja de azul luminoso, y ésta, a su vez, en el profundo y sombrío de la cúpula inmensa. Comenzaban su canto estridente y monótono las chicharras y las ranas.

En una ondulación del terreno apareció un jinete; su silueta se destacó con nitidez maravillosa en el fondo claro. Llegó lentamente, y detuvo su caballo frente al rancho. Saludó y pidió hospitalidad para la noche.

Poco después, Lista, el forastero y el muchacho, sentados alrededor del fuego, comían el sabroso asado. El viajero dijo llamarse Matos, y refirió que iba a una estancia cercana. Habló mucho de los trabajos del campo, de ganados, de caballos, de cosechas; luego de política, de Rosas y de sus establecimientos. Lista gozó con la conversación de Matos, pues rara vez tenía ocasión de hablar con personas de fuera.

— Usted está en excelente situación — le aseguró éste. — Más de uno podría envidiarlo. Sin embargo, ¿no le parece a usted que lo están explotando?

Lista le miró sin comprender.

— ¿Cómo explotando? — preguntó.

— Sí, pues. ¿No ve que trabaja para su patrón y que se cansa para él?

— Bueno, sí; pero también para mí, desde que parte de la ganancia es mía.

— ¿Y cuál es su parte? Nada, en comparación con lo que hace.

— Pero el patrón da los animales.

— Y usted da su esfuerzo. Su patrón cobra el dinero sin cansarse, mientras que usted se mata trabajando y sólo recibe una fracción de lo que le corresponde.

— Pero el patrón también trabaja.

— ¡Oh sí! pero cuando quiere, y al fin y al cabo, si lo hace, es en provecho propio; en cambio usted lo hace por el ajeno. Dígame, compañero, si no trabajaría con más gusto siendo patrón en vez de puestero.

A esto Lista no supo qué responder. Jamás se le había ocurrido pensar en semejante cosa. Matos, que le observaba atentamente, se echó a reír.

— Vaya, dejemos eso — dijo. — No son más que ideas mías y todo está muy bien tal como está. Ahora, con su permiso, voy a dormir, porque mañana tengo que ponerme en camino antes del alba.

Dicho esto se envolvió en su poncho y se tendió

al lado del muchacho, que dormía profundamente y no había oído una palabra de la conversación precedente. Lista también se acostó; pero al principio no pudo conciliar el sueño. Le preocu-



En una ondulación del terreno apareció un jinete...

paban las observaciones de su huésped. Mirándolo bien, éste no dejaba de tener alguna razón. Se revolvía incómodo en su cama. ¿Para qué habría venido este diablo de forastero a hablarle de cosas que jamás se le habían ocurrido?

Malhumorado, se dió vuelta y al fin se durmió.

IV

A la mañana siguiente, Matos se despidió. En cuanto a Lista, un buen sueño le había hecho olvidar por completo su principio de descontento con la suerte.

Pasaron algunas semanas y volvió a presentarse Matos. Le enviaban a otra estancia a revisar una tropa de novillos que su patrón pensaba adquirir. Como la vez pasada, pidió hospitalidad, y por la noche, mientras tomaban mate, abordó el tema del trabajo y la ganancia.

Al principio Lista hizo un gesto de fastidio; luego escuchó con atención. Su huésped hablaba de una manera tan convincente que fácil era darle la razón. Cuando se marchó empezó a cavilar sobre su suerte y a no creerla tan digna de envidia como hasta entonces le pareciera.

A la vuelta Matos paró otra vez en el rancho.

— ¿Todavía de puestero? — preguntó.

— ¿Y qué le hemos de hacer?

— Nada, sino aguantar; aunque los hombres guapos, cuando realmente quieren algo, lo consiguen.

— ¿Qué quiere decirme?

— Se me había ocurrido que quizá...

— ¿Quizá qué? — preguntó Lista, entrando en curiosidad.

— Nada, aunque en realidad pienso que un

hombre como usted vale demasiado para ser simple puestero y merecería ser propietario.

Lista le instó a que hablara.

— No — repuso el otro. — ¿Para qué hablar de asunto nuevo a un hombre contento con su suerte y sin deseos de otra cosa?

— Pero ¿qué hay? — insistió Lista, cada vez más interesado.

Matos vaciló un momento y luego pareció resolverse.

— Yo conozco una estanzuela linda, que sería regalada a un hombre resuelto. Al enterarme de ello, me acordé de usted, y lamentaría que no fuera a parar a sus manos la propiedad.

— ¿Y por qué no podría venir a parar a mis manos?

— Porque... porque... en fin, sería necesario llenar una condición.

— ¿Y yo no podría llenarla?

— Poder, sí podría; pero...

— ¿Pero qué, pues?

— Compañero; es mejor que no le diga nada.

A todas las instancias de Lista para que hablara, sólo contestó :

— Amigo, no insista. Siento haberle dicho algo.

El puestero permaneció intrigado y descontento, pensando en la finca y en la condición que debería llenar para adquirirla. ¿Acaso no le creían bastante valiente y trabajador?

Matos se fué, suplicándole que no pensara en lo que él le había dicho.

V

No tardó Matos en volver con un pretexto cualquiera. Durante todo el tiempo transcurrido desde su última visita, Lista no había hecho más que pensar en las palabras misteriosas de su huésped. Cuando le vio llegar otra vez, resolvióse firmemente a no dejarle partir sin arrancarle el secreto, si secreto era. Matos procedió como antes; aparentó vacilar y al fin, viendo que había llegado el tiempo de lograr su objeto, se confió a Lista. Díjole que había estallado otra vez la guerra civil, desgraciadamente para el progreso y bienestar del país : que algunos hombres amantes de su patria habían deliberado acerca del mejor medio para conseguir la paz, conviniendo en hacer desaparecer a los caudillos arbitrarios : que como una dolorosa necesidad se había resuelto eliminar a Rozas, acción que sería considerada un verdadero servicio a la patria. Para que no faltara la recompensa material, se había destinado al que realizara la obra, un campo con útiles de labranza y animales.

Lista escuchó atónito el discurso. Al principio la idea le indignó. Ciertamente que había matado una vez a un hombre; pero en lucha igual y no alevosamente. No era, pues, un malvado. Rozas podría ser federal o unitario, podría hacer daño o bien a su patria, podría o no ser un peligro lo mismo que los otros caudillos; pero Lista sólo le debía beneficios. Rozas le había acogido en

su estancia, poniéndole al abrigo de toda persecución, y proporcionándole los medios de vivir honradamente y sin privaciones. ¿Iría él a asesinarlo en pago?

El primer impulso de Lista fué arrojarle sobre Matos; mas éste había sacado como al descuido su cuchillo y con aire indiferente pasaba el dedo por el filo. El otro, que carecía de armas, por estar prohibido su uso en las estancias de Rosas, se contuvo. Por otra parte ese detalle le reveló el temple del hombre. No había de vencerlo a las primeras de cambio.

— Naturalmente — prosiguió Matos, — el negocio es sólo para un hombre valiente y dispuesto a jugar el todo por el todo.

Viendo que Lista callaba, siguió hablando.

— He visto la estanzuela destinada al que sea capaz, por su valor, de habérselas con Rozas; es magnífica. Un hombre trabajador e inteligente, podría labrar una fortuna. Vea, amigo...

Y así, gradualmente, fué incitando su codicia ya despierta, y al estimular su carácter impulsivo, hizole ver meritoria la acción y creer que la instigación procedía de Paz y Lavalle, generales que ninguna intervención tenían en semejante proyecto.

El resultado fué que después de largas vacilaciones y luchas contra sus instintos más nobles, Lista, más que convencido, subyugado, se prestó al asesinato, engañándose con la idea de hacer un servicio a la patria.

VI

Rozas, al frente de las tropas de Buenos Aires, había establecido su campamento a la espera de los sucesos.

Se hallaba escribiendo en su oficina, cuando entró un ayudante.

— Ahí está un hombre que dice tener asuntos con el señor general.

— ¿Dió su nombre?

— Dice llamarse Ramón Pasos.

Rozas examinó sus pistolas y luego repuso :

— Está bien, que entre.

En seguida se presentó un hombre vestido de paisano, de barba negra y espesa, bajo la cual sus facciones desaparecían casi por completo. Sombreados por las cejas tupidas, brillábanle los ojos negros e inquietos. En ellos clavó Rozas la mirada.

— ¿Usted es el hombre de confianza de quien me han hablado?

— Sí, señor, para servirlo.

— Me han dicho que usted es inteligente y fiel y que tiene el deseo de serme útil.

— Sí, señor.

— Necesito alguien de quien poder fiarme — continuó Rozas; y bajando la voz como para que no le oyesen afuera, y clavando con más intensidad su mirada en los ojos del otro, agregó :

— ...porque he recibido noticia segura de que los unitarios piensan asesinarme.

A Ramón Pasos se le cayó de la mano el rebenque. Se inclinó para recogerlo, en lo que tardó algunos instantes.



... se levantó y exclamó con voz vibrante : — ¡Martín Lista!

— ¡Oh! — exclamó luego — no creo, señor...

— ¿No? Pues yo sé que es como lo digo. Por eso necesito un amigo que vele por mí, un hombre siempre alerta, para que yo pueda dedicarme al despacho de los asuntos de gobierno, sin tener que preocuparme de mi seguridad. Usted es el hombre que me conviene.

— Puede confiar en mí — repuso Ramón Pasos, ya completamente tranquilo.

— Entonces — dijo Rozas — usted entra a mi servicio.

Inclinó Pasos la cabeza en señal de asentimiento, a la vez para saludar, y se retiró. Rozas le siguió con la vista hasta que hubo llegado a la puerta. De pronto se levantó y exclamó con voz vibrante :

— ¡Martín Lista!

El hombre se estremeció violentamente y se dió vuelta, fijando en Rozas unos ojos en que se mezclaban el espanto y la sorpresa.

— ¿Conque te habían elegido como asesino?

Lista no acertó a responder.

— ¿Te acuerdas — continuó — de aquella mañana, durante la hierra, hace cuatro o cinco años, cuando llegaste con el capataz a pedirme asilo porque habías tenido una « desgracia »? ¿En premio de haberte protegido me querías ahora asesinar?

Lista se pasó la mano por la frente cubierta de sudor. Era inútil negar ya. Su codicia le había arrastrado al abismo. Estaba perdido.

— En toda mi vida — exclamó Rozas con los ojos chispeantes — he visto un miserable como tú. Merecerías que te fusilara; pero no vales siquiera una bala. Anda y dile a tus amigos unitarios que si quieren matarme manden hombres valientes y no víboras que hieran a escondidas. ¡Fuera de aquí, asesino!

Un instante después, Lista se hallaba afuera,

mareado como si todo girara a su alrededor, atur-
dido por la rapidez con que se habían sucedido
los hechos, abrumado para siempre bajo el peso
de la vergüenza y de la infamia.

XVII

La huerfanita.

I

La gente salía de oír misa en la catedral de Buenos Aires. En el atrio, numerosos pordioseros, ciegos, paralíticos o mutilados, exhibían su miseria real o fingida, tratando de excitar la compasión del público.

Una niña de diez años apenas se escurrió por ese extraño grupo y tendió tímidamente la mano a un señor; pero en el momento, fué echada a un lado por un violento empujón. Una vieja harapienta, al ver a la intrusa entre los mendigos que tenían allí su puesto fijo, había olvidado su pretendida parálisis para empujar rudamente a la chica, la que se retiró ocultándose detrás de uno de los pilares.

Nadie se fijó en la pequeñuela pálida, de labios amoratados, grandes ojos de mirar tímido y suplicante, que imploraba la caridad. Cuando el atrio quedó desocupado, la chica dirigió a su alrededor una mirada de desconsuelo y echó a andar lentamente sin rumbo fijo. Hacía frío y la atormentaba el hambre. ¿A dónde ir? ¿Dónde hallar qué comer, dónde calentarse? ¿No habría nadie que se compadeciera de una pobre huerfanita?

II

Anita, así se llamaba esa pobrecilla, había perdido a su padre siendo aún muy pequeña. Mientras vivió su madre, jamás le faltó nada, aunque ésta fué una lavandera que con rudo trabajo ganó su pan. Muerta ella también, Anita quedó sola en el mundo, completamente sola.

Como no tenía dinero para seguir pagando el alquiler del cuartito, el dueño de casa, hombre sin corazón, la echó a la calle. Una vecina caritativa, que asistió a la madre de Anita en sus últimos momentos, la tuvo consigo un día o dos; pero lo que ganaba apenas le alcanzaba para sus propios hijos y a pesar de su buena voluntad no pudo hacerse cargo de la chica. Le dió un pedazo de pan y una naranja, aconsejándole que fuese a pedir limosna.

Anita pasó el día en la calle, sin poder resolverse a seguir el consejo. Por la noche se acurrucó en un atrio, temblando de frío y de miedo, hasta que el sueño la venció. Al otro día, domingo, aterida y acosada por el hambre, se atrevió a mendigar con el triste resultado que ya vimos.

Todos tenían dinero para divertirse, para pasar un día alegre; pero a nadie le sobraba un real para darlo a la pobrecilla. Ésta no se animaba a insistir, y en cuanto a llamar a las puertas, ni se le ocurrió una idea tan audaz. Continuó vagando

hasta que, vencida por la debilidad, se dejó caer en un umbral, trató de cubrirse los pies con su vestidito corto, y cruzó los brazos para almacenar el poco calor que conservaba aún su cuerpo.

El breve día de invierno, helado y claro, tocaba a su fin. Al oeste el cielo ardía en llamaredas áureas. Poco a poco, ese resplandor amarillo se tornó escarlata, luego carmesí, luego púrpura sombrío, y éste color de sangre, cruzado por una sola nube negra, larga y horizontal como una barra, duró hasta que el crepúsculo se esfumó en la noche. Las calles iban quedando en silencio; las tiendas cerradas contribuían a disminuir el escaso movimiento que en aquella época — 1865 — solía ofrecer de noche la ciudad de Buenos Aires.

Anita ni siquiera tenía, como la niña del cuento de Andersen, una caja de cerillas para encender y contemplar a su luz maravillas esplendorosas: no vió salas resplandecientes, ni árboles de Navidad, ni ángeles que le sonrieran y la llamaran. Sólo distinguió la calle obscura, desierta y fría; sólo sintió las rachas del viento pampero y las punzadas del hambre. De pronto la acometió una abrumadora sensación de abandono y de miseria, y un deseo tan desenfrenado de estar con su madre que, loca de desesperación, rompió a llorar en gemidos débiles, apagados, y por lo mismo, más conmovedores que si hubiesen sido lamentos o gritos.

III

Pasos pesados se acercaron y se detuvieron junto a Anita. Una voz de hombre le habló :

— ¿Que estás haciendo ahí, chica?



— ¿Qué estás haciendo ahí, chica ?

La pequeña alzó los ojos y reconoció a un agente de policía. Como para todos los niños, un vigilante era para ella un ser terrible, dotado de poderes misteriosos. Al verse, pues, presa de uno de ellos, dió un grito y trató de escapar.

— ¿Por qué no vas a tu casa? — preguntó el vigilante; y como no contestara, añadió: — ¿Dónde vives?

No obtuvo respuesta. Tomóla entonces del brazo y echó a andar con ella.

— Vamos a la comisaría — dijo.

Al oír la palabra «comisaría» que en su cabecita se asociaba a mil ideas fantásticas y espantosas, prorrumpió en gritos agudos y resistió con todo el resto de sus débiles fuerzas.

En el instante, un jinete se detuvo junto a la pareja. El agente reconoció a un superior y saludó.

— ¿A quién lleva usted ahí? — preguntó éste.

— A una chica que estaba sentada en un umbral, señor comisario. Parece que no sabe dónde vive.

El comisario saltó del caballo.

— Vamos a ver, chica. — Tomó a Anita de la mano y poniéndole el índice bajo la barbilla, alzóle la carita inundada de lágrimas. — Dinos dónde vives para poder llevarte a casa.

Anita abrió mucho los ojos y miró al caballero que se inclinaba hacia ella y le hablaba con tanta dulzura.

— ¿Será que no tienes casa? — continuó aquél.

— ¿No tienes padres?

Al oír estas palabras bondadosas, la pequeña volvió a acordarse de su miseria y del gran contraste que formaba su vida presente con la que había llevado hasta hacía poco, y echó a llorar otra vez amargamente.

El comisario, en su larga práctica como empleado de policía, había adquirido un golpe de vista casi infalible y animábase una profunda piedad por los desgraciados que a diario cruzaban su camino. En el semblante pálido y los ojos llorosos de la chiquilla, leyó toda una historia de padecimientos. El mismo había sufrido mucho; la muerte, al arrebatarse una esposa querida y dos niños, dejóle su hogar solitario y triste. ¿Si llevara consigo a esta criatura abandonada?

— ¡Pobrecita! — dijo. — ¿Quieres venir conmigo?

Anita le miró y con el instinto infalible del niño conoció que ese hombre era un amigo. No opuso resistencia cuando el comisario la alzó sobre su caballo y la envolvió en su capote.

Creía soñar. Sí: debía ser un sueño todo cuanto le estaba sucediendo. Se sentía tan confortada al abrigo del manto caliente, sostenida por un brazo fuerte y mecida por el galope del caballo. Ahora le darían comida y ropa y no la llevarían a la comisaría.

IV

Anita llegó dormida en brazos de su protector, y despertó en una pieza bien iluminada y caliente. El comisario llamó en voz alta:

— ¡Doña Paula!

Entró una mujer gruesa, de aire gruñón y re-suelto. Al reparar en Anita, se detuvo asombrada:

— ¿Y ésa? — preguntó.

— Es una pequeñuela recogida en la calle — repuso el comisario. — Un vigilante iba a llevarla a la comisaría; a mí me dió lástima y resolví traerla. Hágame el servicio de darle algo de comer.

— ¡Dios nos ampare! — exclamó el ama de llaves. — ¿Quiere decirme para qué necesita usted esta criatura vagabunda?

— Es huérfana. Está sola en el mundo. No tiene quién mire por ella.

— ¿Y usted lo cree? ¡Qué cándido es! Estos chicos están enseñados a fingir miseria e inspirar compasión, para que los lleven a las casas. Después roban cuanto pueden. Lo que usted debe hacer es dejarla donde la encontró.

El comisario puso la mano en la cabeza de Anita.

— Vea, doña Paula, — dijo tranquilamente, — he traído a esta niña porque he sentido compasión, y porque así me ha parecido bien. Yo sé que usted no es tan mala como quisiera aparentar y que, al contrario, tiene muy buen corazón. Me hará usted el favor de dar de comer a la chiquilla y prepararle una cama ¿no?

— ¡Oh, bueno, bueno! — rezongó doña Paula, que realmente no era mala y además parecía hallar muy persuasivo el « ¿no? » pronunciado en tono particular con que el amo había terminado su frase. Salió, y al cabo de un rato Anita pudo por fin saciar su hambre. El comisario y el ama observáronla mientras comía.

— ¿Desde cuándo no has comido? — preguntó aquél.

— Desde ayer por la tarde.

Esta vez doña Paula no dijo : « No lo crea », pues ya estaba convencida de que la chica decía la verdad.

Después de haber comido, Anita sintió sueño, el sueño de la infancia, irresistible, pesado. Puso los brazos en la mesa, la cabecita encima y se quedó dormida.

El comisario mismo la llevó a la cama; doña Paula la acostó y ambos se detuvieron algunos instantes al lado del lecho para contemplarla. Anita, al sentir en sueño el contacto de las sábanas suaves y de las frazadas calientes, se arrolló deliciosamente en la cama como un ovillito : sólo se veían los rulos negros y desgredados esparcidos en la almohada blanca.

El comisario salió de la pieza sin hacer ruido y partió de nuevo en cumplimiento de su deber.

V

Al otro día interrogó a Anita, tomó informes en la casa donde había vivido y comprobó que cuanto había dicho era verdad.

Anita temblaba ante la idea de que pudieran volver a echarla a la calle, mas no fué cuestión de hacerlo. Cobróle gran cariño el comisario señor Ruiz, y ella a su vez le miró como a un padre.

Al cabo de poco tiempo hubiera sido imposible reconocer a la pequeña vagabunda, transformada en una niña linda y bien vestida, cuyos rizos

negros y sedosos caían alrededor de una cara redonda de mejillas rosadas y ojos llenos de brillo y alegría. Iba a la escuela, y al regresar, terminados sus deberes, ayudaba a doña Paula en los quehaceres domésticos, llenando la casa con sus charlas y risas. Cuando el comisario llegaba cansado de sus tareas, veía en lugar de la cara malhumorada del ama, una chicuela alegre que salía a su encuentro, se colgaba de su cuello y le cubría de besos llamándole papá; le quitaba el sombrero, le arrimaba el sillón favorito y se encaramaba en sus rodillas para referirle las importantes novedades ocurridas en casa y en la escuela. Había flores en la mesa, bonitas labores por todos lados y esos mil detalles que revelan la presencia de una niña hacendosa. La misma doña Paula, de genio agrio y acostumbrada a hallarlo todo mal, venció poco a poco su aversión hacia la pequeña, servicial, obediente y buena, y le cobró afecto.

VI

Hace unos treinta años, la ciudad de Buenos Aires no era la gran metrópoli de hoy. Un escritor argentino la llamó « gran aldea », y no sin razón. Carecía de obras de salubridad y aguas corrientes. Se bebía agua de pozo o de aljibe, y las casas donde no existía ni uno ni otro eran surtidas por los aguadores que recorrían las calles con sus carros anunciándose a son de campana. Esta agua ba-

rrosa del río, no era filtrada. En el pavimento, muy defectuoso, cuando llovía se formaban pantanos que viciaban el aire con sus emanaciones pestíferas.

Nadie se preocupaba de todo eso. Las ciencias no estaban tan adelantadas como en el día y a ninguno se le ocurría que era malsano beber agua impura y tener pantanos en las calles. Los hospitales, escasos en número, se hallaban sin recursos; la higiene pública estaba descuidada y nadie pensaba en el peligro de una epidemia. Buenos Aires descansaba apenas de la larga serie de revoluciones y guerras civiles que durante tantos años la convulsionaron, y no había tenido tiempo aun para preocuparse de su aseo y administración interna.

Un día de otoño de 1871, cundió por la ciudad un rumor terrible: había una peste en Buenos Aires. Nadie sabía a punto fijo lo que tenía de cierto esa noticia ni de qué mal se trataba.

Pronto esos rumores tomaron consistencia y lo incierto y dudoso se convirtió en realidad.

— ¡Fiebre amarilla! ¡Fiebre amarilla! — se repetía por todos lados. — Es una enfermedad terrible; nadie se salva. El que la contrae está perdido sin remedio.

La fiebre se propagó por Buenos Aires, invadió palacios y ranchos, quintas y conventos. Los que pudieron, huyeron al campo; los demás esperaron atemorizados que les tocara el flagelo. Murieron familias enteras. El espanto fué tan grande que a menudo todos abandonaban la casa donde

había un enfermo, dejándole morir solo, en medio de atroces sufrimientos. Los hospitales estaban repletos; los médicos se desvivían en el cumplimiento de su deber.

Durante las primeras semanas nadie sintió su salud alterada en casa del señor Ruiz; pero una tarde éste llegó pálido, sacudido por escalofríos y con una extraña sensación de debilidad en todos sus miembros. Había contraído la fiebre.

Cuando lo supo doña Paula, perdió la cabeza de tal manera que olvidó todos los beneficios que debía a su amo, y no quiso permanecer en la casa ni un minuto más.

— Ven conmigo — aconsejó a Anita. — De todos modos, de nada puedes servir al patrón, porque de la fiebre nadie sana.

— No es cierto — objetó Anita, tratando en vano de hacerla quedar.

— ¡Cómo no! Eres una loca en no venirte conmigo. El peón también se va. ¿Acaso quieres quedarte aquí para morir de fiebre?

— No me voy — declaró Anita con firmeza. — Yo me quedo con papá.

— Bueno, bueno, como quieras, hijita. Ojalá no tengas que pagar caro tu capricho. Que se mejore el patrón.

— Trate, por favor, de enviarme un médico.

— ¿Médico? ¿Y dónde encontraré uno? Pero, vaya, haré lo posible.

Diciendo esto, doña Paula, enceguecida por el egoísmo de la vida y el terror a la muerte, recogió su atado de ropa y se marchó de prisa.

Anita, que ya no era una chiquilla sino una linda jovencita, volvió al lado del enfermo, le dió de beber, pues se quejaba de sed insufrible, y le aplicó todos los remedios recomendados contra el mal. La noche vino a aumentar su aflicción; la enfermedad se agravaba por momentos y el médico no llegaba; sin embargo, era necesario que viniera con urgencia. En la vecindad vivía el doctor Pérez, uno de los que con más abnegación atendía a los atacados de fiebre. ¿Iría a llamarlo? Anita no reflexionó en la poca probabilidad que tenía de hallarlo en casa, pensó sólo en que su bienhechor moriría si no era socorrido, y dejando a su lado todo cuanto pudiera necesitar, salió a la calle.

— El doctor acaba de llegar rendido — díjole el criado que la atendió. — Quiere descansar un poco.

— ¡Oh! Pero tiene que venir, mi papá se está muriendo!

— No me atrevo a llamarlo. Ha venido casi desmayado de fatiga.

— ¡Llámelo, por piedad! No es lejos, es aquí a la vuelta. No tardará mucho. Vaya, por favor, mi papá se muere.

— Pero le digo que tengo orden de no llamarlo — objetó conmovido ante la súplica de Anita.

— Se lo va a perdonar... ¡es tan bueno el doctor! — insistió la niña. — Vaya, vaya — y le empujó suavemente para que fuera.

El criado se dejó ablandar y se atrevió a despertar a su amo. Éste, extenuado como estaba, no vaciló un instante a la voz del deber; se levantó

y acompañó a Anita, quien con la sola presencia del médico creía ya salvado al señor Ruiz.

Hallaron a éste en un estado de postración tal, que parecía muerto. El doctor Pérez le prodigó sus cuidados y dió las indicaciones necesarias a Anita. Conocía a ésta por haberla atendido varias veces y sabía su historia.

— ¿Usted va a cuidar al enfermo, Anita?

— Sí, señor.

— ¿Tiene quien la ayude?

— No; estoy sola en la casa. Los demás se han ido.

— Y usted : ¿no tiene miedo a la fiebre?

— No he pensado todavía en eso.

— Usted es una niña valiente. No se va a enfermar.

Prometió volver a la madrugada y se retiró.

Pasaron tres días terribles para Anita, sola con el enfermo que, ya se revolcaba entre dolores espantosos, ya deliraba o yacía como exánime : con el fantasma de la muerte acechando a la cabecera de la cama, en medio de un silencio que sólo interrumpía el rodar de los carros fúnebres por la calzada. El médico iba todos los días, interesado por el enfermo y por la niña que aceptaba con tanta valentía el reto de la muerte y daba, en la ocasión, la prueba más elevada de su gratitud. No contrajo el mal, sea porque éste no pudiera hacer presa en su naturaleza joven y vigorosa, sea porque tuviera la firme convicción, hábilmente fortalecida por el médico, de que no se enfermaría.

Llegó una noche terrible. Cien veces Anita creyó

que todo había concluido, y otras tantas reaccionó el enfermo. El doctor Pérez le había dicho que se acercaba la crisis final y que si se salvaba el comisario, sería debido sólo a los cuidados que



[Cien veces Anita creyó que todo había concluido...]

ella le prodigaba. Pero no parecía que fuera a sanar, pues a medida que avanzaba la noche, los accesos se repetían y se agravaban. De pronto, después de un ataque violentísimo, el enfermo cayó en las almohadas con los ojos cerrados y sin movimiento.

Anita se arrojó sobre él con un grito de deses-

peración y rompió a llorar desconsoladamente, llamando a su padre adoptivo e implorándole que no la dejara sola.

Mas ¿qué sucedía? El comisario empezaba a moverse, respiraba. Abrió los ojos y su mirada clara y consciente se fijó en Anita. La reconoció por primera vez desde que se había enfermado, y una sonrisa vagó por sus labios. Luego, se durmió con el sueño profundo de la convalecencia.

En ese momento entró el médico, y después de tomar el pulso al enfermo, declaró :

— Se ha salvado.

Entonces Anita cayó de rodillas al lado de la cama y elevó sus plegarias al cielo.

XVIII

El maestro de escuela.

I

Durante la presidencia de Sarmiento, la instrucción pública recibió un gran impulso. Fundáronse numerosas escuelas y colegios de enseñanza primaria y secundaria bajo la dirección de maestros y maestras contratados en Norte América y en Europa. Esta organización escolar constituye el timbre de gloria de dicho presidente.

Muchos de los que obtenían título de maestro en las escuelas superiores, abandonaban la vida agradable y cómoda de las ciudades, para salir al campo y combatir la ignorancia en medio de poblaciones indiferentes y a menudo hostiles.

Entre otras escuelas rurales se fundó una en un pueblecito del Sur de la provincia de Buenos Aires, bajo la dirección del joven porteño Eduardo García, quien partió a su destino lleno de ánimo y buena voluntad. Estaba orgulloso de su misión. Imaginaba poder conquistar fácilmente la simpatía de los campesinos; ver a los niños acudir gustosos a la escuela, la que no tardaría en ser un modelo en su género. Concebía su camino lleno de flores e iluminado por el sol. Hermoso era para él, ins-

truir y educar a la juventud, inculcar en las almas nuevos sentimientos grandes y nobles, redimir de su esclavitud a los ignorantes, hacer de ellos hombres útiles y buenos ciudadanos; enseñándoles el principio base de toda moral: el respeto a sí mismo y a los demás.

Así pensaba y soñaba García, mientras la galera, arrastrada por seis caballos briosos, rodaba dando tumbos y saltos a través de la llanura. Era un hermoso día primaveral: tenía el cielo un color azul profundo; el aire, fresca y olor de tierra fértil. El horizonte amplio y diáfano, permitía a la mirada hundirse en la lejanía. En un día tal, los pensamientos del joven maestro no podían dejar de ser gratos y halagüenos.

A su llegada al pueblo, después de veinticuatro horas de viaje en ferrocarril y en diligencia, sufrió un ligero desengaño por la ausencia del juez de paz que debía esperarlo. Informado de que no tardaría en volver de la estancia cercana donde se hallaba en aquel momento, pasó entre tanto a la pulpería. Allí fué el blanco de las miradas de los paisanos, curiosos y burlones.

— ¿Usted ha de ser el maestro? — se animó al fin a preguntarle un mozo, con cierto aire de petulancia.

— Sí, soy el maestro.

El mismo paisano dijo algo a media voz que hizo reír a los demás. El maestro se sintió penosamente impresionado, pues comprendía que se burlaban de él. En ese instante un jinete se detuvo ante la pulpería. Era el juez de paz Sa-

ludó cordialmente, se disculpó por haber tardado e invitó a García a acompañarle a su casa. En el camino pasaron delante de un rancho grande y desvencijado.

— Ahí está la escuela — dijo el juez.

Las escuelas de Buenos Aires no eran en aquellos tiempos muy hermosas, y García no podía haber esperado otra cosa en el campo; pero al verla tan obscura y silenciosa a la media luz gris de la tarde, experimentó un sentimiento indefinible de tristeza.

II

Pronto, muy pronto, empezó a darse cuenta de que su tarea era mucho más difícil de lo imaginado.

Los paisanos se cuidaban poco de los propósitos oficiales de instrucción obligatoria, y no se preocupaban de enviar sus hijos a la escuela. El día de la inauguración, de treinta niños que debieran haber concurrido, sólo se presentaron doce chicos entre seis y catorce años, sin la más remota idea de disciplina, incapaces de comprender por qué se les obligaba a estar sentados y quietos durante tantas horas al día. Todo en la escuela les parecía ridículo, y principalmente el maestro con su manera de hablar tan distinta de la que estaban acostumbrados a oír. García no se animaba a tratarlos con severidad, en el noble deseo de que los niños tomasen cariño a la escuela.

Cierto día, sin embargo, un chico insolente le hizo perder la paciencia y fué preciso aplicarle una ligera corrección. El muchacho escapó llorando y fué a llevar la queja a su padre. Éste, generoso distribuidor de azotes a sus hijos, se indignó al saber que el maestro había tocado a uno de ellos, y acudió furioso a reclamar, prometiendo ir inmediatamente a ver al juez de paz.

Por la tarde el juez se apeó en la puerta de la escuela. Era hombre benévolo, habituado a la vida de campo, gran conocedor de sus gauchos, sobre quienes tenía mucho ascendiente. Estimaba y quería al maestro, cuyos esfuerzos sabía apreciar.

— ¿Cómo es eso, amigo? Me vienen con quejas de usted.

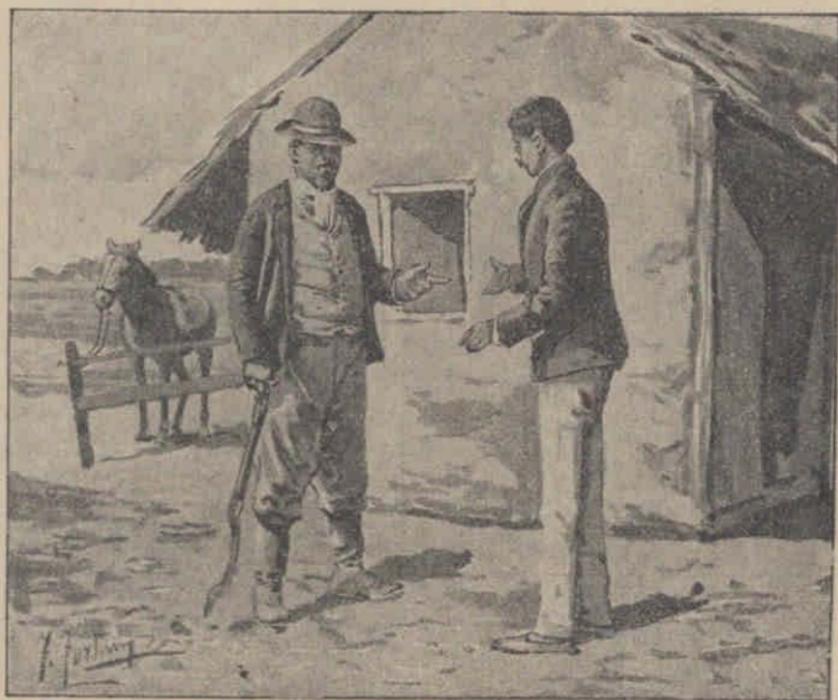
García refirió el hecho tal como había ocurrido.

— ¿Cómo habría procedido usted en mi lugar? — preguntó después.

— ¿Yo? — el juez de paz se rió. — Creo que no habría tenido la paciencia de usted, y en vez de sacudir al chico, le habría aplicado unos buenos rebencazos. Naturalmente, eso usted no puede ni debe hacerlo. He hablado con el padre explicándole que su hijo es un pilluelo insolente, merecedor, cuando menos, de una paliza al día, y que usted, al castigarle tan levemente, se ha mostrado demasiado benévolo. Se fué rezongando; pero la cosa no pasará de ahí. Me ha prometido mandar nuevamente al muchacho y creo que éste será ahora un poco más respetuoso.

Así sucedió en efecto. El chico volvió con cara

hosca, sin atreverse a chistar pues el juez de paz le había atajado en el camino, diciéndole que si no respetaba al « señor maestro », iba a habérselas con él. Los demás niños, viendo al compañero con



— ¿Cómo es eso? Me vienen con quejas de usted.

la peor parte en la contienda y que el mismo señor juez de paz le había amonestado, se mantuvieron quietos. La disciplina comenzó a afianzarse, acudieron más alumnos, elevándose su número a veinte, y la escuela funcionó desde entonces con regularidad.

III

Los días de Eduardo García no fueron por esto más agradables. Echaba de menos la vida civilizada, su familia, sus amigos, el movimiento y las costumbres de la ciudad. Entre él y los gauchos formábase gradualmente una corriente de antipatía, fundada en la falta absoluta de comprensión mutua.

Contribuía más a mantener este estado de cosas, un joven de apellido Juárez, el mismo que provocó la risa de los otros en la pulpería el día de la llegada del maestro. No era malo el paisanito; pero sí pendenciero, presuntuoso y creía darse importancia ante sus iguales, tomando a los otros por blanco de sus chanzas.

Cuando García dictaba la clase, Juárez solía detenerse delante de la ventana, escuchaba un momento, imitábalo con insolencia, o luego, dirigiale bromas, que divertían a los niños y curiosos.

— Usted debe mezclarse más entre las gentes del pueblo — aconsejó el juez de paz a García, al verle desalentado y afligido. — Le creen orgulloso y engreído porque viene de Buenos Aires; piensan que usted les desprecia. Créame, hay entre estos gauchos hombres muy buenos, que podrían ser sus verdaderos amigos. A usted le corresponde dar el primer paso.

García no contestó; sólo se pasó la mano por la frente con un ademán lánguido.

IV

Llegó el día de la patrona del pueblo, que se festejaba como de costumbre, con carreras, palos jabonados y otras diversiones.

Para distraerse, y también para seguir el consejo del juez, García acudió al sitio de reunión.

Desde lejos oía gritar a los gauchos delante de la pulpería, donde examinaban los caballos, hacían apuestas o jugaban a la taba. El más bullanguero era siempre Juárez, quien blandiendo su talero de cabo de plata, recorría los grupos con aire de personaje principal de la fiesta. Fué el primero en divisar a García cuando llegó montado en un tordillo y el primero en gritarle una broma un tanto grosera. Si la hubiese contestado con otra, bien dicha, el incidente habría parado allí; mas en lugar de esto, García se puso encarnado y siguió adelante sin responder, entre un coro de risas. Envalentonado, comenzó el paisanito una serie de indirectas más o menos insolentes y provocadoras, acerca del señorito que venía de Buenos Aires para darse tono con su gran sabiduría, y que ni siquiera sabía ensillar y montar bien un caballo viejo. García permaneció tranquilo al principio; acabó, empero, por perder su calma y contestó con aspereza a uno de esos alfilerazos, lo que motivó una explosión de risas. Exasperado se volvió hacia el provocador y levantó el rebenque para castigarlo. Al punto sacó éste su cuchillo,

arrolló su poncho en el brazo y lo retó a combate singular. Estalló una gritería general y se formó rueda, preparándose los gauchos a presenciar un espectáculo interesante.

El momento fué decisivo. Si hubiese saltado del caballo, pedido un cuchillo a uno de los paisanos y hecho frente a Juárez, el maestro se habría conquistado el respeto de todo el concurso, aunque resultara vencido.

— ¡Vamos, bájese y venga a pelear si se atreve!
— le gritó Juárez.

— Usted sabe que yo no manejo el cuchillo.

— ¡Ah, sí! El pueblero sabe provocar; pero tiene miedo de pelear.

— No tengo miedo. Además yo no lo he provocado; usted es quien ha estado fastidiándome.

Juárez, que hasta entonces sólo había fingido enojo, comenzó a enfadarse de veras, y con voz de desafío le dijo :

— ¡Empuñe su rebenque entonces!

Pero García ya había vuelto bridas, convencido de que él, representante de la civilización, no debía batirse con un gaucho.

Juárez quedó furioso considerándose desairado. Los demás juzgaban a García de muy diversas maneras; algunos le llamaban cobarde, otros decían que se había portado con dignidad. El incidente, en verdad, le había colocado en una situación equívoca.

V

Al atardecer, Juárez y dos compañeros, todos más o menos ebrios, volvían a la estancia. Gritaban, reían, cantaban, se vanagloriaban de sus hazañas, de las carreras que ganaran sus caballos, de la suerte que habían tenido en el juego de la taba.

De pronto divisaron un jinete que iba delante, al tranco de su caballo, con la cabeza inclinada como fatigado o distraído en sus pensamientos.

Era el maestro; Juárez lanzó un juramento.

— ¡Ahora voy a enseñarle!...

Pero se detuvo; en su mente embotada había surgido otra idea.

— Le daremos un susto — propuso a sus compañeros. — No está muy acostumbrado al caballo. Espantémosle el tordillo.

— ¿Y si se cae y se mata? — observó otro, menos ebrio.

— ¡Qué se ha de matar! Sólo le voy a dar un susto para hacerle recordar la fiesta de la patrona.

Se adelantó a sus compañeros y de pronto se lanzó a la carrera. Al pasar como una exhalación junto a García dió un alarido y agitó ante los ojos del tordillo el pañuelo que se había quitado del cuello. El animal saltó a un lado y el jinete fué despedido bruscamente de la silla. Se oyó un grito, Juárez soltó una carcajada y siguió corriendo. A corta distancia se detuvo, preparándose a ver al maestro sentado en el pasto y frotándose los

miembros; pero distinguió sólo una forma humana que yacía inmóvil en el suelo.

Experimentó una sensación desagradable. Lentamente se encaminó hacia el lugar donde se hallaba el cuerpo y vió que manaba sangre de una herida en la cabeza. Al inclinarse sobre él, oyó que García murmuró :

— ¡Juárez!... ¡Juá...rez!

El gaucho se turbó : su víctima le había reconocido, a pesar de la rapidez con que todo había pasado. Si llegaba a denunciarlo, tendría que habérselas con la justicia.

Disipados los vapores de la embriaguez, comprendió el alcance de su acción.

Entretanto se habían acercado los compañeros y rodeaban al herido. Convinieron en la necesidad urgente de transportarle a su casa y buscar un médico. Uno recordó que en la estancia del patrón se hallaba de visita un doctor, y se encargó de traerlo. Los otros alzaron al maestro que gemía en cuanto lo tocaban, y paso a paso lo condujeron a la comisaría.

— Le hemos encontrado en el camino de la estancia de Morales — declararon; — debe habersele espantado el caballo.

El médico comprobó, además de la herida en la cabeza, otras lesiones graves.

Para Juárez comenzó una época de angustia. Si moría García, él era el asesino; y si sanaba, seguramente le delataría, puesto que le había reconocido y no tenía por cierto ningún motivo para perdonarle. Juárez era bastante noble para no

desearle la muerte, y todas las tardes, llevado por los remordimientos, iba a casa del juez de paz, cuya familia se había hecho cargo del enfermo, a preguntar por él. Siempre le respondían que seguía



El animal saltó a un lado...

mal. Una tarde, sin embargo, le dijeron : — El médico cree que salvará.

Sintió a un tiempo, alegría grande y violento sobresalto. Pidió permiso para verlo; pero se lo negaron.

Insistió en su deseo y unos cuantos días después consiguió entrar. Al lado del lecho se hallaba

el médico y el juez de paz. García, cuya cara de un blanco de cera destacábase apenas de la almohada, volvió su mirada lánguida hacia el mozo, que permanecía en la puerta dando vueltas a su sombrero.

— Adelante, Juárez, — invitó el juez de paz.
— Puede felicitar al señor maestro, está fuera de peligro.

Juárez balbuceó algunas palabras mientras García fijó en él sus ojos, en los cuales había una expresión perpleja, como si en su mente luchase algún recuerdo relacionado con ese hombre. Los otros lo advirtieron, interpretando mal el gesto.

— ¿No lo reconoce? — preguntó el médico.

— Sí — murmuró García, y Juárez sintió un temblor nervioso, pues sabía, mejor que el juez y el médico, lo que el maestro acababa de recordar.

— ¿Y cómo fué aquello? — inquirió el juez.
— Nos estaba por contar cómo se cayó. No, no se vaya Juárez. Usted es de los que hallaron al señor, ¿no? Pues entonces tendrá interés en saber cómo sucedió la desgracia.

— Yo volvía de la fiesta — dijo García con voz apagada — y se me ocurrió dar un paseo por el campo. Iba al tranco de mi tordillo cuando... de pronto, al costado mismo, se levantó un avestruz y echó a correr. Mi caballo salió a un lado y me arrojó al suelo...

Su mirada se cruzó con la de Juárez, quien al pie de la cama jugaba nerviosamente con su talero, presa de la angustia y esperando a cada instante oír la palabra temida. Al encontrarse sus ojos con

los de García, experimentó una sacudida violenta de sorpresa y gratitud, mientras por el semblante pálido del enfermo pasaba una sonrisa como un rayo de luz.

VI

La conducta caballeresca del maestro puso en revolución los sentimientos elevados del gaucho. Tanta nobleza de ánimo en un hombre a quien había mortificado, ofendido y fastidiado sin piedad, le llenó de admiración. Aprovechó un momento en que sabía solo al enfermo, y al ver que éste le sonreía, se precipitó hacia la cama, tomó en sus manos tostadas y rudas la blanca y fina de García y prorrumpió en estas palabras :

— ¡He sido un bruto!...

García le estrechó la mano en sus dedos débiles.

— Dejemos eso — dijo.

Desde ese día comenzó a acentuarse la mejoría del enfermo. Contribuían a ello las pruebas de cariño que recibía constantemente. Todos sus alumnos iban a visitarlo, y no hubo un gaucho que al pasar por su casa dejara de preguntar cómo seguía. Juárez, impetuoso y sin gobierno en los impulsos, declaró en la pulpería delante del paisanaje reunido, que no toleraría a nadie que hablara mal del maestro, su mejor amigo desde entonces. Se admiraron mucho del cambio : inquirieron, y aunque no se llegó a descubrir toda la verdad, trascendió lo bastante para propiciar al joven

pueblero, hasta entonces blanco de burlas, las simpatías de aquellos hombres, rudos si se quiere, pero que sabían apreciar los sentimientos de honor y de hidalguía.

El día que García volvió a su escuela fué una verdadera fiesta. Parado en la puerta vió llegar a los niños que corrían gozosos a saludarle; recibió la felicitación de los vecinos, y los jinetes al pasar le hacían señas amistosas. En aquel momento experimentaba la suprema felicidad del que, tras luchas y sufrimientos, recoge el premio de su perseverancia.

XIX

El documento perdido.

I

Un día de diciembre del año 1869 las calles de Buenos Aires amanecieron llenas de gente alegre y bulliciosa. Donde había más aglomeración y profusión de adornos era en el muelle de pasajeros que avanzaba en el río su línea recta y gris.

Volvían a la patria los guerreros del Paraguay. Durante cinco años, habían luchado entre selvas y pantanos con las tropas del tirano Francisco Solano López. Después de soportar heroicamente fatigas, penurias, privaciones, enfermedades, lluvias, marchas abrumadoras y calores tropicales, regresaban victoriosos a recibir los homenajes del pueblo y la recompensa de la patria.

Veíanse banderas destrozadas por las balas, paseadas en triunfo entre las aclamaciones de una muchedumbre delirante; armas que reflejaban el sol, bandas militares que lanzaban al aire sus notas vibrantes cual voces de gloria.

Mas no todos los habitantes de Buenos Aires participaban de la fiesta. Muchas familias lloraban la pérdida de uno que marchó lleno de entu-

siasmo y que ahora dormía para siempre, a la sombra de naranjos y palmeras; otras se preparaban a recibir heridos o mutilados.

II

Entre las familias entristecidas hallábase la del comandante Castro, uno que no volvía con las tropas victoriosas. Después de la tóma de Humaitá, desapareció, y ni la más leve noticia suya se conocía desde aquel día. ¿Había muerto o estaba prisionero? No figuraba en la lista de los caídos; pero esto no significaba nada, pues en la guerra existen mil contingencias y posibilidades. Los suyos no abrigaban, sin embargo, esperanza de volverle a ver después de tanto tiempo transcurrido, y ese día, la dolorosa herida sangraba de nuevo.

Componíase la familia de Castro de la señora y dos niñas: una de ellas ya señorita, y la otra, de cabellos como hebras de luz solar y ojos que traían al recuerdo esos pensamientos grandes, oscuros, aterciopelados que se ven en los jardines, encantadora chicuela de once años, llamada Celia.

Celia lloraba porque veía afligidas a su madre y hermana; pero en el fondo de su corazoncillo tenía la firme convicción de que su padre no había muerto. Con la carita bañada en lágrimas, cubrió de besos a su madre, asegurándole que su papá volvería. La señora acarició a la deliciosa criatura, y Elena, la mayor, se estrechó contra ellas. Abra-

zadas, lloraban las tres, cuando entró una sirvienta y anunció :

— El señor Mendoza pide permiso para saludar a la señora.

Un momento después apareció un caballero de hermosa presencia, alto, moreno, de barba negra corta, y ojos negros también. Se adelantó vivamente hacia la señora y, besándole la mano, exclamó :

— ¡Mis pobres amigas! ¡Qué día triste es éste para ustedes!

— Más triste de lo que puede expresarse con palabras — repuso la señora. — Hoy que todos son felices, sentimos doblemente nuestra desgracia.

— Lo sé, y he venido como amigo leal a acompañarlas en el dolor.

— Agradecemos de todo corazón. ¡Oh, si pudiésemos concebir una esperanza!

— Estoy segura de que papá volverá — interpuso Celia con su vocecita clara.

— ¡Pobrecilla! — dijo el señor Mendoza cariñosamente, inclinándose para atraerla a su lado; mas ella esquivó la caricia y fué a sentarse en un rincón, desde donde clavó los ojos en el caballero, con la mirada intensa de los niños, a veces la más penetrante de las miradas.

Alberto Mendoza era pariente lejano de la familia de Castro. El comandante y los suyos estimábanle, a excepción de Celia, que sentía por él una aversión instintiva y profunda.

— No quiero molestarla hoy con asuntos de negocio — dijole Mendoza a la señora; — pero...

La señora hizo un gesto de alarma.

— No se asuste, Sofía, — continuó aquél; — respeto demasiado su dolor para tener tan poca delicadeza. Pero usted comprende... en fin, ¿cuándo podríamos conversar sobre este asunto?

— Mañana, si usted quiere.

— Muy bien. Usted no sabe lo doloroso que es para mí causarle esta incomodidad.

Se despidió de la señora y de Elena y quiso besar a Celia.

— Celia, da la mano, — ordenó la madre.

La chica obedeció de mala gana, sufrió con marcada expresión de disgusto un beso, y luego, con disimulo, se pasó el revés de la mano por los labios.

III

Próximamente un año antes de la guerra, el comandante, contra toda costumbre, se dejó tentar por los naipes y perdió una gruesa suma. En su angustia — pues no tenía tanto dinero en efectivo — recurrió a su pariente, quien lo facilitó a un interés elevado. Cuando venció el plazo, felizmente pudo pagar. Todo el negocio se hizo en secreto, de amigo a amigo. Castro, avergonzado por su falta, no quiso enterar a su esposa, y para que nadie descubriera el recibo firmado por Mendoza, lo guardó en un cajón secreto de su escritorio. Al menos, tal fué su intención.

En 1865, López, presidente del Paraguay, pro-

vocó la guerra que en nuestra historia se llama de la Triple Alianza, apoderándose repentinamente de algunos buques argentinos en Corrientes. Castro marchó como segundo jefe de un regimiento,



— ¡Mis pobres amigas! ¡Qué día triste es éste para ustedes!

y Mendoza quedó encargado de velar por la familia.

Pasó el tiempo, sucediéronse algunas batallas, y después de Humaitá nada más se supo de Castro.

En la mente de Mendoza esa circunstancia propició la germinación de un plan infame. Había malgastado su fortuna y codiciaba desde hacía

tiempo la de su pariente. La señora de Castro nada sabía de aquel préstamo, e ignoraba, por tanto, que existiera un recibo comprobante del pago de la deuda. Si él conseguía apoderarse del papel, podría, mediante un documento falso, exigir a la señora la devolución de aquella suma, con todos los intereses acumulados. Sabía perfectamente que se despojaría de todo para pagar una deuda de honor y salvar el buen nombre de su esposo. En su calidad de amigo y consejero, fácil le fué convencerla de que sería bueno revisar los papeles del comandante. De esta manera pudo registrar el escritorio y todos los lugares donde era probable que se hallara un documento de tanta importancia. Sin embargo, no encontró nada. Castro lo habría destruído o llevado consigo, y en ambos casos no existía peligro, pues se daba como un hecho su muerte.

IV

— ¿Cuánto dijo usted, Mendoza?

— Un millón quinientos mil pesos moneda corriente, Sofía.

— ¡Pero eso es imposible!

— Aquí está el recibo y en este papel he hecho los cálculos. Puede revisarlos, — y mostró a la señora un pliego cubierto de cifras.

La afligida dama no dudó ni un momento. Ante los ojos tenía un papel firmado por su esposo,

comprometiéndose a pagar dentro de tal plazo una gruesa suma de dinero. Mendoza explicó con emoción bien fingida que había callado en la esperanza de volver a ver al comandante, y que si se había decidido a cobrar era sólo por tener obligaciones apremiantes. En fin, no quería aparecer como hombre cruel. Daría a la señora un mes de plazo y si hasta entonces no había reunido la suma, se vería en la dolorosa necesidad de proceder al remate; o si la señora temía el escándalo público, harían sencillamente una transferencia, de suerte que sus bienes pasarían a manos de él. Esto último era un golpe hábil y audaz.

V

El mes de plazo tocaba a su fin y la señora veía llegar, llena de angustia, el día fatal.

Su único consuelo era la pequeña Celia, la cual le aseguraba con insistencia que su papá volvería y entonces quedaría todo arreglado.

Había leído un cuento de hadas, en el que una niñita desesperada por tener a su madre muy enferma, pidió consejo a una anciana que vivía en medio del bosque, la que le dijo: « Toma el objeto por ti más apreciado y regálalo a la persona que más lo desee o más necesidad tenga de él; después arrodíllate y reza mucho, y Dios, si te considera digna de esa merced, devolverá la salud a tu madre. » Pero para eso se necesitaba ser

muy buena, muy buena... La niña del cuento siguió el consejo, y al otro día su madre estaba sana.

Impresionó tan profundamente esto a Celia, que le inspiró la idea de hacer algo análogo. Pero, ¿era ella bastante buena? Hizo examen de conciencia, y con un poquito de vanidad infantil se convenció de que había sido siempre obediente, aplicada y amable. El objeto del cual iba a desprenderse era un precioso libro de cuentos magníficamente iluminado. También sabía a quién debía regalárselo, si quería ser digna de la merced divina. En la misma calle vivía la lavandera con una hijita de diez años, que deseaba ardientemente el libro. ¡Cuántas veces se lo había mostrado Celia, nada más que para gozar con su admiración!

Para aumentar el mérito del sacrificio, puso entre las páginas del libro su señalador más bonito, y atisbando el momento propicio, se escabulló y echó a correr por la calle. Encontró a la chica de la lavandera sentada en el umbral de su casa, y con un esfuerzo heroico, poniéndole el libro entre las manos :

— Toma, para vos — le dijo, y volvióse corriendo a casa. Oyó todavía el grito de sorpresa y alegría de la chica. Se encerró en su cuartito y se puso a rezar con toda su alma cuantas oraciones sabía y otras improvisadas. No le cabía duda de que Dios la oiría, si no al instante, al día siguiente o más tarde; pero con toda seguridad.

VI

El día temido llegó. La señora y Elena recorrían la casa querida que debían abandonar dentro de pocas horas, mientras Celia, apostada cerca de la puerta de calle, esperaba desde temprano. Cada vez que se anunciaba alguna persona saltaba electrizada. ¡Seguramente su papá vendría a tiempo para impedir que tuviesen que dejar la casa!

Golpearon. ¿Sería?... ¡Ay, no! Ese hombrecito flaco con cara de carancho que miraba a todos lados, como si temiese ser perseguido, era el notario, y testigos, los dos caballeros vestidos con raída elegancia. Mendoza salió para instalarlos en el escritorio. El notario era amigo suyo, acostumbrado a manejar asuntos turbios; y a juzgar por el brillo de sus ojitos oblicuos, no debía salir perdiendo en el que tenía entre manos. En cuanto a los testigos, eran de la misma ralea.

Se instalaron alrededor de la mesa y allá fueron también Mendoza, la señora y Elena. El notario traía escrito el documento y se puso a leerlo con voz gangosa y monótona como quien está habituado a leer con la mayor indiferencia las cosas más importantes. A las damas se les antojaba el murmullo de un rezo fúnebre. Cuando calló, ambas creyeron despertar de un ensueño, Mendoza ofreció una pluma a la señora para que firmase.

— ¡No! ¡No quiero firmar! — exclamó la pobre madre, casi asfixiada y con un sollozo seco.

— Vamos, Sofía, mi pobre amiga, abreviemos este momento doloroso — dijo Mendoza, tratando de ponerle la pluma entre los dedos.

— Firma, mamá, ya que Dios lo quiere así — agregó Elena con dulzura.

Su madre, cual si obrara bajo una voluntad extraña, tomó la pluma y maquinalmente la mojó en el tintero.

En ese instante, pasos precipitados se acercaron en la galería, la puerta se abrió con estrépito y apareció un hombre de elevada estatura, vestido con viejo uniforme, el cabello y la barba enmarañados. Al mismo tiempo Celia se precipitó hacia su madre, exclamando con su vocecita atiplada y fuera de aliento :

— ¡Mamá! ¡Elena!... ¡Papá, papá!

Durante un instante nadie se movió.

Luego, con gritos inarticulados de alegría, Elena y su madre se arrojaron en brazos del comandante.

Mendoza, en cuyo semblante, fuera de su palidez, nada traicionaba lo que pasaba en su interior, saludó efusivamente al recién llegado.

— Pero ¿qué sucede aquí? — preguntó éste al fin, reparando en el notario y los testigos.

Elena explicó.

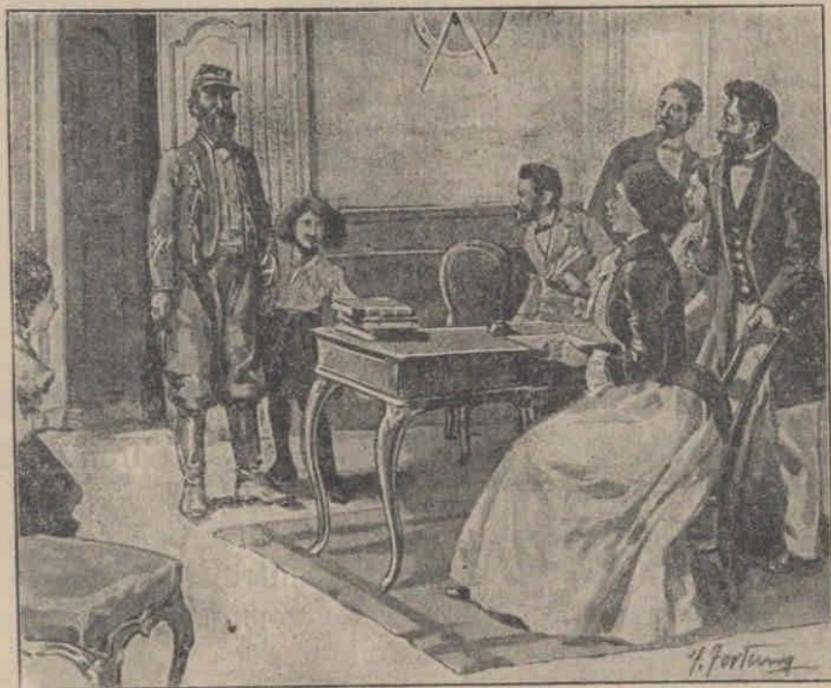
Primero Castro no comprendió nada. Al fin recordó el asunto del cual trataban, y fijando los ojos en su amigo dijo con asombro más que con enojo :

— Pero..... ¡yo le he devuelto la cantidad prestada!

— Yo no he recibido nada — repuso fríamente el otro, resuelto a jugar el todo por el todo.

— ¡Es usted un miserable!

— No me insulte. Aquí tiene el papel firmado por usted mismo.



... apareció un hombre de elevada estatura ...

Castro reconoció con asombro su propia letra y por un momento dudó, mas luego comprendió que tenía bajo sus ojos una obligación falsificada.

— Ésta es una impostura — exclamó exaltado :
— yo le he pagado a usted.

— Pues entonces debe existir un recibo.

— Está entre mis papeles.

El comandante abrió el cajón secreto, donde creía haber guardado el recibo, y palideció al verlo vacío.

— Sin embargo, debo tenerlo — murmuró, y ayudado de su esposa y Elena, se puso a registrar con manos febriles la mesa, los estantes, los armarios. Mendoza, con los brazos cruzados, permanecía impasible : el notario y los testigos, desconcertados e inquietos, se mantenían a un lado.

No quedaba cajón por registrar, y el recibo no aparecía. Mendoza triunfaba, y el notario frotábase las manos, cuando se oyeron voces delante de la puerta.

— Le digo que la señora está ocupada.

— No la voy a detener, quiero solamente entregarle esto.

La señora abrió la puerta y se halló frente a frente con la lavandera.

— Señora, — dijo ésta, — la niña Celia le ha regalado un libro a mi chica y entre las hojas he encontrado este papel. Se lo traigo porque tal vez tenga importancia para usted.

La señora lo desdobló. Era el recibo extraviado.

¿Cómo, de qué manera, por qué descuido un papel de tanta importancia había caído entre las hojas de un libro de cuentos de Celia? Misterio inexplicable. El hecho era que llegaba a tiempo para impedir que un miserable despojase de lo suyo a la familia de la niña.

VII

Herido en la toma del fuerte de Humaitá, Castro había sido arrastrado al interior de las selvas según el bárbaro sistema de López. Sufrió penurias sin nombre y sin número, y presencié escenas indescriptibles de miseria y crueldad.

Al fin pudo evadirse y después de una peregrinación inverosímil a través de aquel país, entonces semisalvaje, llegó, terminada la guerra, a orillas del Paraná y logró pasar a territorio argentino.

Celia fué la heroína del día; estaba firmemente convencida de que todos los acontecimientos felices, eran mercedes que Dios le había concedido expresamente a ella.

XX

La cruz en el campo.

I

Volvíamos a la estancia con el capataz don Miguel. Habíamos pasado el día en la propiedad vecina y aprovechábamos el fresco de la tarde para galopar a nuestro gusto. Los rayos del sol caían oblicuamente tendiéndose a ras del suelo; y el pasto verde y fresco reflejaba la luz como si cada una de sus hojas fuese un espejito. Era imposible mirar el horizonte; el resplandor cegaba. Todo lo que aparecía sobre ese fondo incandescente semejaba sombras chinescas frente a una pantalla de oro.

Galopábamos hacia el Este y nos sentíamos ligeros como pájaros. Nuestros caballos marchaban velozmente rumbo a la querencia, y si uno de los muchachos hacía chasquear su rebenque alguna vez, era sólo para lucir el cabo de plata.

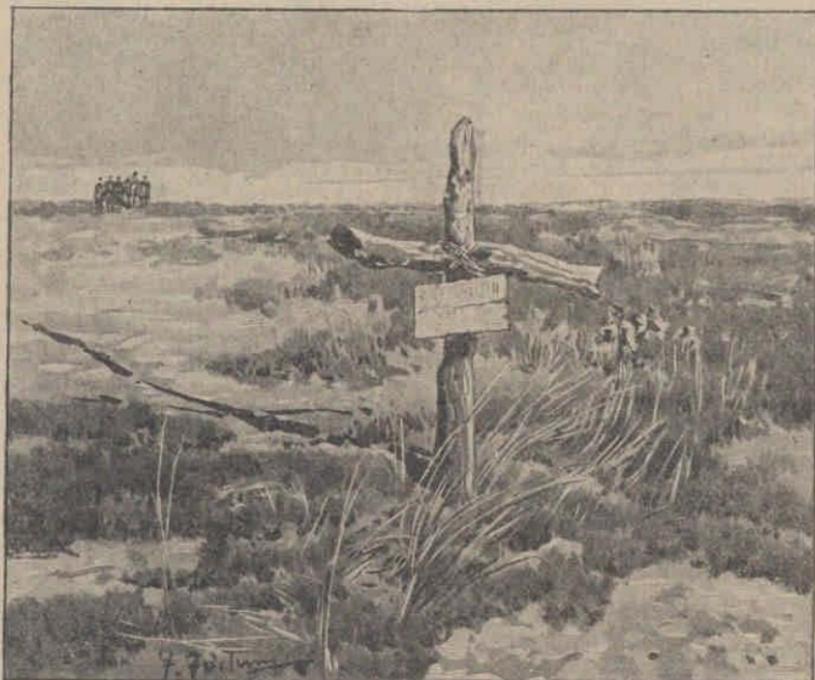
A lo lejos, a un lado de nuestro camino, divisamos un objeto que brillaba al sol como si tuviese luz propia. No alcanzábamos a distinguir lo que era.

— ¿Eso? — dijo don Miguel interrogado, dirigiendo sus ojos penetrantes de campesino hacia el punto que le indicamos. — ¡Ah! es la cruz.

— ¿Qué cruz? — preguntamos interesados.

— ¡Sí, es una tumba! — repuso el capataz; —
¿no sabían?

— No, no sabemos nada, don Miguel.



... la cruz formada por dos leños torcidos, sujetos por un alambre...

Entretanto, nos habíamos acercado a la cruz, formada por dos leños torcidos, sujetos por un alambre. Una tablita en la cual debió haber alguna leyenda, ilegible ahora, se hallaba desclavada. Las hierbas cubrían el suelo; el trébol perfumado y la delicada margarita tejían una corona fúnebre al ser que allí dormía el sueño sin ensueños.

Nos detuvimos. Don Miguel y los muchachos se descubrieron, las niñas nos santiguamos. Una tumba, suntuoso monumento de mármol o cruz humilde, es siempre un misterio; exhala un algo solemne, que hace callar las risas y recogerse el alma. Y ese leño retorcido con su leyenda indecifrabable, plantado en medio del campo, rodeado de flores silvestres, hablaba un lenguaje lleno de serena melancolía.

— Cuéntenos la historia de esta cruz, don Miguel — le instamos al ponernos nuevamente en marcha.

— Es una historia corta — repuso el capataz, — y la contaré tal como a mí me la refirieron.

Nos pusimos en fila y continuamos al tranco, para escuchar la narración.

II

— Estos campos — comenzó don Miguel — pertenecían, allá por el año 60, a un tal don Pedro Zorrilla, que vivía con su familia en un rancho junto a la laguna. Una tarde de invierno, gris y helada, con cielo lleno de nubarrones que huían corridos por el viento sur, se detuvo delante de la casa un individuo de dudosa catadura y pidió hospitalidad. Era viejo: su barba larga y rala volaba al viento, como la crin y la cola de su caballo flaco. Su poncho y chiripá debían datar de tiempos in-

memoriales. El color subido de su cara curtida y arrugada, revelaba a un viejo bebedor.

Don Pedro examinó con desconfianza al forastero; pero considerando que se acercaba una noche tormentosa y que el vecino más próximo vivía a dos leguas de distancia, no tuvo valor para negársela.

El viejo desensilló, y vino humildemente a pararse cerca de la puerta hasta que doña Ramona, la dueña de la casa, le invitó a pasar y tomar asiento.

Mientras el forastero esperaba la cena, el menor de los hijos de don Pedro se sentó frente a él en el suelo, para contemplarlo a sus anchas. El huésped se echó a reír, le llamó y al cabo de un cuarto de hora eran los mejores amigos.

— Mira qué raro — observó doña Ramona en voz baja a su marido; — Julio, tan hurraño siempre, ya le ha tomado confianza al forastero.

— Buena señal — repuso don Pedro; — los niños distinguen en seguida a los buenos de los malvados y rara vez se equivocan.

Al día siguiente el forastero quiso ensillar y seguir viaje. Hizo sus preparativos despacio, con resignación, como quien quisiera quedarse y bien sabe que tiene que marchar. Don Pedro le miraba hacer indeciso : le daba lástima y, sin embargo, no tenía ningún motivo para hacerle quedar.

Cuando Julito, que no se había separado del lado de su nuevo amigo, advirtió que se disponía a partir, le asió del poncho con sus dos manos,

resuelto a no soltarlo. El viejo le alzó y le preguntó si quería irse con él.

— ¡No, no! — gritó el chico, — ¡no quiero que se vaya!

— Vea — observó don Pedro, resolviéndose : — ¿a dónde va ahora?

El otro hizo un gesto vago hacia el horizonte gris y encapotado.

— Si no tuviera apuro, podría quedarse unos cuatro días más, hasta que mejore el tiempo. Siempre hay algún trabajito. ¿Qué le parece?

El viejo murmuró con voz ronca que estaba bien, y en sus tibios ojos brilló un rayo de luz.

III

Pasaron los días y el paisano no se marchaba. Nunca faltaba algún nuevo trabajo. Sin saberse bien cómo, gradualmente, entró a formar parte de la familia. Se llamaba don Francisco; su apellido no hace al caso. No siempre había sido un vagabundo. Conoció tiempos buenos; pero la desgracia, el juego y la bebida le hicieron bajar la escala de la sociedad, hasta que arribó cual naufrago a una isla salvadora, al rancho hospitalario de don Pedro Zorrilla. Allí le estimaron por su buen corazón; y si alguna vez vació la botella de caña no comprada para él, se lo perdonaron. Profesaba gratitud y verdadero cariño a todos los miembros de la familia; pero su predilecto era Julito. El niño le retribuía con creces.

Llegó el año 1861. Las tropas de Buenos Aires se concentraban en la capital, y las fronteras iban quedando poco menos que desguarnecidas. Casi todos los hombres de armas llevar marcharon a incorporarse al ejército, unos por patriotismo, otros por cambiar de vida, otros, en fin, porque les habían ofrecido buen enganche.

Los indios no tardaron en aprovecharse de la circunstancia. Hicieron una incursión, y como hallaran poca resistencia, pronto volvieron en mayor número para saquear y arrear los ganados.

A las tierras de Zorrilla no habían llegado aún y parecía difícil que llegaran, pues el punto quedaba dentro de la región poblada y bastante retirado de la frontera.

Por eso don Pedro y su mujer no tuvieron reparo en asistir a una fiesta que debía celebrarse en el pueblo a varias leguas de allí. Resolvieron llevar a los niños mayores y dejar en casa a Julito con don Francisco. Pensaban estar ausentes ocho días.

A Julito le importaba poco que no le llevaran, con tal que le dejaran con su amigo.

Los primeros días pasaron tranquilos. Al amanecer del tercero, el viejo despertó sobresaltado por un ruido semejante al trueno lejano.

Salió a observar. Aclaraba apenas; no se distinguía todavía ningún objeto. Una vaga semiclaridad gris blanquecina llenaba todo el espacio. Ni el más débil tinte rosado coloreaba aun el oriente.

Del fondo de aquel vapor gris e informe venía

el rumor. Don Francisco comprendió : eran los indios que llegaban. Dentro de pocos instantes la avalancha estaría sobre él.

Si el viejo hubiese estado solo no habría pensado en la fuga. La vida le valía bien poco para que sintiera deseos de prolongar su existencia descalabrada. Habría permanecido en su puesto hasta caer muerto defendiendo la propiedad de su bienhechor. Pero allí estaba Julito, ese niño en el cual concentraba todo el amor de que era todavía capaz su corazón marchito por los desencantos. Debía salvarle a todo trance.

Halló en ese instante toda su antigua serenidad, su aplomo, su fuerza. Se proveyó de armas, ensilló el mejor caballo y sentando en él a Julito emprendió la fuga, a tiempo que en la claridad, que aumentaba por momentos, aparecían los primeros guerreros de la horda salvaje.

Ocupados en registrar el corral y con el afán de saquear el rancho, no le vieron al principio; sólo le advirtieron cuando estaba a punto de desaparecer detrás de una loma. Inmediatamente se lanzaron en su persecución.

Don Francisco tenía bastante ventaja y su caballo era fuerte y brioso. Sin embargo, no se forjó ilusiones sobre lo que significaba una carrera con esos jinetes.

Descargó su trabuco sobre los que le seguían de cerca, matando e hiriendo a varios. Los demás se dispersaron, pero eso fué una estratagema, pues luego don Francisco vió que trataban de rodearlo. Sólo haciendo un esfuerzo tremendo logró escapar

a las dos puntas del semicírculo fatal que ya amenazaban unirse y encerrarle.

¶ Su intención era llegar a la estancia vecina, distante dos leguas, espacio insignificante en cir-



Sólo haciendo un esfuerzo tremendo logró escapar...

cunstancias ordinarias, pero que se vuelve enorme cuando la muerte viene cabalgando detrás del que debe recorrerla. Y además, dos leguas a carrera tendida es mucho, aun para un buen caballo.

Los indios aumentaban continuamente en número. El viejo los sentía ganar terreno y oía

sus gritos desaforados. Cubría con su cuerpo al niño espantado, resguardándolo.

Ya veía a lo lejos los grandes saucedales de la estancia, cuando de pronto distinguió un numeroso grupo de hombres armados que se desprendió de la sombra precipitándose al encuentro de los indios. Cuando éstos se vieron tan inopinadamente atacados por una fuerza respetable, lanzaron gritos de despecho y volvieron grupas.

Don Francisco llegó herido en la espalda. Al término de su carrera estuvo a punto de desplomarse, pero con un esfuerzo supremo de su voluntad, se mantuvo firme, hasta encontrarse en medio de los peones de la estancia. Le quitaron de los brazos al niño ileso, al cual seguía sujetando convulsivamente, y le bajaron con precaución. Conducido a la casa, expiró poco después. Su último movimiento fué acariciar la cabeza de Julio.

Le enterraron en el campo. En una tablilla que clavaron en la cruz escribieron el nombre del muerto, la fecha y las circunstancias de su fallecimiento.

Alrededor de la tumba, la superstición empezó a tejer sus leyendas. Se dijo que los indios tenían la vista de la cruz; y el hecho fué que jamás volvieron a aparecer por la región.

Los campos cambiaron de dueño; pero la cruz fué siempre respetada y el nombre de don Francisco no ha sido olvidado.

IV

Habíamos escuchado en silencio la narración del capataz. Sencilla como era, nos impresionó. Al emprender el galope, me volví para mirar una vez más la cruz en el campo, dibujada vagamente a lo lejos entre las brumas delicadas de la tarde, y bajo la cual descansaba el pobre viejo que dió a los paisanos sencillos y fuertes de la comarca, un sublime y fecundo ejemplo de abnegación.

XXI

Los inmigrantes.

I

El ministro don Bernardino Rivadavia propuso en 1823 al gobernador de Buenos Aires, hacer venir un número de familias europeas para formar pueblos nuevos en los vastos desiertos de la Pampa.

El general Martín Rodríguez acogió favorablemente la idea de su ministro autorizándole a llevarla a la práctica.

Rivadavia puso en movimiento a varios agentes en Europa y éstos hablaron a los labradores y artesanos, de un territorio que existía más allá de los mares, donde faltaban brazos fuertes para manejar el arado; donde el suelo guardaba riquezas inmensas para los que supieran arrancárselas; donde el bienestar reemplazaba a la pobreza de la vieja Europa asolada por las guerras; donde la libertad más amplia reinaba en lugar de la tiranía de los reyes.

Numerosas familias prestaron oídos a las promesas y proclamas de los agentes y se aventuraron a cruzar el océano para venir a fundar un nuevo hogar en el territorio de las Provincias Unidas del Sur.

Una de las lanchas que conducían a tierra pasa-

jeros y equipajes de los buques fondeados en la rada, dejó en la playa a una familia de inmigrantes alemanes. El padre era joven, alto, fornido, de espesa barba rubia, y en sus facciones varoniles había una expresión de cansancio y ansiedad. Tenía en brazos a un chiquitín que lloraba todavía asustado del marinero negro que le dejó en tierra. Dos niñas de cuatro y ocho años, rubias como el trigo maduro, tomadas de las manos y sentadas en un cajón, miraban, con sus grandes ojos azules asombrados, aquel paisaje tan nuevo. El hijo mayor, un muchacho de doce años, todo un hombrecito, apretaba en el bolsillo el mango de un pequeño cuchillo que tenía pronto para defenderse « si atacaban los indios », de los cuales le refirieron en la aldea, allá en Alemania, las historias más espeluznantes. La madre, prematuramente envejecida por la miseria y el trabajo, se había dejado caer sobre un lío y, resignada, esperaba que sucediera lo que hubiera de suceder; ¡todo le era indiferente! Después de la cruel despedida en su aldea natal, aumentaron su pena el viaje por mar en un buque incómodo, las fatigas, el mareo, las angustias, y ahora que habían llegado, la incertidumbre, pues nadie estaba allí para recibirlos. Sin embargo, el agente les había dicho que cuando desembarcaran, alguien esperaría para atenderles y conducirles a su destino.

Casi una hora esperaron. Los demás pasajeros se habían diseminado por la ciudad. Los marineros descargaban las lanchas sin preocuparse de los inmigrantes.

Las niñas se impacientaron.

— Padre, ¿por qué no nos vamos?

— Madre, ¿qué estamos esperando?

— Madre, yo tengo hambre.

— ¡Padre, vamos a casa!

¡A casa! El padre, que ocultaba bajo un aspecto áspero y severo inmenso cariño por su familia, se estremeció. ¡A casa! ¿Dónde estaba su casa ahora? ¿Cómo explicar a esas criaturas inocentes que no tendrían a dónde ir si no venía un agente en su busca, como se les había prometido?

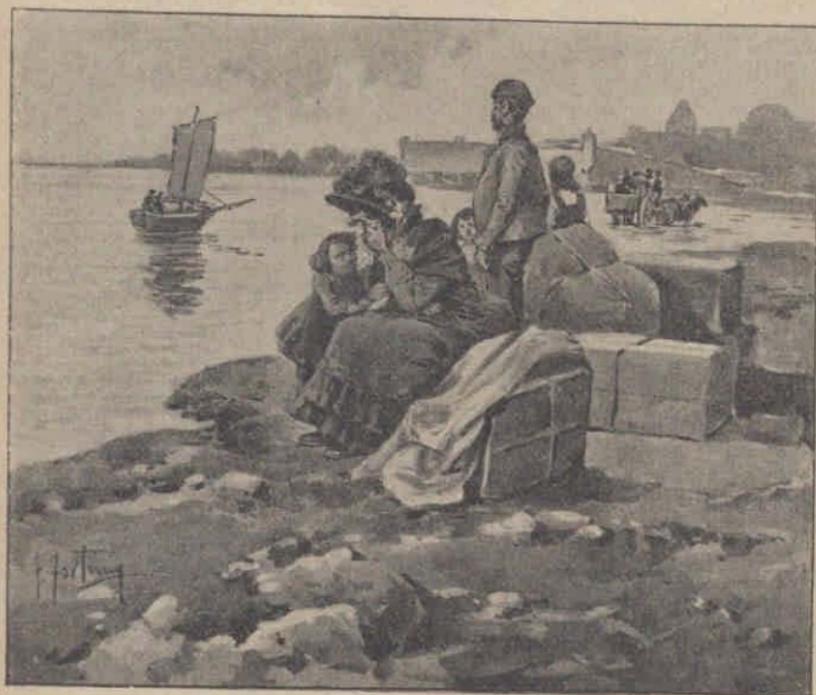
— Ya vamos, Elsa. Ten paciencia un ratito más. Toma estos bizcochos, da también a Hans y a Leni (Elenita).

Las chicas se conformaron. Hans (Juanito), el mayor, renunció generosamente a su bizcocho en favor de sus hermanitas.

Continuaron esperando, teniendo el río azul al frente y a sus espaldas una alta barranca verde, las murallas amenazadoras del fuerte, y más arriba, torres, campanarios y casas de extraños techos planos. Todo era diverso de cuanto habían visto hasta entonces; el cielo más puro, el sol más brillante; el aire, cálido; las plantas, diferentes de las que conocían. Herían su oído los sonidos de una lengua extrañamente dulce y musical. En el torreón del fuerte flotaba una bandera desconocida, azul celeste y blanca, en cuyo centro resplandecía un sol.

Se acercaba el medio día: las sombras se acortaban, el calor se tornaba insoportable y el río reflejaba con brillo enceguedor los rayos solares.

Los inmigrantes esperaban angustiados. ¡Nadie venía! ¿Los habían inducido a abandonar la patria y venir a un país desconocido donde nadie entendía su lengua, para desampararlos en la playa? De pronto, un hombre bajó rápidamente la



Casi una hora esperaron.

barranca, y después de mirar en derredor suyo, se dirigió sin vacilar hacia la familia.

— ¿Usted es el señor Enrique Fries? — preguntó en alemán.

¡Oh, Dios! ¡Ese hombre hablada en alemán!

Es preciso haber estado en país extraño para

saber lo que sintieron los inmigrantes al oír de improviso su propio idioma querido. Rodearon al desconocido como si fuese un antiguo amigo, por el solo hecho de que hablaba en alemán, y él les explicó que era el agente encargado de recibirlos y que por causas ajenas a su voluntad se había retardado.

II

Un mes después, Enrique Fries y su familia salían en una carreta, camino de su nuevo hogar.

Esta palabra « hogar » no debe, empero, tomarse en el sentido literal, pues sólo existía el campo, liso y virgen, esperando la mano del hombre que lo fecundaría con su trabajo. Debían establecerse en un punto del oeste de la provincia de Buenos Aires. Habían recibido una extensión de tierra, cierto número de animales, las semillas para la primera siembra y los útiles de labranza.

En la misma carreta viajaban otras familias europeas, hacia distintos puntos de la campaña.

Todos iban llenos de esperanzas. Se oían risas y cantos, bromas y conversaciones alegres. Sólo Fries y su mujer callaban. Tenían el carácter grave y pensativo de los alemanes del norte; lentos en el pensar y en el obrar; pero firmes como las rocas una vez tomada su resolución.

A su alrededor sólo veían la llanura, el horizonte siempre igual. Caía la tarde. La luz se apagaba a través de un velo color heliotropo que

emergía del horizonte. Los inmigrantes sintieron por primera vez la abrumadora tristeza de la Pampa.

En aquel momento prorrumpieron en coro las voces claras de los niños :

« ¡Gozad de la vida mientras brille la luz!... »

La linda y fresca canción, mil veces oída, tuvo un efecto calmante para los esposos. Fries estrechó la mano de su mujer y ella reclinó la cabeza en su hombro. Estaban reunidos, sanos, y Dios los miraría en el país nuevo como los había mirado en Alemania. ¡Ánimo, pues, y adelante, al encuentro de lo desconocido!

III

En el campo serpenteaba un lindo arroyo, flanqueado de sauces que mojaban en el agua sus cabelleras verdes, matizadas con los racimos encarnados del ceibo.

El terreno formaba una hondonada y se elevaba luego suavemente en loma graciosa.

En la extensión labrada, el trigo y el maíz asomaban ya sus tiernos tallos. Un día radiante de primavera bañaba en luz el paisaje apacible y hermoso.

La señora de Fries lavaba en el arroyo, junto a la casita, canturreando un aire de su tierra. Rosada y fresca, la expresión de fatiga había desaparecido de sus facciones, sus ojos azules tenían un brillo intenso; parecía mucho más joven que

el día en que, triste y descorazonada, esperó en la playa de Buenos Aires la llegada del agente.

A lo lejos oyó carcajadas y gritos agudos y luego divisó tres o cuatro niños que bajaban por la hondonada al galope de sus caballos, vadearon el arroyo y desaparecieron más allá de la loma.

María Fries sonrió. Recordó uno por uno los momentos principales de los dos años pasados desde su llegada.

Al principio había llorado mucho. No podía acostumbrarse al nuevo ambiente que la rodeaba. Echaba de menos la aldea natal con sus manzanos y cerezos, su campanario puntiagudo y el viejo tilo en la plaza delante de la iglesia, donde los domingos por la tarde iban a bailar los jóvenes, a jugar los niños, y a charlar y fumar sus pipas los viejos. Buscaba en vano el bosque de robles y, en el horizonte, las siluetas de las montañas. Desconfiaba de la gente del país, pues en su aldea se aseguraba que en América mataban a uno por un sí o un no, y que todos eran paganos. Esto último, sobre todo, alarmaba a María, y por ello llegó a prohibir a sus hijos que jugaran con los niños de la chacra vecina, propiedad de una familia criolla.

Pero sucedió que ella cayó enferma de tristeza, de nostalgia y de fatiga. Abrumábala su soledad, cuando se abrió suavemente la puerta del rancho y entró la mujer del vecino. María miró con recelo su cara tostada, rodeada de trenzas tan negras como rubias eran las suyas. Mas su desconfianza cedió pronto a una profunda gratitud. No entendía lo que le decía; pero comprendía su ademán cari-

ñoso y sus solícitos cuidados. Cuando advirtió, por añadidura, que la mujer llevaba al cuello una crucecita de plata, su conciencia se tranquilizó del todo, pues no podía ser hereje quien llevaba como adorno una cruz.

También Fries tuvo mucho que agradecer a los vecinos, siempre prontos a ayudarle con buenos consejos y con hechos. Le ayudaron a levantar la casa, a cercar el corral, a enlazar los animales que desesperaban al pobre alemán. Creía entender algo de ganado, acostumbrado a manejar el de su tierra, grande, pesado y paciente; pero estas vacas bravas que distribuían cornadas, los caballos ariscos, veloces, rebeldes al freno, que mordían, se encabritaban y de pronto huían relinchando, con las crines al viento, ¡éstos no eran animales, sino demonios!

Un día se le escaparon los caballos y Fries no supo cómo hacer para cogerlos. Los vecinos se rieron al ver su desconcierto: pero dispuestos a ayudarle se pusieron en persecución de los fugitivos y al cabo de una hora los trajeron sin que faltara uno.

Fries no había aprendido aun a decir « gracias » en español; pero se quitó la gorra y ese ademán fué comprendido tan bien como María comprendió la bondad de la vecina.

Los niños, a pesar de la prohibición, trabaron relaciones con los pequeños criollos, y entre las dos familias, tan distintas en raza, lengua, costumbres e ideas, germinó una amistad que se afirmó cuando se conocieron mutuamente.

En la chacra de los alemanes las cosechas fueron abundantes, los ganados se multiplicaron y el bienestar comenzó a reinar en el rancho construido al borde del arroyo.

Desde el campo, María, que recordaba las escenas del pasado, oyó silbar un aire militar alemán. Era Fries que anunciaba de esa manera su llegada. Ella levantó la cara encendida, y sonriendo observó a su marido que alegremente la saludaba desde lejos.

Sí, eran felices : habría sido una ingratitud negarlo.

IV

Corrieron los años. La chacra de los Fries se había convertido en una hermosa estancia. Enrique Fries vestía a la usanza del país y era jinete como el que más. María se había convencido de que no todos eran indios salvajes en la República Argentina. Los hijos crecieron robustos y alegres, acostumbrados a los trabajos camperos. Los cuatro mayores decían con orgullo que eran alemanes y los tres menores — una niña y dos varones — nacidos en el país, afirmaban con no menos orgullo que eran argentinos, sin que esto produjera la discordia en la familia. Respetaban y querían por igual al país de su origen y al que hospitalario les abrigaba en su seno.

Y la rueda del tiempo continuó girando. La riqueza de Fries aumentaba. Compró las tierras lin-

dantes, y en muchas leguas a la redonda, todo llegó a pertenecerle.

Los años emblanquecieron sus cabellos y los de su mujer, sin conseguir, empero, quebrantar sus fuerzas. Los hijos mayores se habían casado con mozos y niñas del país y los chicuelos que llenaban la estancia con sus gritos y sus risas, ostentaban cabellos rubios y ojos negros o bien pelo negro y ojos azules, mezclando los dos tipos de su origen en uno nuevo y hermoso : una raza fuerte, vigorosa y sana.

V

La República Argentina sufría todas las convulsiones de un pueblo en formación. A la época de progreso y reforma de las administraciones de Rodríguez, Las Heras y Rivadavia, sucedió el desorden, la guerra civil y la anarquía, y por fin, la dominación de Rozas.

Durante diez y siete años este hombre pesó abrumadoramente sobre los destinos de la República. Combatiéndole perecieron o emigraron mil hombres liberales, valientes, virtuosos e ilustrados.

Por fin en 1852, el general Urquiza reunió un ejército en las provincias del litoral y marchó sobre Buenos Aires para quitar el poder al tirano.

Acudieron los jóvenes de Buenos Aires, acogiendo con júbilo al libertador y poniéndose a sus órdenes.

Enrique Fries no había sufrido durante la ti-

ranía : pero había oído y visto lo suficiente para sentir odio al opresor.

La noticia de la marcha del ejército libertador corrió por la provincia, llegó a la estancia y puso a todos en conmoción. Los dos hijos menores de Fries anunciaron su propósito de ir a la guerra y el padre les dió su consentimiento sin vacilar. ¿Acaso él mismo no había luchado en 1813 para arrojar de su patria a Napoleón? Que sus hijos argentinos combatieran por la libertad de su patria, como él había peleado por la de Alemania.

Dió a los jóvenes los mejores caballos de la estancia, los equipó perfectamente, y un día brillante de verano, los vió partir en compañía de otros mozos que marchaban al mismo destino.

Toda la familia y demás habitantes del establecimiento los acompañaron hasta la altura de la loma, desde donde podían seguirles con la vista.

Cuando los demás se retiraron, Fries retuvo a su esposa que lloraba. Ciñéndola el talle con el brazo, la condujo al pie de un gigantesco ombú cuya sombra ofrecía grato abrigo contra el sol abrasador de enero. Alrededor todo callaba en el bochorno del mediodía. La naturaleza irradiaba luz; del cielo bajaban torrentes de resplandor blanquecino, que reverberaban en el aire y en los campos. A lo lejos, en medio de un monte de árboles frutales, asomaba la casa. Los mazaes amarillos se extendían hasta perderse de vista; el trigo, ya segado, esperaba en parvas enormes el momento de la trilla. Los alfalfares dibujaban cuadros color esmeralda entre el oro del

maíz y el tono obscuro de los rastrojos. Aquí y allí chispeaba el arroyo, de curso tortuoso, como una cinta azul salpicada de diamantes. En las praderas, innumerables ganados pacían o runiaban,



... los vió partir en compañía de otros mozos...

echados perezosamente en el pasto. Las ovejas parecían copos de nieve sembrados entre el verde. En otro campo, retozaba una manada de hermosos potros. Todo era opulencia adquirida a fuerza de trabajos y desvelos.

— No llores, María — dijo Fries, y abarcando con un amplio ademán el vasto y hermoso pano-

rama, continuó : — Todo eso es nuestro; los campos, las cosechas, los rebaños, la casa, la huerta... ¿Recuerdas aquel día en que nos resolvimos a emigrar, cuando los niños nos pedían pan y nosotros no lo teníamos? ¿Quién nos hubiera dicho entonces que aquí hallaríamos la felicidad, el bienestar del alma y del cuerpo para nosotros y nuestros hijos, a quienes en vez de verlos crecer en la miseria, hemos podido ofrecer una suerte feliz? Buscábamos pan y hallamos riquezas. Vinimos con sólo la fuerza de nuestros brazos, y hoy somos dueños de una gran fortuna. Debemos nuestra dicha a este pueblo que nos ha llamado a contribuir a su progreso y a recibir sus dones en cambio de nuestro trabajo. ¿No es verdad, María, que hemos contraído para con él una deuda sagrada y que le debemos un tributo? Pues bien, hoy pagamos ese tributo : damos a la República Argentina, nuestra segunda patria, nuestros hijos nacidos en ella.

María secó sus lágrimas y, estrechando la mano de su esposo, repuso sencillamente :

— Tienes razón, Enrique. ¡Bendita sea esta tierra!

XXII

La hija del ladrón.

I

Era la hora de preparar la cena. El humo de los braseros subía en espirales graciosas en el patio del conventillo, hasta perderse más arriba de la enredadera de glicina que adornaba con su belleza y la fragancia de sus racimos lilas aquella morada de pobreza.

Llegaban los hombres : obreros y artesanos, solos o en grupos, cargados con sus útiles de trabajo. Venían hambrientos y cansados; pero de buen humor. Aumentaban el bullicio propio de la hora y de un lugar donde vive tanta gente, que se conoce mutuamente todas las alegrías y pesares, y donde el menor incidente adquiere las proporciones de un acontecimiento.

Con varios otros obreros, entró un italiano albañil y se dirigió hacia su cuartucho, junto al cual florecían en latas de kerosene, albahacas, malvarosa, margaritas y otras plantas modestas. Delante de la puerta estaba sentada una pequeñuela de seis o siete años, delgada, pálida, endeble, con un brillo febril en sus grandes ojos negros. Acariciaba distraída un gatito ovillado cómodamente en su falda.

— ¡Oh, Rosita! — dijo el italiano al ver a su hijita. La alzó, se sentó en la silla y colocó a la chica en sus rodillas. Al oírle, salió de la pieza su mujer, una rubia de la Italia septentrional.

— ¿Cómo ha pasado el día Rosina? — preguntó el albañil.

— Como siempre. No quiere comer, no quiere jugar, cada día está más débil. Ya no sé qué hacerle.

Rosita, fatigada e indiferente, apoyaba la cabecita en el hombro de su padre, el que le acariciaba el cabello sedoso con sus dedos ásperos, llenos de polvos de cal y de ladrillo.

— Mira, allá viene Teresa — dijo de pronto el albañil, poniendo en el suelo a la chica y señalando a una joven. — Ve, dile buenas tardes.

Rosina, un poco animada, salió al encuentro de una linda niña, de veinte años escasos, trigueña y graciosa, en cuyo semblante se advertía un aire de dulce resignación. Puso en el suelo un paquete y se inclinó para besar a la enfermita y darle algo que traía envuelto en papel blanco. La tomó de la mano y fué con ella a saludar a los italianos.

— ¡Ah, Teresa! Otra vez la está mimando a la Rosita — dijo la madre, chapurrando el español, al ver el chocolate que la chica acababa de desenvolver del papel. — Todos los días le trae alguna cosa, cuando le cuesta tanto ganar el dinero.

— No es nada — objetó Teresa esquivando las muestras de gratitud. — Hoy me han pagado en la tienda y he querido traer algo a Rosita.

— Usted, Teresa, ¿no sabe algún remedio para

la chica? — preguntó el albañil, que sentía verdadera veneración por la joven y tenía en sus palabras una fe ciega.

— No, don Giovanni. Lo que usted debe hacer es llevarla al médico para que la examine y le diga lo que tiene.

— ¡Oh! Los médicos son muy caros — objetó Giovanni — y los remedios son más caros todavía.

— Yo le voy a ayudar en lo que pueda — repuso Teresa; y tanto le dijo que logró la promesa de ir al día siguiente sin falta a consultar un médico.

II

Teresa González era huérfana de madre. Su padre había servido en el ejército cuando éste, en vez de ser una escuela moralizadora, era considerado como una institución correccional. Gran número de los soldados servían una serie de años condenados por robos, u otros delitos peores todavía.

González no había sido delincuente, y se enganchó por sólo no trabajar en ningún oficio.

En el regimiento de guarnición en las fronteras del Chaco, casi desprovisto de todo, y abandonado a su suerte, abundaban los malos elementos. No era de extrañar, pues, que González, predispuesto a la haraganería, comenzara a deslizarse por la pendiente fácil del delito.

Mientras vivió su mujer, a la que quiso mucho,

logró sofrenar su inclinación al mal; pero muerta ella, se dejó arrastrar.

Ostensiblemente era carrero, y como tal permanecía fuera de la casa durante muchas horas. A veces, también, pasaba varios días ausente, y cuando volvía, generalmente estaba de buen humor y traía mucho dinero.

— He tenido una buena changa — solía decir.
— Me han mandado al campo, donde he estado trabajando estos días.

Teresa tenía horror instintivo al dinero que su padre traía en abundancia. Le parecía imposible que por su trabajo le hubiesen pagado tanto. Eso y el hecho de que una vez le sorprendió examinando un reloj de oro que ella nunca había visto en casa, dieron a la muchacha la certidumbre dolorosa y terrible de que su padre era un ladrón.

La pobre sufría lo indecible. Parecíale que el pan que comía era robado, ajena la cama en que se acostaba, y que su ropa había sido quitada a otra. Jamás, sin embargo, Teresa le hizo un reproche, quería mucho a su padre y no perdía la esperanza de hacerle abandonar el camino del delito, con su filial dulzura.

III

Al día siguiente de la conversación de Teresa con los padres de Rosina, llegó González a casa de muy mal humor. Su hija tembló al oír su voz áspera. En tales momentos era peligroso hablarle;

cualquier cosa le exasperaba; y si ella se callaba, preguntábase a qué venía aquella cara de vaqueta. Así sucedió.

— ¿Por qué estás tan callada? ¿Acaso no vale la pena hablarle a tu padre, que ha pasado todo el día trabajando?

Teresa se disculpó tímidamente. En seguida, le refirió que los padres de Rosina habían llevado la pequeña a casa del médico, quien les dijo que no tenía propiamente una enfermedad grave, pero que era absolutamente necesario sacarla del conventillo sucio y mal ventilado y llevarla a orillas del mar, a tomar baños y respirar aires puros y vigorizantes. La familia estaba, por eso, en extremo afligida. ¿Cómo haría ella para proporcionar a Rosina los medios de ir a tomar baños de mar?

González escuchó con indiferencia.

— Infulas de gringos — dijo brutalmente. — ¿Querrán ir a veranear a Mar del Plata o a Montevideo, como la gente rica?

Teresa calló, dolorosamente impresionada.

Eran cerca de las nueve, cuando Giovanni golpeó a la puerta.

— Entre, don Giovanni — dijo González, a quien algunos vasos de vino habían puesto de mejor humor. — ¿Qué hay de nuevo?

El albañil entró.

Venía a decir a Teresa, que se hallaba fuera de apuros. Irían todos a Mar del Plata, donde se edificaba mucho, porque la gente rica empezaba a frecuentar ese pueblo. Así no tendrían que

separarse, y Rosina podría tomar baños de mar y correr cuanto quisiera al aire libre. El dinero para el viaje se lo había facilitado el patrón que solía emplearlo, hombre muy bueno y que siempre le protegía.



— Un poco más de vino, don Giovanni.

— ¿Ah, sí? — dijo González escuchando con más atención y sirviendo un vaso de vino para Giovanni. — ¿Ya tiene la plata?

— Sí — repuso el italiano radiante de alegría. — No es mucho, pero somos gente modesta; nos

basta para el viaje y para los primeros días hasta que encuentre trabajo.

— Guárdela bien — aconsejó González. — ¿ Otro vasito de vino ?

Giovanni bebió animándose cada vez más. Contó dónde tenía guardado el dinero y empezó a hacer proyectos para cuando Rosina estuviese mejorada, vacilando entre si permanecería en Mar del Plata o retornaría a Buenos Aires.

— Un poco más de vino, don Giovanni — brindaba González; y el otro no advertía que le llenaban el vaso. Lo veía lleno, lo apuraba de un trago y continuaba hablando. Por fin se levantó para retirarse, con la vista nublada, las piernas inseguras, y se fué dando traspiés.

En un rincón de la pieza, Teresa, blanca hasta los labios, había escuchado la conversación y observado a su padre.

IV

Por la mañana, el conventillo fué de pronto alarmado por un grito que procedía del cuarto de Giovanni. Los vecinos acudieron y el albañil, desesperado, casi llorando, explicó que le habían robado el dinero prestado por su patrón.

Teresa se precipitó en la pieza llena de vecinas que vociferaban como una bandada de gansas espantadas, rodeando a la italiana, que sollozaba sin consuelo. La abrazó, la acarició y con palabras

dulces trató de calmarla. Sin embargo, si alguien la hubiera observado con atención, habría visto que ella misma necesitaba tanto consuelo, al menos, como aquélla. Estaba pálida, tenía los ojos hundidos y la voz fatigada de una persona enferma. Y en efecto, Teresa estaba enferma de cuerpo y de alma. Sabía quién era el ladrón, y el horrible secreto la aplastaba.

En el patio divisó los kepis de los agentes de policía y un señor que debía ser el comisario. La joven sintió frío en el corazón. Si Giovanni recordaba su conversación con González, las sospechas recaerían inmediatamente sobre éste; pero el italiano parecía haber olvidado por completo todo cuanto dijo bajo la influencia de la bebida.

González no estaba en casa. Había salido muy temprano, como de costumbre, antes que Teresa se hubiera levantado.

A la hora del almuerzo, los habitantes del conventillo se habían sosegado un poco y vuelto cada cual a su ocupación habitual, menos Giovanni. El pobre no tenía ánimo para ir al trabajo y confesar a su bienhechor que ya no tenía el dinero. ¿Qué diría aquél? Que lo había malgastado, que había jugado... ¡quién sabe qué diría!

Teresa preparaba el almuerzo cuando sintió los pasos de su padre. Se aferró al respaldo de una silla y resuelta, aunque temblando, esperó el momento decisivo.

— Tata, ¿sabe que le robaron la plata a don Giovanni?

Ante esta pregunta a quemarropa, González se

detuvo y contempló a su hija con sobresalto primero, luego con asombro, y por último con una mirada de desafío mezclada de inquietud.

— ¿Cómo? — empezó tratando de fingir; pero Teresa le miraba fijamente y González se olvidó de sí mismo.

— ¿Qué me miras así? — prorrumpió. — ¿Acaso crees que yo le he robado?

En seguida se contuvo; comprendió que se había traicionado. Teresa se cubrió la cara con las manos y abandonó la pieza. González lanzó una maldición, se encasquetó el sombrero y salió a la calle.

V

Toda la tarde anduvo vagando por las calles y plazas, furioso consigo mismo y con el mundo. A donde quiera que iba sentía el mudo reproche de su hija. Comprendió de pronto que ella todo lo sabía, que siempre lo había sabido y callado por respeto y amor. Recordó su bondad, su cariño, su dulce paciencia cuando la trataba con rudeza. La venda se le cayó de los ojos y pesó el tesoro inmenso que, sin saberlo, tenía en su poder y que sólo esperaba su voz para revelarse esplendorosamente.

En el corazón del criminal, el único punto que no había invadido la corrupción, era el cariño por su hija. Al pensar que ella podría retirarle su ternura, rechazarlo, despreciarlo, González sintió escalofríos de dolor y de ira.

No se atrevió a ir a casa a la hora de la cena. Temía encontrarse con el semblante pálido y la mirada triste de Teresa.

Era tarde ya, cuando se resolvió a volver al conventillo.

Todo estaba oscuro y callado : los vecinos, gente pobre y trabajadora, se recogían temprano para levantarse con el alba.

Entró despacio en su pieza, prendió la luz y comenzó a pasearse. Se detuvo junto al tabique de lienzo y papel que dividía en dos la habitación, y detrás del cual dormía Teresa. Desde el otro compartimento llegaban a su oído sollozos convulsivos y ahogados, como si la persona que lloraba tratase de contenerlos.

Estaba vencido. No trató de luchar por más tiempo contra aquello que, a la vez tan dulce e imperiosamente, llamaba a las puertas de su alma, evocando los tiempos cuando aun el crimen no había manchado su vida.

Aseguró la puerta y levantó una baldosa del piso, debajo de la cama. Apareció un hueco y en él un cajoncito de madera, del cual González sacó algo que envolvió cuidadosamente en un papel. Después, quizá con mayor precaución que la noche anterior, cruzó el patio oscuro y se dirigió al cuarto del italiano donde golpeó en la ventana. Al pronto se oyó adentro un movimiento, después hubo un instante de silencio. En seguida se sintieron cuchicheos y, al último, una voz que preguntó :

— ¿Quién es?

González no contestó y repitió los golpecitos. Se entreabrió el postigo y entonces arrojó a través de un vidrio roto, el papelito que tenía en la mano. Luego, desapareció como una sombra en la noche.



... arrojó a través de un vidrio roto, el papelito que traía en la mano.

Al cerrar su puerta oyó, medio apagada, una exclamación que procedía de la habitación de los italianos.

Muy despacio, separó la cortina que hacía las veces de puerta en el tabique y fué a sentarse en el borde de la cama de su hija. Inclínándose le dijo en voz baja algunas palabras.

Teresa se enderezó, y con un grito inarticulado que era a la vez de pena, de alivio y de alegría, echó los brazos al cuello de su padre.

En seguida, todo quedó en silencio, un silencio profundo y solemne como la calma dulce y sagrada que reina en los templos.

BIBLIOT CA NACIONAL
DE MAESTROS

2463

C
17
32
LF

CABAUT Y Cía ◊ Libreros-Editores.

Teatro Infantil, por
Próspero G. ALEMANDRI.

(Cultura Popular)

Los dos volúmenes que componen esta obrita, constituyen una bellísima colección de producciones teatrales, adoptadas por el "Teatro Infantil Municipal de Buenos Aires", escritas con sencillez e ilustradas, para ser representadas por niños.

Primer volumen : Un tomo rústica ilustrado, cubierta en colores.

Segundo volumen : Un tomo rústica ilustrado, cubierta en colores.

Teatro Infantil, por R. MONNER SANS.

Como su título indica, es un libro de monólogos, diálogos y comedias destinados a los niños de corta edad. El autor ha tenido gran escrupulosidad en la composición de esta obrita, cuidando el lenguaje, la frase y el pensamiento; esto es: la forma y el fondo, a fin de que la obra sea verdaderamente útil y educativa.

Un hermoso tomo encartonado, con ilustraciones de Sartori.

Monólogos, Diálogos y Comedias

para niños. Coleccionados por
CLEMENTE B. GREPPI.

Constituyen estos tomitos varios monólogos, diálogos y comedias, muy en armonía con la capacidad intelectual de los pequeños actores a que están destinados. Han sido adoptados por el *Teatro Infantil Municipal de Buenos Aires*.

Primera Serie : Un tomo rústica.

Segunda Serie : Un tomo rústica.

Tercera Serie : Un tomo rústica.

"Librería del Colegio" - Alsina y Bolívar - Buenos Aires

